



Western Michigan University
ScholarWorks at WMU

Dissertations

Graduate College

4-2009

Representaciones de la memoria de la guerrilla antifranquista en la novelística española contemporánea

Nuño Castellanos
Western Michigan University

Follow this and additional works at: <https://scholarworks.wmich.edu/dissertations>



Part of the Modern Languages Commons, and the Spanish Literature Commons

Recommended Citation

Castellanos, Nuño, "Representaciones de la memoria de la guerrilla antifranquista en la novelística española contemporánea" (2009). *Dissertations*. 653.
<https://scholarworks.wmich.edu/dissertations/653>

This Dissertation-Open Access is brought to you for free and open access by the Graduate College at ScholarWorks at WMU. It has been accepted for inclusion in Dissertations by an authorized administrator of ScholarWorks at WMU. For more information, please contact wmu-scholarworks@wmich.edu.



REPRESENTACIONES DE LA MEMORIA DE LA GUERRILLA
ANTIFRANQUISTA EN LA NOVELÍSTICA ESPAÑOLA
CONTEMPORÁNEA

by

Nuño Castellanos

A Dissertation
Submitted to the
Faculty of The Graduate College
in partial fulfillment of the
requirements for the
Degree of Doctor of Philosophy
Department of Spanish
Advisor: Mercedes Tasende, Ph.D.

Western Michigan University
Kalamazoo, Michigan
April 2009

Copyright by
Nuño Castellanos
2009

UMI Number: 3354066

Copyright 2009 by
Castellanos, Nuno

All rights reserved.

INFORMATION TO USERS

The quality of this reproduction is dependent upon the quality of the copy submitted. Broken or indistinct print, colored or poor quality illustrations and photographs, print bleed-through, substandard margins, and improper alignment can adversely affect reproduction.

In the unlikely event that the author did not send a complete manuscript and there are missing pages, these will be noted. Also, if unauthorized copyright material had to be removed, a note will indicate the deletion.

UMI[®]

UMI Microform 3354066

Copyright 2009 by ProQuest LLC.

All rights reserved. This microform edition is protected against unauthorized copying under Title 17, United States Code.

ProQuest LLC
789 E. Eisenhower Parkway
PO Box 1346
Ann Arbor, MI 48106-1346

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a mi directora de tesis la doctora Mercedes Tasende por sus consejos a lo largo de este largo proceso de escritura. Al doctor Antonio Isea por sus certeros comentarios teóricos que me han sido de inestimable utilidad. Y por supuesto a los doctores Robert Felkel y Antonio Fernández Sancha por sus sugerencias y reflexiones acerca de este trabajo de investigación. A Alicia por su incondicional apoyo e inagotable paciencia en el día a día de esta empresa y a mi familia quienes fueron, son y serán todo.

De la misma manera este trabajo rinde homenaje y gratitud a los que lucharon por la libertad de nuestro país. Nuestra democracia hoy es la evidencia de que no estaban equivocados. Agradecer también, a los que continúan la batalla de no permitir que la memoria de los que no están se pierda. A todos ellos mi más sentido reconocimiento.

Nuño Castellanos

CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS	ii	
CAPÍTULO		
1. REPRESENTACIONES DE LA MEMORIA DE LA GUERRILLA ANTIFRANQUISTA EN LA NOVELÍSTICA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA		
Introducción	1	
Memoria e Historia.....	2	
La memoria histórica en España.....	16	
Ficción e Historia	26	
Historia del discurso o el discurso de la Historia	29	
Notas.....	41	
2. HÉROES O VILLANOS		
El germen de la guerrilla: la represión	47	
Los huidos.....	54	
Héroes y villanos en la primera novelística de la guerrilla antifranquista	58	
Notas.....	103	
3. LA NUEVA MEMORIA DE LA GUERRILLA ANTIFRANQUISTA.....		106
<u>La pastora: el maqui hermafrodita</u>	119	

Contenido—continuación

<u>Luna de lobos</u>	125
<u>Maquis</u>	134
<u>Siempre quedará París, ¡Hasta siempre camaradas!, Caballeros de la muerte</u>	140
Notas.....	162
4. CONCLUSIÓN	166
OBRAS CITADAS.....	171

CAPÍTULO 1

REPRESENTACIONES DE LA MEMORIA DE LA GUERRILLA ANTIFRANQUISTA EN LA NOVELÍSTICA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA

Introducción

La historia de la lucha guerrillera contra el régimen nacional católico del general Francisco Franco Bahamonde ha resultado en un caso prototípico de la atávica desmemoria que ha padecido y padece nuestra sociedad española contemporánea. Este hecho no puede sorprendernos, ya que es el resultado intrínseco del acercamiento de una sociedad a su pasado. La memoria no se opone de forma categórica al olvido; de hecho, éste es necesario para que la primera exista. Viene al caso recordar al memorioso Funes borgiano, convertido en un colosal registro de memorias incapaz de borrar nada de su mente. Pero, para poder olvidar, primero hay que tener un recuerdo que se preste a ello. Este es el caso del fenómeno guerrillero antifranquista de posguerra, uno de los acontecimientos de nuestra historia contemporánea que ha sido más profundamente mitificado y posteriormente condenado al olvido. Este proceso de mitificación y abandono se produjo desde ambos bandos, tanto por los que impulsaron la lucha clandestina como por los que se dedicaron a acabar con ella. Existe mitificación, sí, pero también degeneración, perversión y tergiversación de lo que esta lucha supuso, ya que cada autor, dependiendo de la ideología en la que cargaba y carga sus tintas para darnos su explicación, viciaba los presupuestos que definían dicha lucha guerrillera. El problema mayor no es, sin embargo, las debilidades conceptuales, los desacuerdos terminológicos o la falta de precisión en el relato de los sucesos

acaecidos, sino el encontrarse ante una parte de nuestra historia reciente que durante mucho tiempo se ha alojado en el oscuro cuarto de atrás de la memoria de todos los españoles. Se trata de una memoria condenada primero a un olvido forzado por la mordaza franquista y posteriormente enterrada en la fosa común de la amnesia en los años de la transición hacia la democracia, aduciendo como pretexto la cicatrización de unas también míticas heridas.¹ Este es el precio que hay que pagar dentro de la lógica de la creación de una nación-estado moderna y de la identidad nacional que llevan aparejadas. Por lo tanto, no estaba desencaminado Ernest Renan al afirmar que “el olvido, e incluso diría el error histórico, son un factor esencial en la creación de una nación, y de aquí que el progreso de los estudios históricos sea frecuentemente un peligro para la nacionalidad” (56).

Memoria e Historia²

La memoria y la Historia, como vemos, son dos ingredientes indefectiblemente unidos a la elaboración de una identidad nacional moderna. Por lo tanto, debemos aproximarnos tanto a las posibles complicidades que las unen como a las fisuras epistemológicas que las conforman y que van a caracterizar nuestra realidad. Hoy en día, la sociedad en la que vivimos está administrada de forma sustancial por los medios de comunicación de masas. Son vehículos de transmisión de la información que ya han superado la convención de las fronteras entre países, instalándose en un nivel superior de escala mundial. Todas estas redes de comunicación, se basan en el bombardeo continuo y sistemático de informaciones, imágenes y datos durante las veinticuatro horas del día, del cual apenas ya nadie en nuestra sociedad

consumista avanzada es capaz de escapar. Nos encontramos en una sociedad tecnológicamente sobrecargada, donde rigen las reglas de la inmediatez, donde el mañana es ayer y lo que ocurre hoy en un instante al siguiente ya está catalogado, archivado y puede ahora dejar espacio para algo nuevo. Esta sensación de pertenecer a un mundo donde se produce un desaforado consumo de la información y su supresión igual de acelerada hace que nuestras raíces identitarias se diluyan en un mar de virtualidad. Como apunta Tzvetan Todorov, estamos “separados de nuestras tradiciones y embrutecidos por las exigencias de una sociedad del ocio” (Todorov, Memoria 145). Pero ocurre a su vez, de forma paradójica, que la memoria adquiere un papel central en nuestra cultura, convirtiéndola en “la cultura de la memoria” (Huyssen 27), cuya meta es el recuerdo total. Incluso Todorov afirma que “esa preocupación compulsiva por el pasado puede ser interpretada como un signo de salud de un país pacífico donde no sucede, felizmente nada . . . o como la nostalgia por un pasado que ya no existe” (Abusos 31-32).³

Todos desearíamos que Todorov tuviese razón y que felizmente nada ocurriese en el seno de nuestras sociedades capitalistas avanzadas. Pero no es así. No podemos obviar que estamos ubicados en una etapa inédita de la historia de la cultura occidental, en la cual nos vemos dominados por un sentimiento de melancolía frente a un pasado que, por supuesto, siempre fue mejor y que de forma recurrente nos hace enfocar nuestra memoria sobre él. Nuestra realidad actual “no sólo refleja la ausencia de un gran proyecto colectivo, sino también la desaparición del antiguo lenguaje nacional” (Jameson 36), lo cual nos obliga a buscar esa identidad en otro lugar, en otro tiempo donde consideramos que sí existió. Por lo tanto, las sociedades

contemporáneas, como continúa comentando Fredric Jameson, hacen gala de una “cultura del simulacro” (37), donde se hallarán duplicados exactos de aspectos de nuestra vida que jamás se nos hicieron presentes. El presente trabajo gira precisamente en torno a una manifestación de este proceso. Las representaciones de la lucha guerrillera antifranquista durante y después de la Guerra Civil española, última guerra romántica de siglo XX, serán un reflejo de la búsqueda de los referentes ideológicos, de conductas y figuras heroicas de los que adolece nuestro mundo globalizado.

La memoria, por tanto, se va a convertir en todo un aparato cultural cuya misión es reforzar nuestro sentimiento de integración con respecto a la comunidad, ya que el miedo al olvido socava nuestra identidad. Esta memoria, que podemos calificar ya de colectiva, es trascendental pues prefigura el escenario, determina los símbolos y establece las coordenadas necesarias que nosotros, como parte de dicha colectividad, utilizaremos para intentar comprender y aclarar nuestro presente. Elizabeth Jelin afirma que esta obligatoriedad de una memoria es “especialmente [necesaria] en el caso de grupos oprimidos, silenciados y discriminados. La referencia a un pasado común permite construir sentimientos de autovaloración y mayor confianza en uno/a mismo/a y en el grupo” (10). Por lo tanto, esa posibilidad de acceder al pasado es de lo que se hacen acreedores todos aquellos guerrilleros que lucharon contra el régimen de Franco, el cual los relegó al olvido y al silencio, del que se encuentran un paso por detrás del resto de nuestra sociedad.

Este concepto de memoria indispensable, de carácter colectivo, puede entenderse también como una construcción de los recuerdos que un cierto grupo posee sobre el pasado, y que proporciona a cada individuo una

identidad social y una noción de adscripción a dicho grupo. Paloma Aguilar Fernández matiza que la memoria colectiva “consta del recuerdo que tiene una comunidad de su propia historia, así como de las lecciones y aprendizajes que más o menos conscientemente extrae de la misma” (25). Estos recuerdos no se van a estructurar única y exclusivamente a partir de lo vivido o lo percibido de forma intrínseca por cada persona, sino que las rememoraciones de otros individuos acerca del medio, los lugares o los objetos que la sociedad ha marcado como conmemorativos también conforman ese acerbo de impresiones del pasado que el individuo posee.⁴ El diccionario de la Real Academia de la Lengua define “memoria” en su primera acepción como la “facultad psíquica por medio de la cual se retiene y recuerda el pasado” (“Memoria”); podemos añadir que ese recuerdo a posteriori está basado en sensaciones, objetos y situaciones en un primer momento individual que de forma paulatina se organizan a nivel social y colectivo.⁵ Es importante en esta primera aproximación a la memoria acercarnos a la forma en la que la persona accede a los recuerdos de su niñez y cómo posteriormente son organizados de forma global en el entorno social.

La materia prima de nuestra memoria de la niñez tiene una doble procedencia: por un lado, los recuerdos de carácter autobiográfico que atesoramos y, por otro lado, los recuerdos de nuestros familiares más allegados, compañeros de colegio, de juegos, objetos personales como fotografías o vídeos de los que se puede hacer un uso rememorativo. El ámbito público es en el que el individuo se desenvuelve, que nutre de acontecimientos a conmemorar en forma de fiestas, canciones, modas, etc. De forma más notoria los medios de comunicación también influyen de manera

transcendental en la edificación de la memoria. Son estas impresiones del pasado, en un proceso de intercambio ininterrumpido, lo que fija la vivencia de los recuerdos que forman la identidad del individuo como niño y la identificación del individuo adulto en aquella otra persona de corta edad que le precedió. Vemos, por lo tanto, como la reconstrucción de esa memoria infantil se lleva a cabo desde distintos niveles de evocación: nuestros recuerdos personales e intransferibles, los recuerdos que nos son ajenos y el que proviene de la esfera conmemorativa pública, de carácter oficial o no, sea real o imaginada. Así pues, podemos afirmar que la memoria es una construcción de naturaleza personal derivada de un flujo recíproco de recuerdos y, por lo tanto, las personas que hayan vivido los mismos años de infancia dentro de un grupo social compartirán las mismas formas de recuerdo. Este lugar compartido donde se fusionan el conjunto de los recuerdos comunes a miembros de un mismo grupo es donde se localiza la memoria que llamamos colectiva.

Quizás el mayor inconveniente que sale a nuestro encuentro a la hora de enfrentarnos con la existencia de una memoria colectiva es que el sujeto de estudio es un conglomerado de individuos evidentemente no homogéneo. Debemos añadir que toda comunidad está compuesta por diferentes grupos que, si bien pueden tener a un individuo como nexo de unión —ya que cada persona puede bascular entre distintos grupos como la familia, los amigos, los compañeros de equipo en su día a día—, de forma individual todos ellos pueden poseer un recuerdo del pasado bastante inarmónico y unas apreciaciones del presente discordantes entre sí. De la misma forma que la movilidad del individuo entre grupos es grande, el flujo de recuerdos tampoco

se detiene, estando siempre en continuo aumento. Por otro lado, la memoria que emana desde el medio público también se transforma, en tanto en cuanto varíen los actores que detentan el poder de rememoración en cada momento y lugar determinado.

Las dictaduras del pasado siglo XX, entre las que se encuentra por pleno derecho el régimen franquista, se percataron de que para conseguir subyugar a la sociedad en la cual se encontraban era imprescindible controlar su memoria (Todorov, *Memoria* 139). George Orwell plasmó perfectamente este control de los recuerdos en su novela 1984, donde el slogan principal del Partido único decía: “El que controla el pasado, . . . controla también el futuro. El que controla el presente, controla el pasado” (41). Estas tiranías van a crear de forma sistemática una memoria alternativa, y la van a implantar de forma metódica en la sociedad que intentan controlar, hasta que ya no sea posible diferenciar entre lo que es construido ex novo de lo que realmente sucedió. Dentro de estos sistemas opresivos operan los que Yosef Hayim Yerushalami ha denominado “asesinos de la memoria”, es decir aquellos que “mezclan todo lo sucedido en nuestro tiempo, hablan de un indistinto ‘siglo de barbarie’ y terminan colocando en el mismo plano a las víctimas y a los carniceros, o incluso niegan la existencia de los perseguidos y de sus esbirros” (Rossi 35). Para tal fin, uno de los mejores mecanismos es la creación de una nueva historiografía oficial, que interprete los hechos conforme al punto de vista del nuevo modelo de estado.⁶ Esto es precisamente lo que ocurrió con el fenómeno de la resistencia guerrillera antifranquista, el cual se vio reducido a su equiparación con el de un simple grupo de criminales o bandoleros. Secundino Serrano explica este proceso de igualación de la siguiente manera:

“Negado el contexto represivo que obligó a los republicanos a echarse al monte, orillada la violencia estructural que impedía su reinserción en el nuevo régimen y despojados de toda ideología, huidos y guerrilleros aparecían como la última secuencia del bandolerismo decimonónico” (15). Más aún, los historiadores proclives al régimen franquista, como Tomás Cossías, incluso consideran que estos “terroristas” traicionan el romanticismo que aquel bandolerismo del siglo XIX español poseía, contaminándolo con viles ideas comunistas⁷: “No se trataba de bandoleros clásicos, con una solera y psicología determinadas. . . . Esos, queridos lectores, no fueron nunca bandoleros españoles. Carecieron de las formas arquetípicas ya de todos conocidas. . . . sólo existía la disciplina del Partido, la orden del Partido” (24-25). Aguado Sánchez de la misma forma califica a los guerrilleros como un “producto subversivo del estalinismo, que carecieron por entero de los actos de gallardía que mostraron alguno personajes de antaño” (15). Para aclarar un poco más este punto, no podemos dejar de mencionar al historiador Eric Hobsbawm, quien en su libro *Bandidos*, lleva a cabo un exhaustivo estudio de la figura del bandido en la Edad Moderna y Contemporánea. Su análisis abarca tanto su papel social y político como económico dentro de las sociedades en las que surge. Hobsbawm en sus páginas alude, entre otras cosas, a una de las múltiples vertientes que del bandolero social se han transmitido en nuestra cultura: “el ladrón noble.”⁸ El historiador inglés, como no podía ser de otra manera, menciona como arquetipo a Robin de los bosques, pero perfectamente podríamos hacer referencia a José María “El Tempranillo”, Luis Candelas o Diego Corrientes. Curiosamente, es este modelo de bandolerismo bondadoso español el que Cossías considera que los guerrilleros antifranquistas han

traicionado con sus ideologías, vendiendo incluso sus más enraizadas tradiciones españolas.

Como vemos, esta serie de premisas y ejemplos hacen que la memoria sea algo vivo, mudable y activo, tanto en el plano individual como en el grupal. En sí la memoria no es ni buena ni mala sino que depende del uso que se haga de ella (Todorov, Abusos 194-95). Igualmente, mediante la memoria, se supone que cada persona es capaz de compartir una cierta cantidad de recuerdos, una forma de ver la vida, el pasado y el presente con los integrantes de un grupo, y otros recuerdos con otro grupo vinculado al primero o completamente ajeno a él. La memoria, por tanto, ha de ser plural y flexible en sus orígenes y no única, rígida e intolerante con el resto de memorias individuales. Así pues, la memoria de la lucha guerrillera antifranquista tiene cabida y debe hacerse presente en la construcción de la memoria colectiva de España, dialogando de igual a igual con el resto de memorias que conforman nuestra construcción como grupo.

Con el fin de continuar profundizando en el concepto de memoria colectiva, tan importante para este trabajo, debemos decir en primer lugar que no existe una obra teórica definida al respecto. Existe un conjunto considerable de autores los que se han acercado al tema des diversos punto de vista. Jean Duvignaud, en el prefacio a la obra de Maurice Halbwachs, La memoria colectiva, examina el momento en que comenzaron a surgir los estudios en cuanto al pasado y a la conciencia de grupo (7-15).⁹ El enunciado “memoria colectiva” se origina en varios estudios históricos y sociológicos que se realizan en Europa en el período comprendido entre las dos guerras mundiales. Pero ya se habían dado teorías que se acercaban al carácter

colectivo de la conciencia y de la memoria. En el siglo XIX, dentro de las corrientes filosóficas del romanticismo, ya se había suscitado un interés notable el concepto de memoria en tanto en cuanto elemento conformante de la esencia del individuo o la particularidad racial de un grupo. Similar es la concepción plenamente romántica de los filósofos alemanes Herder y Hegel, que postulaban la existencia de un espíritu del pueblo, *Volksgeist* o *Nationalgeist*. Ambos filósofos aplican este término a la conciencia que un pueblo, como manifestación colectiva e histórica del espíritu, tiene de sí mismo, de su historia, costumbres, derecho, religión, instituciones, etc. y, por extensión, de su memoria. Esta conciencia de sí mismo es, a su entender, una manifestación particular y concreta del espíritu universal (Ferrater 1014-15). La memoria, en este caso considerada como étnica, sería una parte de la carga genética que va pasando generación tras generación entre los integrantes de un grupo específico, lo que les hace únicos. Este problema que plantea la memoria, como bien dice Paul Ricoeur, “no es despreciable, en la medida en que los nacionalismos cuyos excesos deploramos tienen muy en cuenta aquellos recuerdos compartidos que perfilan la identidad étnica, cultural o religiosa de una colectividad dada” (17). Este argumento es totalmente desechable por la ciencia, y ha engendrado una gran cantidad de problemas que todavía perduran en nuestro país, al ser asumido por corrientes extremistas dentro de círculos nacionalistas.

El sociólogo francés Halbwachs fue el primer científico que se ocupó de forma rigurosa del estudio de la memoria en su faceta colectiva.¹⁰ Familias, partidos, naciones, minorías, siendo este último el horizonte que habitan los guerrilleros antifranquistas, pueden poseer una memoria colectiva, activa o

reclamada, oficial o clandestina. De esta forma, en el momento en el que se forma parte de un grupo se comparten a su vez las relaciones y el pensamiento del mismo. De ahí que sea sencillo reproducir esas experiencias tomando como origen los acuerdos, significados y fundamentos comunes de los que el grupo participa. El vínculo entre los recuerdos propios y los de otros dentro de esa colectividad entrañan una forma de su memoria colectiva, ya que, como expresa Halbwachs, “desde el momento en que nosotros y los testigos formemos parte de un mismo grupo y pensemos en común en determinados aspectos, seguimos en contacto con dicho grupo, y somos capaces de identificarnos con él y confundir nuestro pasado con el suyo” (Memoria 29). De forma inversa, puede sugerirse que en el momento en que los recuerdos de un grupo se reconstruyen trabajosamente ya hemos dejado de pertenecer a él. Evidentemente, posee mayores posibilidades de discernimiento la convergencia de diferentes puntos de vista alrededor de un acontecimiento que una única percepción de la realidad: en el primer caso, la disparidad de elementos del suceso a unir es más amplio, de mayor envergadura, de más amplitud, como por ejemplo cuando se intenta unir entre varias personas la trama de una película vista por todos; en el segundo caso, la gama entera de la cual se elige es más pobre, más fragmentada, más limitada. En el primer caso, se suele compartir más, incluso lo que no se ha aportado, y en el segundo es menos común el recuerdo por lo individualizado del aporte. Por lo tanto, es importantísimo en nuestro, ya de por sí precario intento de acercarnos al pasado, el sumar todos los enfoques que estén a nuestro alcance para poder crear una representación del pasado más completa y precisa. La memoria de la guerrilla antifranquista, silenciada durante el franquismo, cobra un papel

notable en este proceso aportando una nueva perspectiva de aquel traumático pasado.

Vemos como el grupo, en sentido estricto, pasa a representar el punto de apoyo para que el trabajo memorístico individual empiece a ser operativo. Así, podremos tomar como una definición de memoria colectiva la que nos da Halbwachs: "Podemos hablar de memoria colectiva cuando evocamos un acontecimiento que ocupa un lugar en la vida de nuestro grupo y que hemos planteado o planteamos ahora en el momento en que lo recordamos, desde el punto de vista de este grupo" (Memoria 36). Desde esta perspectiva, lo que vamos a denominar "memoria individual" no será más que una cuestión individual de apreciación dentro del conjunto y, por lo tanto, va a ser este último el que dispone cuales serán los principios a través de los cuales se ha de recordar. Precisamente por la relación que mantenemos con el grupo somos capaces de fundirnos con él, y así, en la mayoría de los casos, nuestros recuerdos personales no consiguen diferenciarse de los recuerdos del resto de integrantes de la colectividad ya que los unos forman parte de las rememoraciones de los otros y viceversa.

La conceptualización de la memoria colectiva como un producto exclusivamente grupal esclarece que sea el significado de las circunstancias por las que transcurre un grupo o una sociedad entera lo que se recordará con el devenir del tiempo. No se recordará el dato en sí, o el hecho concreto, sino aquello que aquel suceso simbolizó o simboliza para un grupo dentro de su existencia como tal colectivo. Estos acontecimientos de importancia para el grupo no son un conjunto de referencias sin ningún punto de apoyo, sino todo lo contrario; están fijados en espacios, nociones, experiencias que nos

proporciona la propia colectividad, para permitir su ulterior recuperación. Es lo que Halbwachs va a definir como "marco social de la memoria": "Entendemos por marco de la memoria, no solamente el conjunto de las nociones que podemos percibir en cada momento, puesto que ellas se encuentran más o menos en el campo de nuestra conciencia, sino también todas aquellas que se alcanza partiendo de éstas por una operación del espíritu análoga al simple razonamiento" (Marcos 156).

El marco de la memoria será, pues, el depósito que protege, limita y regula lo que al grupo interesa recordar en su devenir, para que permanezcan unos u otros significados de los acontecimientos vividos por el grupo. El espacio y el tiempo, a saber, lugares y fechas, son marcos sociales sobre los que las sociedades edifican sus recuerdos. Esos puntos son teóricamente fijos, ya que representan convenciones donde se apoya lo movedizo de los sucesos para mantenerse como recuerdos colectivos. Halbwachs lo explica de la siguiente manera: "el tiempo, concebido como algo que se extiende a todos los seres, no es nada más que una creación artificial, obtenida mediante la suma, combinación y multiplicación de datos tomados de las duraciones individuales y sólo de ellas" (Memoria 94). El tiempo no será más que otra construcción humana, un concepto vacío en tanto en cuanto no lo dotemos de un contenido. Es relativo y limitado pero lo suficientemente amplio para ofrecer al individuo un marco de referencia convenientemente extenso, para que lo pueda abarcar y disponer de él y colocar sus recuerdos. Por ejemplo, nada más individual que la celebración de un cumpleaños que a su vez se transforma en festividad de carácter colectivo, marcado por el grupo como algo digno de recordar. Lo mismo sucede con otras festividades de carácter social institucionalizadas,

como las fechas políticas de levantamientos o victorias de cruzadas o revoluciones. Por lo tanto, las fechas concretas son tiempos de la memoria que propician que una sociedad asuma un pasado, se imagine como comunidad, se haga acreedora de una identidad real o ficticia, o, como diría Hobsbawm, se invente una tradición, es decir, se cree unas coordenadas que la permitan reconocerse como tal, diferente del resto. En el caso concreto del movimiento guerrillero, al haber sido erradicado de la sociedad, silenciado su recuerdo y transformada su lucha en una mera actividad terrorista por la historiografía oficial, lógicamente no existen para ellos y sus descendientes esas fechas inaugurales consensuadas por la sociedad para que les sirvan de referentes para la creación de una identidad común.

Lo mismo ocurrirá con la articulación del espacio. Las sociedades van dejando rastros en los lugares que habitan, transformándolos para así adecuarlos a su forma de vida pero también se van adaptando a ellos, configurando el espacio a su manera y creando de esta forma otro marco fijo, tangible para su conciencia, donde van a depositar y encontrar más tarde sus recuerdos. Indudablemente, como señala Halbwachs, "cuando un grupo se encuentra inmerso en una parte del espacio, la transforma a su imagen, pero a la vez se somete y se adapta a cosas materiales que se le resisten. Se encierra en el marco que ha construido" (Memoria 133). Análogamente, con el tiempo, el espacio construye y concatena recuerdos, los contiene, puesto que será en los lugares donde las experiencias y realidades han sido vividas por los grupos, donde se almacenan las memorias colectivas. Un ejemplo claro es el de aquellos habitantes de un pueblo que, a punto de ser anegado por las aguas de un futuro pantano, se resisten y luchan contra su desalojo, porque implica

para ellos el despojarse de parte de sus memorias y dejarlas en el fondo del olvido. No es por tanto falaz decir que los lugares traen recuerdos, o mejor, que están impregnados de memorias. De esta realidad están totalmente apercebidos aquellos grupos que, por la fuerza o sin ella, colocan placas conmemorativas o levantan monumentos en lugares representativos (la iglesia, la escuela, el parque, etc.), para que sirvan de referentes memorísticos en un futuro de borrosa conexión con el pasado. De forma similar a cómo ocurre con el tiempo, tampoco se posee un lugar específico para el recuerdo de esos guerrilleros antifranquistas. Existe el Valle de los Caídos, el Monumento al General Mola o todas las cruces y placas que presentizan a los que dieron su vida por la Cruzada nacional. A los guerrilleros sólo les queda el silencio de las cuevas en los montes que los cobijaron.

Es a finales de los años setenta, cuando, a través de las reflexiones de historiadores que buscan una renovada forma de hacer Historia que “[se ponga] en consideración el conflicto de interpretaciones, la relatividad del conocimiento histórico, incluso de los usos políticos de la Historia y la instrumentación del pasado” (Lavabre 41), surgen los trabajos de el historiador francés Pierre Nora. Son innegables, como apunta Marie Claire Lavabre, las aportaciones de la tradición teórica francesa —Halbwachs, Boch, Bestide—en torno a la sociología de la memoria. Pero, por otro lado, la socióloga francesa considera que las concepciones sobre la memoria colectiva de estos estudiosos de principios de siglo, nos llegan reelaboradas y tamizadas en trabajos de historiadores posteriores como Nora o Jacques Le Goff, siendo sus conceptos de memoria los que manejamos en nuestros días. Así, tomando las reflexiones sobre el espacio de los recuerdos colectivos, Nora va a confeccionar el

concepto de les lieux de mémoire. Estos son los lugares donde la memoria colectiva de una sociedad toma cuerpo y se hace presente, tangible. Como ya vimos, y a ello se suma Nora, la memoria va a necesitar de espacios públicos concretos para su conservación, como las instituciones, los monumentos y hasta los yacimientos arqueológicos, convertidos en mausoleos de ese recuerdo a preservar.¹¹ Para Nora la memoria es la vida, lo que subyace en los grupos que aún no han perdido su inocencia, sociedades complejas a las que amablemente tildamos de primitivas. Pero nuestras sociedades perfectamente desarrolladas se han desvinculado de esa memoria ancestral y vital, dejándola en el poder de agencia de la Historia y sus técnicos. Hasta cierto punto, el concepto de memoria que Nora utiliza en sus trabajos discurre paralelo al concepto dado por Halbwachs sobre los marcos de la memoria colectiva, marcos que una sociedad va a emplear para legitimar su presencia. Como bien explica Benedict Anderson, la idea de una comunidad política, económica y social es un constructor imaginado porque “aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión” (23). Así pues, son las facultades del individuo, memoria e imaginación, las responsables de fusionar individuos y colectividad para crear un conjunto aparente.

La memoria histórica en España

Pretender abarcar un asunto tan sensible como la memoria colectiva de la Guerra Civil y el franquismo y todas sus bifurcaciones en un trabajo como éste sería pecar de ingenuidad o de excesiva confianza. Pero, intentar

caracterizar el “movimiento para la recuperación de la memoria histórica,” como popularmente se ha venido denominando en los últimos años a este repunte en la preocupación por los hechos acontecidos durante y después de la Guerra Civil, se hace, por otro lado, impostergable. Los discursos por la memoria histórica en España son manifestaciones de un fenómeno social y cultural relativamente reciente, que según Georgina Blakeley, “constitutes an attempt on the part of civil society to renegotiate the original pacts agreed upon during the transition to democracy in order to move beyond the narrow political conciliation, symbolized by the 1978 constitution, to a broader social reconciliation” (1). Estos discursos de recuperación de una parte de nuestra memoria se sitúan en el contexto europeo del incremento de la importancia dada a la memoria a partir de los años ochenta, con la singularidad de haber aparecido entre nosotros a finales de los años noventa, de estar concentrado en la pugna entre antifascismo y fascismo, y de referirse casi en su totalidad a las víctimas de uno y otro bando de la Guerra Civil y de la dictadura del general Francisco Franco. Las diferentes representaciones que del movimiento guerrillero se han llevado a cabo en la narrativa española, que es de lo que versa este trabajo, beben de este interés en indagar en profundidad en aquel traumático pasado.

Como vimos anteriormente, la memoria colectiva se corresponde con lo vivido, con la experiencia del testigo de un hecho; por lo tanto es el recuerdo que perdura en un grupo como suma de individuos. Siendo también las interrelaciones que se establecen con el discurso público del pasado que se dan en dicha sociedad, el término “memoria histórica” puede llegar a implicar cosas muy dispares y, en su polisemia, no siempre puede tener una

vinculación estrecha con el pasado reciente y/o traumático. Incluso se puede llegar a postular que el concepto de “memoria histórica” no existe, como expone Javier Rodrigo: “el concepto es, en sí mismo, un oxímoron . . . se trata de un convencionalismo terminológico” (4). Para Santos Juliá la “memoria histórica” es la “memoria de relatos que han llegado al sujeto a través de generaciones de antepasados o de testigos de acontecimientos” (“De nuestras” 5). Esta memoria, continúa Juliá, adquiere el distintivo de “colectiva,” no por realizarse en un marco social, sino porque es una “celebración colectiva de un acontecimiento del pasado que da sentido a la vida o que refuerza los vínculos de una comunidad” (6). Vemos que llegar a un acuerdo terminológico es complicado, pero, pese a la polémica en torno al concepto, creemos acertada la definición de Lavabre, quien explica la memoria histórica de la siguiente manera: “el proceso por el cual los conflictos y los intereses del presente operan sobre la historia [...] los usos del pasado y de la historia, tal como se la apropian grupos sociales, partidos, iglesias, naciones o Estados” (43). Así pues, si nos enfrentamos a una gran heterogeneidad de grupos, de forma paralela, estaremos delante de una multitud de memorias históricas diferentes, pertenecientes a cada uno de esos grupos y sujetas a la propia historicidad inherente a todo grupo. No va a existir por tanto, una memoria histórica única, inmutable y homogénea, ya que todo pasado posee una variedad de memorias colectivas y sociales. Además, como bien explica Julio Aróstegui, “el fenómeno completo de la memoria histórica no reside sólo en la producción, convivencia y confrontación de varias memorias coetáneas, sino que el tiempo histórico va conformando memorias sucesivas, temporales, muchas veces superpuestas o solapadas” (60).

Si la utilización del pasado se relaciona en un espectro tan vasto con las “políticas del pasado,” que se articulan en función de las necesidades de los grupos, instituciones o poderes en cada uno de los presentes posibles y se identifican por las ideologías, las legitimaciones, los mitos o las identidades, no nos encontramos ante nada nuevo. Los usos políticos del pasado o, lo que es lo mismo, la “memoria histórica,” poseen una larga tradición. Si se considerase la expresión de un modo más limitado, es decir, como “uso público” del pasado en relación con los acontecimientos traumáticos de la Segunda Guerra Mundial, con las dictaduras del siglo XX en Europa, con la Guerra Civil y el franquismo en España, con los asesinatos cometidos por éstas y otras dictaduras en el último medio siglo, el fenómeno se podría rastrear en Europa occidental en los años ochenta y extendiéndose por el resto de Europa y gran parte del mundo en la década de los noventa. Ejemplos muy claros de esto serían el llamado “síndrome de Vichy” en Francia, el debate acerca del fascismo y el antifascismo en Italia, la guerra civil y la moralidad de la Resistencia y el papel de los campos de exterminio en la construcción identitaria del estado en Alemania (Ruiz 9).

En la mayoría de las ocasiones surge una ley para ratificar una realidad precedente y el caso de la memoria histórica en España no ha sido la excepción a la regla. Tras los ocho largos años de hegemonía de Partido Popular, en el discurso de investidura de la que iba a ser su primera legislatura, el líder del Partido Socialista Obrero Español José Luis Rodríguez Zapatero asumía como una tarea prioritaria del gobierno la activación de medidas políticas reivindicadoras de la memoria de las víctimas de la Guerra Civil española y del franquismo. Como ejemplo de aquel compromiso surgieron, en primer

lugar, la aprobación por el Consejo de Ministros de elevar una iniciativa de reconocimiento de los derechos de las víctimas, decisión que fue admitida a trámite por el Congreso de los Diputados, cuyo fruto fue el primer proyecto de ley sobre la memoria histórica. En segundo lugar, el 27 de abril del 2006, por ley de la presidencia del Gobierno, se declaró al año 2006 como el "Año de la Memoria Histórica," coincidiendo con el setenta aniversario del inicio de la Guerra Civil y del setenta y cinco de la proclamación de la Segunda República. Posteriormente, casi al final ya de la mencionada legislatura, se promulga la tan esperada y polémica "Ley de la Memoria Histórica" del 12 de diciembre del 2007. Esta serie de compromisos y proyectos, finalmente convertidos en ley, no han sido acogidos de buen grado, ni por los sectores más conservadores de la política española, ni por las asociaciones de víctimas del franquismo, ni por las plataformas de recuperación de la memoria histórica. El líder del partido de derechas mayoritario en la oposición, Mariano Rajoy, ya expresó en el momento del debate sobre la tramitación de dicha ley de la memoria histórica que "solamente [provocaría] líos, problemas y divisiones y no [satisfaría] a nadie" ("Rajoy cree"), reproche que se volvió a lanzar contra el presidente del gobierno en uno de los sonoros debates anteriores a las últimas elecciones generales de 12 de marzo de 2008. Estas medidas legislativas del gobierno de Rodríguez Zapatero son consideradas por los sectores conservadores y ultraconservadores que representa el Partido Popular como un simple intento de crear problemas que no existen dentro de la sociedad española actual y son asuntos que se encuentran en las antípodas de las preocupaciones de los españoles. Estiman también la existencia de un peligro inherente a este impulso político por la memoria desde el gobierno socialista,

que sería el romper la atmósfera de paz, reconciliación y convivencia conseguida en la época de la transición hacia la democracia tras la dictadura franquista. Podemos afirmar que, por una vez, las palabras del líder de la oposición no andaban desencaminadas.

La famosa ley que otorgaría los derechos y el reconocimiento negado a todos aquellos que lucharon contra el franquismo y por la libertad fue rechazada desde sus inicios por la mayoría de las asociaciones por la recuperación de la memoria, ya que no cumplía la mayoría de las expectativas que las mismas tenían de ella (Junquera). En el caso particular de los guerrilleros antifranquistas, igualmente expresaron con vehemencia en una entrevista para el semanario *Interviú* su pesar por el texto final de la ley, considerándola como “una traición, por renunciar a la condena jurídica de los procesos y juicios sumarísimos del franquismo y por dar legitimidad, en consecuencia, a la dictadura de Franco” (Castro). En la misma línea se manifestaron antiguos guerrilleros al periódico *El País* en relación a la ley, entre ellos, Remedios Montero, quien exteriorizaba así su decepción: “Se ha perdido la oportunidad de dejar claro que no fuimos bandoleros; ningún Gobierno se ha acordado de nosotros” (Lafuente). El colectivo de guerrilleros continúa haciendo llamamientos a la opinión pública, denunciando las lagunas que posee la nueva ley de la memoria histórica. De esta forma lo expresa en un comunicado remitido a los medios de comunicación el pasado 24 de julio de 2008, donde se reclama la necesaria modificación de dicha ley (AGE).¹²

Como vemos, estas dos posiciones encontradas representan la realidad del problema que se plantea hoy en día en España a la hora de encarar el tema de la recuperación de la memoria histórica, una memoria colectiva cercenada

por cuarenta años de dictadura militar. La primera postura correspondería a todos aquellos que entienden que la Guerra Civil y el franquismo son dos etapas que España ya ha superado históricamente y no deben ser desenterradas, ya que deterioraría la idílica convivencia de la que disfrutamos todos los españoles. Es fácil darle entidad a este primer posicionamiento del que hablamos, puesto que estas posturas están integradas por la derecha y la ultraderecha política y todo el sector de la población que apoya su línea de pensamiento, la jerarquía de la Iglesia católica y el sector de los historiadores revisionistas como Joaquín Arrarás, Ricardo de la Cierva, Ramón Salas Larrazábal, Ángel David Martín Rubio, Cesar Vidal o Pío Moa, en los últimos años. La totalidad de estos historiadores y aficionados a la Historia consideran que, habiendo sido los republicanos los responsables últimos tanto del fracaso de la Segunda República como del estallido de la Guerra Civil, lo único a lo que tendrían derecho a aspirar es a los misericordiosos bálsamos del olvido. Son, por tanto, los adalides de la reacción conservadora contra los procesos de recuperación de la memoria histórica del bando de los defensores de la República en nuestro país.

En el lado opuesto se sitúan los que juzgan que quienes dieron su vidas por la democracia republicana en el campo de batalla o fueron represaliados posteriormente por oponerse al franquismo son merecedores de una consideración preferente, ya que los “caídos por Dios y por España” y los “cruzados por la España auténtica” ya habían disfrutado durante años de los honores y prebendas que el sistema franquista les otorgó, mientras que los primeros fueron condenados al olvido y a la ignominia durante años. Esta necesidad de reconocimiento público hacia los que lucharon por la democracia

no parte de un simple deseo de venganza, ya que el mero hecho de rendirles un tributo es en cierta medida hacer justicia. Para Blakeley, este agradecimiento posee dos dimensiones:

first there is the need to acknowledge and recognize the suffering endured by those who lost the Civil War, not just of the immediate victims but also of their families. Second, there is the need to acknowledge and recognize that, though they lost the Civil War, their defence of the legitimately elected Republican government was a fight for the values of democracy and freedom that Spain now enjoys today. (49)

Apoyando este punto de vista se situarían todas las asociaciones de excombatientes del bando republicano, las de exguerrilleros y las de familiares de víctimas de fusilados o encarcelados durante el franquismo, así como todos los foros estatales por la recuperación de la memoria histórica y los partidos de ideología izquierdista.

Asimismo, podemos considerar la existencia de una postura a medio camino entre ambas. Sería la que constituyen todos aquellos que piensan que, si bien la recuperación de esa parte de la memoria histórica de nuestro país es una asignatura que aún tenemos pendiente para conseguir una identidad española democrática sin fisuras, sería bueno intentar conceder el mismo tratamiento y respeto a las víctimas de un bando como a las del otro. Esta posición abogaría por el reparto equitativo, tanto de las responsabilidades del desencadenamiento de la guerra como de las brutalidades cometidas entonces entre los dos bandos, dejando fuera el periodo franquista, durante el cual la violencia fue ejercida de forma sistemática por el aparato represor del Estado. Así pues, aunque se admiten todas las deudas contraídas a lo largo de los años

con los vencidos del conflicto civil y los posteriormente represaliados, se hace con la mayor de las cautelas, para no herir posibles sensibilidades y no hacer reverdecir viejos resentimientos. Esta es la postura que asumió el Partido Socialista Obrero Español, tanto en los gobiernos de la etapa de Felipe González como en los primeros momentos de la legislatura de Rodríguez Zapatero, lo que explica las reticencias iniciales y demoras posteriores en el desarrollo de proyecto de Ley de la Memoria Histórica.

Cercanos a estas posiciones asumidas en momentos iniciales por el gobierno socialista, se encuentran historiadores y medios de comunicación que critican las medidas políticas encaminadas a la recuperación de la memoria histórica ya que ven el conflicto civil armado como un suceso en que, si bien unos más que otros, todos fueron culpables. Abogan, pues, por considerar que el trauma de la guerra habría sido subsumido por los esfuerzos de reconciliación nacional llevados a cabo en la etapa final de la dictadura y la posterior fase de transición hacia la democracia. La epifanía de esta voluntad de consenso, que se apoderó de todo este proceso político en pos de un nuevo sistema democrático, sería la Ley de Amnistía Política del año 1977. Se produjo así un punto y final con la anterior situación, permitiéndose el paso hacia una impecable democracia, de la cual disfrutamos hasta hoy. De la misma manera, afirman que el periodo de la Transición no fue un momento marcado por un pacto de silencio en lo referente al pasado dictatorial, ya que no se encontraron obstáculos ni para la investigación, ni para el debate o la publicación de los resultados de esos trabajos (Aguilar "Evocación" 281, 297-98; Juliá "Bajo", "De guerra" 48-50). Nada de lo que los nuevos agentes investigadores aportarían al conocimiento de aquella época supondría algo

nuevo, porque todo estaba allí en términos generales, al alcance de todo el que quisiera aproximarse al tema. En esta línea argumentativa se posicionan investigadores como Santos Juliá y Aguilar Fernández,¹³ por ejemplo, quienes afirman que la inexistencia de una política explícita de la memoria que reivindicase a las víctimas y luchadores contra el franquismo no fue una decisión exigida por los poderes públicos del momento, sino una determinación ponderada, sensata y madura que todos los españoles escogieron, a fin de consolidar la democracia. (Aguilar Fernández Memoria 359-361, "Evocación" 282-87, 298-304; Juliá "Memoria" 38-42, "De guerra" 50-52; Loureiro "Argumentos patéticos" 18-25).¹⁴ Fue la demostración de la madurez de la sociedad civil española al encarar el gran problema del recuerdo de la Guerra Civil frente a la actitud timorata e inmadura de las élites políticas a la hora de enfrentarse con el conflicto inherente del recuerdo de la contienda (Blakeley 54). Sin embargo, es necesario hacer notar al respecto que una de las quejas más reiterada por la mayoría de los investigadores centrados en la lucha guerrillera antifranquista, como Eduardo Pons Prades, Secundino Serrano o Francisco Moreno Gómez, es precisamente la cantidad de trabas que han tenido a la hora de investigar este fenómeno de resistencia antifranquista (Moreno "Lagunas," "Maquis" 75-79). No debemos olvidar que, al ser el Ejército y la Guardia Civil en mayor medida los encargados de la lucha antiguerrillera, sus archivos recogen muchos de los documentos necesarios para la investigación de la guerrilla y sus fondos no siempre han sido accesibles a los investigadores (Serrano 17).¹⁵

Como vemos, nuestro pasado más cercano está siendo re-evaluado desde nuevas instancias, a la luz de novedosos datos que obligan a una re-

interpretación de las antiguas afirmaciones. Estas nuevas perspectivas con las que se mira nuestro pasado más conflictivo traen aparejadas el surgimiento de nuevos productos culturales que, por un lado, reflejan el renovado interés del gran público por estos temas y, por otro, los supera, convirtiéndose en un ejemplo claro del proceso de desmitificación y diálogo que se ha venido manifestando en el seno de la sociedad española en los últimos años, con el fin de esclarecer de forma más profunda acontecimientos tales como la Guerra Civil, el franquismo y la transición hacia la democracia. En una coyuntura como la que estamos viviendo, en la que los vencidos van ocupando el lugar que les correspondía en nuestra memoria colectiva, la novelística que cubre la lucha guerrillera contra el franquismo está inserta en este movimiento social, pero también profundamente cultural, de la recuperación de la memoria histórica. Es un movimiento socio-cultural fruto de, como dice Cinta Ramblado Minero, “un momento de madurez social necesaria para el progreso hacia el futuro” (373), que comenzó ya durante el período dictatorial y que aún se prolonga hasta nuestros días, llenando los resquicios que el discurso histórico oficial no puede completar.

Ficción e Historia

En la narrativa del fenómeno guerrillero antifranquista la ficción y el discurso histórico se diluyen para formar una única entidad discursiva. Estos textos habitan la porosa frontera entre la Historia y la ficción. Pero esta relación entre ambos discursos, de mutuo y necesario contacto, no ha sido siempre planteada en estos términos de connivencia. Eran cada uno de ellos universos cercanos pero paralelos a fin de cuentas. La práctica de la crítica

literaria en el siglo diecinueve era eminentemente filológica. La figura del crítico literario pasaba por ser un estudioso de la Historia ya que la llamada obra literaria se estimaba como resultado del ejercicio de dicha disciplina. Si aquella era la premisa desde la cual la obra literaria surgía y se hacía presente determinada por la Historia, era inevitable un aprendizaje de la misma. Este planteamiento historicista hunde sus raíces en el período de la Ilustración. El conocimiento y el estudio del pasado durante aquella época habían superado el bloqueo que imponía la noción de la Divina Providencia, desplazada ésta por la nueva concepción de progreso. Esta nueva idea de desarrollo acumulativo e irreversible carecerá de cualquier juicio moral en su interior, lo que lleva a considerar al tiempo como el pilar básico a la hora de comprender las transformaciones ocurridas en el seno de la humanidad. Este influjo racionalista ilustrado recorrió toda Europa, afectando en especial a las escuelas historiográficas inglesa y alemana. Como no podría ser de otra forma, todo movimiento cultural engendra su propia reacción y la Ilustración no fue una excepción. Fue en este último ámbito alemán donde los presupuestos racionalistas ilustrados mutaron hacia una nueva versión de los mismos, no del todo renovadora. Los estudios históricos, únicamente centrados en las características singulares de los estados alemanes, llevaron a la reconceptualización de la idea del “espíritu del pueblo,” que ya estaba presente en los escritos de los ilustrados franceses como Voltaire y Montesquieu (Ferrater 1014-15). Para los filósofos románticos alemanes Johann Gottfried Herder¹⁶ y Georg Hegel,¹⁷ este Volksgeist, ajustándose a las peculiaridades de un tiempo y un lugar determinados, intervenía uniendo de forma sistemática y general a los individuos de una colectividad a través de la

lengua, las tradiciones, las instituciones, una literatura y un arte particulares. Vemos, pues, como este “espíritu del pueblo” se situaba diametralmente opuesto “a la universalidad y la atemporalidad de la razón ilustrada y su concepción individualista del hombre” (Moradiellos, Caras 147). Junto con Herder, el filósofo francés Hipólito Taine es uno de los representantes más importantes de estas teorías deterministas aplicadas al arte en general y a la literatura en particular. En su Filosofía del arte, afirma que el origen de toda obra artística está condicionado por factores internos —las capacidades personales del artista— y por factores externos, como la geografía, el clima, la raza, el momento y los componentes sociales.

Por lo tanto, vemos que la Historia se empleaba para dar luz, o acaso sombra, al texto literario, para ubicarlo como parte de un fenómeno histórico. Para ello, se establecían las diversas fechas que enmarcan a un texto, la de su composición y la de su publicación, y se buscaban de forma sistemática las alusiones históricas: personajes, acontecimientos, fechas, etc. Posteriormente se elaboraba una biografía del autor, y era allí donde se buscaban los elementos que impulsaban al escritor a escribir de una forma u otra. En último lugar se llevaba a cabo un análisis del texto literario como producto de las fuerzas históricas, siendo éstas las responsables de la forma que adquiere y, así, se llegaba a la conclusión que era un acontecimiento histórico el que originaba la obra literaria. Esto hace que la Historia y sus procesos internos, se conviertan en los factores que indefectiblemente van a modificar la existencia del texto, convirtiéndose en su génesis y su destino final. Como afirma Norman Wilson en su libro *History in Crisis?*, “Teleology [narration of History] frequently results in a history of the winners without adequate

consideration of other outcomes that might have occurred" (8). Esto es precisamente lo que ocurrió con todo el fenómeno de la resistencia armada contra el régimen de Franco. La Historia la escribieron los vencedores, obviando o reduciendo a la nada el papel o la mera existencia de tal lucha de oposición a la dictadura.

Historia del discurso o el discurso de la Historia

Los dos bloques monolíticos que hasta entonces habían sido la Historia y la literatura, comienzan a vacilar y a depurar sus posibles connivencias epistemológicas cuando los teóricos de ambas materias se percatan de que cualquiera que sea la imagen de la realidad que se muestre, no es ecuánime ni total. Linda Hutcheon observa que: "[History and Fiction] are both identified as linguistics constructs, highly conventionalized in their narrative forms, and not at all transparent either in terms of language or structure; and they appear to be equally intertextual, deploying the texts of the past within their own complex textuality" (Poetics 105). Así pues, el lenguaje es la criba por la cual dicha representación de la realidad va a ser filtrada, convirtiéndola de forma impostergable en discurso, y, por lo tanto, debe ser analizada en sus términos. Los avances en el estudio del uso del tiempo en la novela es otra de las razones por las que se juzga la textualidad de la Historia. Los historiadores contemporáneos enumeran o, mejor dicho, narran, los hechos históricos utilizando una idea distinta del tiempo. Los generadores del discurso histórico se enfrentan a los textos históricos de una forma diferente, buscan la significación histórica no desde el nivel de los hechos narrados o explicados, sino a través de la valoración de cómo esos hechos están explicados o

narrados. Roland Barthes, por ejemplo, va a considerar el discurso histórico objetivo como el mero resultado de una ilusión referencial.¹⁸ Los historiadores manejan con asiduidad una frase hecha que afirma que los hechos hablan por sí solos, pero no podemos negar que esta supuesta carencia de referentes lleva consigo aparejada una significación: la propia falta de un asidero referencial. Para Barthes, el discurso histórico es a todas luces una construcción ideológica ilusoria, como ya hemos apuntado; por lo tanto, se infiere que el principio del hecho histórico no es enteramente fidedigno. Como resultado, al difuminarse las verdades categóricas y cerradas que se les suponían a los hechos históricos, ya no solamente van a ser los críticos literarios quienes van a interesarse por el discurso histórico. Como vemos, la crítica posmoderna ha echado por tierra muchas de las ambiciones científicas de las ciencias humanas.

Una de las mayores influencias que sobre las diversas disciplinas se ha ejercido es la surgida de la mano de Michel Foucault. El heterodoxo filósofo francés rechaza el supuesto de que exista un sujeto unificado y congruente, susceptible de ser objeto de conocimiento y análisis. En las últimas páginas de su obra *Las palabras y las cosas* afirma, refiriéndose al sujeto humano tal como lo entendemos hoy en día –es decir, como un modo de significación que nos llega desde la época renacentista–, que de ninguna forma se encontraba como propósito de estudio ni tan siquiera como entidad independiente en siglos anteriores. Si nos fijamos en la cultura europea desde el siglo XVI, el hombre no ha sido la cuestión central que de forma reiterada haya mantenido ocupados a la gran mayoría de los intelectuales. Como bien señala Foucault, el hombre, o su posición nuclear como objeto de estudio, es una invención reciente que revela la estratificación de nuestro pensamiento (375).

Así pues, de la misma forma que el sujeto solamente existe como una construcción verbal del discurso científico-humanista, el sujeto histórico sólo se haría presente en el horizonte lingüístico siendo parte integrante de un discurso que finalmente es, de forma sustancial, un fenómeno de carácter textual con unas marcadas intenciones políticas. La elaboración de la Historia hoy en día, como expone Foucault en la introducción a *La arqueología del saber*, se ha transformado en el método de legitimación por excelencia de la sociedad en la que surge y desde la que opera, mediante la eliminación sistemática de lo discordante, de las penetraciones externas, en pos de favorecer a las estructuras dominantes (9).

Para Hayden White, el historiador y lo que éste elabore a partir de los datos que posea, un acto estrictamente poético que apenas se aleja del lenguaje considerado literario. El historiador, cuando se sienta a escribir, lo que fundamentalmente lleva a cabo es una operación poética en la cual pre-figura el ámbito histórico y lo conforma como un campo en el que va a manejar teorías específicas para dar una interpretación personal de lo que realmente ocurrió.¹⁹ De esta forma, somos capaces de inferir que las diferentes versiones que del pasado nos aportan los historiadores son claramente subjetivas, ya que estas objetivaciones discursivas se manifiestan a través de un proceso de organización, clasificación y supeditación interna del material historiable. A través de estas intervenciones sobre la información, el surtidor del discurso histórico intenta ratificar una serie de hipótesis previamente escogidas y que en la mayoría de los casos se corresponden con el punto de vista que de la realidad circundante posee y que su bagaje cultural le brinda. Podemos razonar, pues, que el esclarecimiento histórico no es producto de un examen

científico e imparcial de los documentos y circunstancias, sino más bien una confección procedente de la creatividad poética del historiador.²⁰ Vemos como de nuevo surge el concepto de ilusión referencial de la que hablaba Barthes, que ya habíamos apuntado anteriormente.

White, en su *Metahistoria*, nos brinda un ejemplo muy conveniente de cómo se va a intervenir a un nivel literario y estético en el discurso histórico a partir de los datos que se poseen. En primer lugar, postula White, los principios que conforman el ámbito histórico se disponen en forma de una crónica tras la subsiguiente organización de los acontecimientos a tratar, ordenándolos en función del momento en que tuvieron lugar (16-18). Posteriormente, dicha crónica se estructura a través de una exposición, mediante la acomodación de los sucesos como integrantes de un “espectáculo o proceso de acontecimientos” a dicho decurso narrativo se le supone un inicio, un desarrollo y una conclusión perfectamente distinguibles. La metamorfosis que se produce a partir de una crónica de sucesos para llegar a convertirse en un relato se realiza, según White, por “la caracterización de algunos sucesos de la crónica en términos de motivos inaugurales, de otros en términos de motivos finales, y de otros más en términos de motivos de transición” (*Metahistoria* 16).²¹ Podemos considerar a modo de ejemplo un fragmento cualquiera del texto *La lucha contra el “maquis” en España*, del historiador simpatizante del régimen franquista Tomás Cossías:

En la mañana del 9 de enero de 1946, bajo el reloj de la iglesia de Santa Catalina, se reunieron Corredor (a) ‘El Gafas,’ Florián García (a) ‘El Peque’ y otros tres conocidos por ‘El Boxeador,’ Manuel Martínez y un tal ‘El Jack.’ Todos los cuales, menos ‘El Peque,’ que quedó vigilando el trayecto de Valencia a Torrente para informar de los movimientos de las Fuerzas de Orden

Público que pudieran transitar por allí, marcharon al sitio designado y el asalto se efectuó con dos pistolas ametralladoras y cuatro de 9 m/m largo. Sin embargo, por la ausencia del cajero, este atraco no dio resultado alguno. (121)

Dicho fragmento nos sirve perfectamente para rastrear este mecanismo de estructuración narrativa del discurso histórico, con los motivos inaugurales, de transición y finales que explica White. El motivo inaugural sería “En la mañana del 9 de enero de 1946, bajo el reloj de la iglesia de Santa Catalina, se reunieron Corredor (a) ‘El Gafas,’ Florián García (a) ‘El Peque’ y otros tres conocidos por ‘El Boxeador,’ Manuel Martínez y un tal ‘El Jack.’” El motivo de transición, que mantiene al lector a la espera de la resolución de lo narrado, aparece a continuación: “marcharon al sitio designado y el asalto se efectuó con dos pistolas ametralladoras y cuatro de 9 m/m largo.” Se introduce por fin el desenlace o motivo final: “Sin embargo, por la ausencia del cajero, este atraco no dio resultado alguno” (120). Este proceso se da en todo el texto de Cossías y es común en el discurso histórico.

La postmodernidad, como muy bien apunta Nancy Wood, va a sostener una posición muy recelosa sobre las causas finales que supuestamente dirigen la Historia y sobre la confianza que la Ilustración tenía en las intrínsecas fuerzas progresivas que dictaban las relaciones entre pasado, presente y futuro (4). En esta línea argumentativa Hutcheon, por su parte, considera que la revisión crítica de la Historia y la ficción narrativa siempre han sido categorías permeables, que han creado en el espacio intersticial de sus flexibles fronteras un lugar de intercambios discursivos. La crítica canadiense va a considerar también el discurso histórico que, pese a unirse con el calificativo de objetivo,

lo considera como una construcción lingüística, donde la misma clasificación de los datos conlleva una pauta de selección, que puede o no formalizar unos objetivos personales o saciar las exigencias informativas de un eventual lector. Una selección de datos que, de todas formas, ya conlleva la restricción y la adición de una carga ideológica por parte del historiador, como ya hemos visto anteriormente. De esta forma, Hutcheon también aludirá a cómo White “points to how historians suppress, repeat, subordinate, highlight and order facts, but once again, the result is to endow the events of the past with a certain meaning. To call this act a literary act is, for White, in no way to detract from its significance” (Politics 67-68). Estas ideas tienen una importancia meridiana en el trabajo de Hutcheon, ya que a partir de ellas va estudiar la paulatina historización del discurso narrativo postmoderno, sobre todo en su *Poetics of Postmodernism*, y así ubica, dentro de estas coordenadas teóricas, la propia especificidad de la metaficción historiográfica. La incorporación de temas, personajes y hechos documentados en el texto de ficción,²² subrayarían para Hutcheon el intento de minar las pretensiones de imparcialidad, autoridad y monumentalidad que se le supone a una gran parte de historiografía tradicional.

También en su ensayo, *Nietzsche, la Genealogía, la Historia*, Foucault recapacita sobre éstas y otras cuestiones. Plantea que del procedimiento del saber histórico no es posible desprender ninguna constante imperturbable o perpetua, con lo cual todas y cada una de las explicaciones que se van a elaborar del pasado son hasta cierto punto adulteradas y emanarán de las preferencias o inclinaciones personales de cada sujeto y no de unos hechos objetivos y contrastables. Para Foucault, la materia histórica está saturada de

juicios religiosos que se revelan en el anhelo de descubrir certezas invariables en los fenómenos naturales, algo que ya observó su declarado maestro Nietzsche. A su vez estas verdades nos han de servir para apuntalar la percepción que de nosotros mismos poseemos y de lo que entendemos por evolución histórica. Foucault lo va a expresar de la siguiente manera: "Creemos que nuestro presente se apoya sobre intenciones profundas, necesidades estables; pedimos a los historiadores que nos convenzan de ello. Pero el verdadero sentido histórico reconoce que vivimos, sin referencias ni coordenadas originarias, en miríadas de sucesos perdidos" (Nietzsche 50-51). Foucault considera que todos los procesos históricos son siempre el producto de una complicada y enmarañada red de causas y efectos, y no simplemente el resultado de un único principio rector. Esta multiplicidad de relaciones generadoras del proceso histórico hacen que nuestra competencia de discernimiento sea desafiada una y otra vez, socavando todos nuestros esquemas de entendimiento. Paul Hamilton cita al filósofo francés a este respecto:

History has no meaning though this is not to say that it is absurd or incoherent. On the contrary, it is intelligible and should be susceptible of analysis down to the smallest detail –but this is in accordance with the intelligibility of struggles, of strategies and tactics. Neither the dialectic, as logic of contradictions, nor semiotics, as the structure of communication, can account for the intrinsic intelligibility of conflicts. (119-20)

No es que los acontecimientos históricos no sean inteligibles, sino que el proceso de elaboración de la Historia es fundamentalmente una construcción que se lleva a cabo de forma externa al acontecimiento mismo. De esta forma,

pues, no surgirá de los propios acontecimientos, sino de la adulteración que de los hechos ha sido objeto por parte del encargado de surtir el discurso histórico. Por tanto, Foucault va a pretender que se rehúya de las escuelas historiográficas tradicionales, al estar éstas impregnadas de un punto de vista metafísico y antropológico.²³

El generador del discurso histórico intenta convencernos e imponernos su interpretación de los acontecimientos históricos, lo que de forma ineludible acarrea la eliminación del resto de posibles construcciones del pasado. Bajo mi punto de vista, este proceso de adición de certezas metafísicas, juicios de valor, afirmaciones que carecen de cualquier sombra de duda, o desprecio de otros actores en el desarrollo del acontecimiento histórico, se hace evidente en la historiografía vinculada ideológicamente con el régimen franquista centrada en el fenómeno guerrillero. Historiadores como Tomás Cossías, Eduardo Comín Colomer, Ricardo de la Cierva, Antonio Díaz Carmona y Francisco Aguado Sánchez no tienen ningún reparo en añadir este tipo de referencias cargadas de significación. Cossías, por ejemplo, habla de “nuestra Cruzada de Liberación” (19), que nos sitúa claramente en el plano de la religión católica como combate, con la lucha como el único medio de salvación y redención del infiel, en este caso comunista. Comín Colomer, prologando a Cossías, sentencia: “lo que Tomás Cossías narra en sus páginas es algo absolutamente verídico y netamente objetivo” (7). La verdad está de su lado, le alienta en su lucha contra la calumnia de la enfermedad comunista “contra la España auténtica” (28). Para Aguado Sánchez, “algunos volvieron al buen camino . . . en momentos de lucidez” (18). Los más afortunados vieron la verdad resplandeciendo al final del oscuro túnel del comunismo. Estaban

profundamente equivocados, desviados de la verdad, pero se arrepintieron. Los mencionados historiadores reducen la pluralidad de voces que inevitablemente han creado el discurso histórico sobre la guerrilla. Van a otorgar al Partido Comunista el papel principal de motor guerrillero, quien es responsable del “lavado de cerebro” de los pobres infelices que perdieron la guerra. Si bien es cierto que fue un papel de gran importancia, estos historiadores eliminan la diferente labor de resistencia de otros partidos políticos, como el socialista o el anarquista. No hemos de olvidar que el anarquismo era la ideología dominante en los grupos de guerrilla existentes en las grandes ciudades como Barcelona y Madrid. Por otro lado, es de gran importancia que se elimina así cualquier responsabilidad que el régimen franquista pudiera tener en todo este proceso violento, beatificándolo. No perdamos de vista que, con la sistemática represión que el nuevo orden político impuso, se forzó a muchos hombres y mujeres “a echarse al monte” y decidirse a luchar contra el nuevo sistema. En definitiva, lo que subyace de forma latente en estas prácticas discursivas de este tipo, es un deseo de poder que, en la opinión de Foucault, permitiría ser interpretado como un deseo de verdad, que se introduce en todas y cada una de las praxis discursivas. En el tema de la guerrilla antifranquista, el discurso histórico se revela como un inefable aparato de eliminación de otros discursos discordantes. Por lo tanto, para el controvertido filósofo francés, el poder y el conocimiento no serán más que términos equivalentes dentro de la misma ecuación. Así pues, Foucault señalará como un resultado representativo de la modernidad y su característica ‘teleología de la razón’ la noción que identificará a la Historia con el saber, el progreso y la verdad.

El concepto de "episteme" o "estructura epistémica" que utiliza Foucault, perfecto avatar del concepto de voluntad de poder que su reconocido preceptor Nietzsche desarrolló en su obra filosófica, impregna el discurso histórico. Para Foucault, la episteme está definida como el conjunto de relaciones que existen en una determinada época entre las diversas ciencias, o diversos discursos, y que se constituyen como el entramado o el suelo que hace posible las diversas ideas en aquel tiempo. Se trata de un almacén inconsciente, o de una estructura oculta, que se refleja en los diferentes discursos o ámbitos científicos, y la ciencia que los estudia recibe el nombre de "arqueología del saber." Esta nueva arqueología muestra que dichas epistemes son discontinuas a lo largo de la Historia, por lo que no existe una verdadera Historia de las ideas como proceso continuo. En la cultura occidental tres son las epistemes fundamentales para Foucault: la Renacentista, la característica de los siglos XVII y XVIII y la que corresponde al siglo XX (Palabras 353-56). Exponiéndolo de otra forma, la episteme va a deslindar lo que es permisible razonar, elaborar y expresar, y por supuesto lo que no, sobre cualquier parcela del saber humano. Es tarea de la episteme, a su vez, el implantar las correspondencias y separaciones entre los diferentes componentes discursivos y de carácter textual, con los que se forma el discurso histórico; como dice Paul Hamilton, "only that which keeps episteme in place is intelligible to history. It records 'relations of power, not relations of meaning.' [Therefore] The new history is clearly not going to be very communicative" (119).

Palabras como "el dato," "la neutralidad" y "la objetividad" son para Foucault una suerte de conceptos ficticios, ya que apuntan hacia la hipotética

presencia del acontecimiento histórico, más lejos de la esfera de la estructura lingüística. Es como si el hecho histórico en sí fuese capaz de disfrutar de otra objetividad que no estuviese en el interior del sistema de signos donde es producido. Estos conceptos, como afirma Foucault, no son más que meros subterfugios conducentes a propagar una aquiescencia sobre el pasado, y así poder legitimar una cierta traducción del ayer, que es la que cada historiador con su elaboración discursiva fomenta. De esta forma dirá: “Los historiadores buscan en la medida de lo posible borrar lo que puede traicionar, en su saber, el lugar desde el cual miran, el momento en el que están, el partido que toman –lo inapresable de su pasión–” (Nietzsche 54). Así pues, Foucault va a recomendar que se produzca una profunda democratización en la elaboración del discurso histórico. Para ello, se tendrá que llevar a cabo una total supresión de los rangos y jerarquías, así como la creación de una memoria desde abajo, una contra-memoria, donde se pueda dar un espacio de representación igual de legítimo, a todas aquellas voces que por distintos motivos hayan sido marginadas de la Historia: “The point is to make such use of history as to free it forever from the model, which is both metaphysical and anthropological, of memory. The point is to turn history into a counter-memory” (Horrocks y Jevtic 98). O, como manifiesta Hamilton, ocurrirá que “The ‘accidental’ connections masquerading as historical, once their use is perceived, [...] are no longer stand in the way of an authentic recovery of the losers of history” (120).

Recapitulando, vemos como tanto Roland Barthes como Michel Foucault, Hayden White o Linda Hutcheon, entre otros, no hallarán diferencias significativas entre la elaboración de un discurso llamado histórico

y otro literario o ficcional, ya que la una y la otra categoría discursiva se nos presentan de forma narrativa y, por lo tanto, poseen técnicas de fabricación en común. Estas nuevas teorías surgidas desde la posmodernidad hacen que se tambalee la objetividad que a la Historia tradicional le suponemos y que nos surjan varias preguntas al respecto: ¿Qué son realmente los hechos históricos? ¿Existen los hechos históricos fuera de los textos donde comúnmente nos los presentan o los encontramos? ¿Representa la Historia tradicional de forma veraz lo acontecido? Al contestar estas preguntas debemos añadir, partiendo de la base que la Historia tradicional no es un todo perfecto y que carece de la inmanencia de la que se la invistió en épocas pasadas, otro tipo de textos a nuestros acercamientos al pasado. Necesitamos unos textos que nos permitan a la vez que representar de otra forma el pasado y a los que intervinieron en él, completar las carencias que le encontramos al discurso historiográfico. En este preciso lugar es donde ubicaremos la ficción histórica sobre la guerrilla antifranquista que se propone en este estudio, en los intersticios que la Historia tradicional no puede satisfacer y que la literatura plenamente colma.

Notas

¹ Historiadores como Santos Juliá problematizan la idea del “pacto de silencio y olvido” que se produjo durante la transición hacia la democracia en España. Juliá postula que de forma errónea se le llama olvido y memoria a lo que es simplemente conocimiento e ignorancia acerca de lo investigado, debatido y publicado en la época inmediatamente posterior al régimen franquista (“Memoria” 23-25). A mi entender, es hacer que recaiga la responsabilidad de dar a conocer su pasado a estos colectivos silenciados, que sean ellos y sus descendientes los que hagan el esfuerzo necesario de difusión, aún siendo parte de pleno derecho de nuestra memoria colectiva. Pero, quizás, lo que se echó de menos entonces y hasta hace bien poco no se ha hecho presente es la voluntad institucional de mirar hacia atrás, hacia ese pasado con el cual no nos sentimos identificados.

² En este trabajo se emplearán las mayúsculas para distinguir entre los conceptos de Historia (*history*) e historia (*story*). Esta diferenciación es permanente en todo el desarrollo del análisis.

³ José Colmeiro coincide con las apreciaciones de Huyssen y Todorov a la hora de hablar de una abundancia casi enfermiza de memorias en las sociedades capitalistas avanzadas occidentales. Según Colmeiro, estas sociedades, entre las que se encuentra España, son conscientes de la falta de memoria y actúan virulentamente para intentar llenar ese déficit memorístico. Se produce así una batalla entre memoria y amnesia que es una característica de la cultura postmoderna. Nuestra cultura vive fascinada por la añoranza y la reutilización de un pasado pero, por otro lado, se encuentra inmersa en un proceso de olvido sistemático ante el exceso de información que la satura. Por tanto aparece una “memoria-fetiché” que aparece, hecha objeto y ajustada a ese proceso de búsqueda y sustitución de la memoria que no existe. Colmeiro da como ejemplos la gran profusión de congresos, exposiciones, libros centrados en el pasado y su rememoración (21-23).

⁴ Jan Assmann denomina al primer tipo “communicative memory” (126) y “cultural memory” (128) al segundo. Los dos tipos de memoria que considera son formas diferentes de memoria colectiva. A grandes rasgos, la memoria comunicativa englobaría los recuerdos de un pasado relativamente próximo, que han sido difundidos de una forma eminentemente oral y lógicamente dejarían de existir con la muerte de los individuos que presenciaron los hechos transmitidos. La memoria cultural, por su parte, poseería elementos de carácter estable creados de forma intencionada, a saber, los monumentos, las imágenes y los textos que un grupo utiliza para afirmar la uniformidad de su identidad.

⁵ Sin la conceptualización de su carácter colectivo, ya en la Grecia clásica Aristóteles reflexionó acerca de la memoria y el recuerdo. En su obra De la memoria y el recuerdo, Aristóteles se ocupa de marcar las diferencias entre ambas nociones. Para el filósofo griego la memoria no es equivalente a la percepción o a la concepción del pensamiento, sino posterior a las mismas. Es un estado o afición, enlazado con las anteriores categorías cuando ya el tiempo ha pasado. De la misma forma, la memoria asimismo implica el conocimiento del objeto que se recuerda. Este proceso también se realiza por medio de las imágenes. La memoria supone una imagen en el alma, la cual es una impresión de una imagen sensible anterior en nuestros sentidos. La memoria y el recuerdo son esencialmente el depósito de una imagen entendida como una reproducción de lo que dicha imagen representa, y de la cual una parte es de creación propia, principalmente la parte de nuestra experiencia sensible, con la que percibimos el tiempo.

⁶ Todorov en su libro Memoria del mal, tentación del bien enumera una serie de mecanismos que son comunes a las tiranías del siglo XX, como el nazismo, el estalinismo y el franquismo, en su deseo de controlar la información y, por lo tanto, la memoria del grupo. Como primer método coloca la mera desaparición de huellas de cualquier crimen cometido. En el caso del nazismo podemos nombrar el uso de los hornos crematorios en los campos de exterminio. En la España franquista, la existencia de fosas comunes cuyo objetivo, aparte de la funcionalidad evidente, hace que el individuo como tal desaparezca. En segundo lugar, la intimidación y prohibición expresa a la población para que no se informe o difunda cualquier información que no sea la versión oficial. En el caso español estaba prohibido la sintonización de cualquier radio europea que difundiera mensajes contra el régimen, como Radio España Independiente. En tercer lugar, el uso de eufemismos para enmascarar la realidad y eliminar así cualquier vestigio en la memoria a largo plazo. Significativo fue en España, en este caso, el enmascaramiento del uso de los trabajos forzados contra los presos, santificando esta forma de represión física con la creación de un Patronato Central de Redención de Penas que reconocía "el derecho legítimo al trabajo de los presos" ("Víctimas" 336-37). En cuarto lugar, y el más importante según Todorov, es la propaganda, la creación de una realidad alternativa basada en mentiras. En este último espacio situaremos toda la historiografía negacionista sobre el exterminio judío o, en el caso español, el no reconocimiento de un movimiento contra el régimen, considerándolo un problema meramente criminal.

⁷ Es perfectamente entendible ese enfoque unívoco en dirección a Moscú que muestran estos historiadores franquistas. El régimen comunista, "la hidra roja," es el archienemigo de Franco, la enfermedad que se pretendía erradicar del solar patrio español, "la anti-España." Pero debemos mencionar que el movimiento guerrillero fue repudiado por el gobierno de Stalin y sus máximos impulsores iniciales en España—Enrique Lister, Dolores Ibarruri o Santiago Carrillo—lo reducen a una mera anécdota o incluso a un estorbo, frente a las nuevas estrategias del partido, como la "política de reconciliación nacional" (Serrano 15-16).

⁸ Hobsbawm enumera nueve puntos fundamentales que todo "bandido noble" ha de poseer para ser considerado como tal:

1) el ladrón noble inicia su carrera fuera de la ley no a causa de un crimen sino como víctima de la injusticia, o debido a la persecución de las autoridades por algún acto de estas . . . 2) 'corrige los abusos'; 3) 'roba al rico para dar al pobre'; 4) 'no mata nunca si no es en defensa propia o en justa venganza'; 5) si sobrevive, se reincorpora a su pueblo como ciudadano honrado y miembro de la comunidad . . . 6) es ayudado, admirado y apoyado por su pueblo; 7) su muerte obedece única y exclusivamente a la traición, puesto que ningún miembro decente de la comunidad ayudaría a las autoridades en contra suya; 8) es —cuando menos en teoría— invisible e invulnerable; y 9) no es enemigo del rey [o de la] fuente de justicia, sino sólo de la nobleza, el clero y otros opresores locales. (59-60)

⁹ Los trágicos efectos que la Primera Guerra Mundial trajo consigo, principalmente una ruptura total en el devenir de las sociedades europeas, hicieron que los europeos empezasen a percibir el pasado de una forma que nunca antes había sido experimentada, una desconexión y

hasta una alienación con respecto a ese pasado, lo que hizo, según Davignaud, que aflorase el interés por estos estudios sobre la Historia y la pertenencia o no a un grupo a lo largo y ancho del continente europeo.

¹⁰ La obra de Halbwachs va a estar notablemente marcada por sus dos principales mentores: Henri Bergson y Emile Durkheim. Con el primero comenzó a estudiar la relación entre el tiempo y la estructuración de la memoria colectiva para derivar Halbwachs en una concepción personal presentista del pasado, considerando al presente como recreador de una u otra visión acerca de la memoria del pasado según los intereses dominantes. De Durkheim va a desarrollar su concepto de “conciencia colectiva” para llegar a considerar la memoria como un producto invariablemente social (Aguilar Fernández 37-38 y Colmeiro 15-16). Paloma Aguilar Fernández, en su libro Memoria y olvido de la Guerra Civil española, hace referencia al estudioso de la memoria Barry Schwartz. Aguilar Fernández comenta cómo Schwartz, dejando de lado las sesudas reflexiones acerca del concepto de memoria colectiva, se centra en casos históricos concretos; y así, según él, existirán dos doctrinas centradas en la investigación acerca de la memoria colectiva. La primera de ellas es la llamada “presentista,” para la cual el pasado es constantemente deformado por las convicciones, deseos y temores del presente, categoría en la que podríamos incluir a Halbwachs. En segundo lugar, presenta el planteamiento llamado “conservador,” que se centraría en aquella línea de investigación que dota al pasado de un carácter sagrado e inviolable que indefectiblemente mediatiza el presente (41-42).

¹¹ El propio Pierre Nora, ante la especificidad de la conceptualización de los *lieux de mémoire* al ámbito francés, reflexiona en un artículo titulado “La notion de ‘lieux de mémoire’ est-elle exportable?” si este principio puede ser trasladado y aplicado a otras realidades nacionales. El historiador francés llega a la conclusión de que el modelo explicativo empleado por él, es susceptible de ser utilizado en otros contextos nacionales. Pero remarca que los acercamientos a la memoria en cada nación se han llevado a cabo de diferentes formas y en desigual momento histórico. Por lo tanto, el concepto de “lugar de la memoria” debe adecuarse a las particularidades históricas de cada país. Como bien apunta Claudia Jünke, “los puntos de referencia simbólicos de una memoria colectiva en España y de una identidad nacional resulta ser más diversificada y fragmentada –tanto temporal como localmente–” (104). No podemos olvidar que en nuestro país convivieron varias prácticas conmemorativas a partir de la Guerra Civil, que todavía hoy tienen repercusiones de un amplio espectro sociopolítico. Estas se corresponden con los tres proyectos políticos diferentes e incompatibles: “el reformista democrático, el reaccionario autoritario o totalitario, y el revolucionario colectivizador” (Moradiellos, Mitos 45-46).

¹² El colectivo de guerrilleros ha sido recibido por el Director del Gabinete de la Ministra de Defensa, Doña Carme Chacón Piqueras, siendo ésta la primera vez desde la finalización del periodo dictatorial que un responsable del Ministerio de Defensa tiene a bien recibir a representantes de dicho colectivo y escuchar sus reivindicaciones. Los guerrilleros esperan que el Ministerio de Defensa “cumpla lo acordado en dicha reunión para permitir una mejor defensa de los intereses jurídicos de los guerrilleros” (AGE).

¹³ Aguilar Fernández actualiza sus tesis acerca de la existencia o no de “pacto de silencio” durante la transición y todas sus posibles implicaciones a nivel político, social y cultural en un capítulo de la compilación dirigida por Aróstegui y Godicheau. La politóloga, más que de

una voluntad de imponer la amnesia en la sociedad española por parte de las élites políticas durante la transición, habla de un consenso entre las fuerzas políticas en no instrumentalizar políticamente el pasado de la Guerra Civil dentro del debate y la lucha política transicional.

¹⁴ En el dossier especial del año 2007 de la revista Hispanianova dedicado a la memoria y al balance de los movimientos de recuperación de la misma, asistimos a un encendido debate entre los historiadores Santos Juliá y Pedro Ruiz Torres acerca de lo sucedido en España a este respecto desde la muerte del dictador. Ambos polemizan en sus definiciones sobre memoria colectiva e histórica, de la existencia o no de un pacto de silencio durante la transición en España y de la obstaculización a los investigadores al acercarse a ese momento de nuestro pasado. Esta replica y contrarréplica, a veces inflamada e hiriente, sobre conceptualizaciones, políticas memorísticas oficiales llevadas a cabo en España pone en evidencia, por un lado, la falta de un consenso entre los especialistas en la Guerra Civil y, por otro, la gran sensibilidad que aún posee este tema dentro y fuera del ámbito académico.

¹⁵ Ya en 1984 en su libro Ideología e Historia: sobre la represión franquista y la Guerra Civil, Alberto Reig Tapia se hace eco, dedicándole un amplio primer capítulo, a las tremendas dificultades que la investigación de la represión franquista y del régimen en general plantea a aquellos investigadores que se embarcan en dicha misión. Falta de colaboración de las instituciones pertinentes, destrucción de fuentes originales, falsificación de otras, miedo a la investigación de un pasado ciertamente sombrío son, en palabras de Reig Tapia, lugares comunes de la investigación histórica de aquella época. De igual forma Francico Espinosa en su reciente libro Contra el olvido. Historia y memoria de la Guerra Civil, reitera la existencia de dichas trabas a la investigación, que entorpecieron la labor de esclarecimiento de los mecanismos represivos del régimen franquista, dificultades que no fueron resueltas por ningún gobierno durante la recobrada democracia.

¹⁶ Johann Gottfried Herder fue uno de los eruditos más respetados de la escuela histórica romántica alemana. Defendía que cada época histórica debía ser interpretada conforme a sus propios términos y exhortó a los historiadores a que manifestasen el respeto debido al pasado. El pasado, por todo lo que arrastraba consigo, individualizaba a una colectividad como una entidad nacional plena de derechos. Se acababa de imaginar la nación, y esta recién inventada comunidad nacional necesitaba unas bases históricas, incluso si había que crearlas *ex novo*. Otro resultado fue que esta preocupación por que se remarcarse la integridad de los acontecimientos pasados y que fuesen valorados en sus propias potencialidades invistió a los historiadores de una gran confianza en sí mismos y en su labor. Esto les fue convirtiendo paulatinamente en profesionales de la interpretación de la Historia y, por lo tanto, en creadores de la nación. Arropados por estas ideas historicistas surgirán en toda Europa figuras emblemáticas en la historiografía del siglo XIX como Niebuhr y Ranke en Alemania, Macaulay en Inglaterra o Michelet y Tocqueville en Francia. Para aclarar este tema remito al capítulo 5 del mismo libro de Moradiellos que versa sobre la profesionalización del oficio de historiador.

¹⁷ Esta nueva historia de las naciones, estado se consagró con las doctrinas historicistas de Georg Hegel. Para él, la Historia desvela la verdad que los estados llevan en sí mismos. El pensamiento hegeliano cambió, invirtiendo los términos de la ordinaria relación existente entre la Filosofía y la Historia, donde la primera poseía una indudable preponderancia sobre la segunda. La Historia, y de forma especial el afán de las naciones por delimitarse a sí

mismas, era para Hegel lo que envolvía la verdad absoluta, el “Espíritu Absoluto.” Por lo tanto, hay que conocer la Historia y seguir la corriente de progreso que marca, ya que, a medida que la Historia avanza, va revelando dicha verdad filosófica universal y los juicios morales que el individuo es capaz de emitir van progresando en consecuencia (Ferrater 811-14).

¹⁸ Para una mejor explicación del concepto barthiano del discurso histórico objetivo como una ilusión referencial del historiador, véase el capítulo 4 de su libro The Rustle of Language.

¹⁹ Hayden White en Metahistoria, estudiando las concepciones historiográficas del siglo XIX, va a analizar el discurso histórico partiendo de los presupuestos del arte de la retórica. White distinguirá tres tipos de explicaciones —por la trama, por el argumento formal o mediante la ideología— que se corresponderían con los diferentes tipos de estrategias expresivas utilizadas por cada historiador. Dentro de los diversos modos de argumentación utilizados por el historiador, White diferencia a su vez cuatro clases: formalismo, organicismo, mecanicismo y contextualismo. Así pues, cada forma de argumentación va a desarrollar una trama narrativa propia y posee una connotación ideológica específica, ya sea ésta anarquista, radical, conservadora o liberal. La teoría de White culmina cuando establece una secuencia de analogías entre los cuatro tropos fundamentales de discurso histórico —el realismo histórico como romance, como comedia, como tragedia y como sátira— y los diferentes modos de argumentación —la metáfora, la metonimia, la sinécdoque y la ironía.

²⁰ En su siguiente libro Tropics of Discourse, White acometerá la tarea de analizar cuál es el funcionamiento de los tropos en los discursos que componen las ciencias humanas y, comenzando desde la relación entre el tropo y el discurso, indagará en torno a los problemas que dicha relación proyecta en las ciencias humanas. Con este libro, White pretende estudiar los discursos históricos en general, tomando como base analítica las conclusiones que estableció en su libro anterior, Metahistoria. El estudio tropológico es imprescindible ya que son sus particularidades las que determinarán el discurso. Por un lado, el tropo es un desplazamiento de un objeto a otro estableciéndose una relación entre ellos, pero, por otro lado, el tropo es la unión entre un objeto y la forma en la que se expresa, incluyendo otra manera de expresión no explícita. Los tropos son los vehículos que el discurso emplea para conseguir la expresión. Así pues, el discurso, según White, poseerá una doble condición, interpretativo y re-interpretativo, creándose un proceso activo de estructuración y síntesis.

²¹ White nos describe mediante un ejemplo en su libro Metahistoria lo que él interpreta por estas tres clases de motivos inaugurales, de transición y finales: “Un suceso del que simplemente se registra que ocurrió en determinado momento y lugar se transforma en un hecho inaugural por su caracterización como tal . . . Un motivo de transición, por otra parte, indica al lector que reserva sus posiciones acerca de los hechos contenidos en el registro hasta que aparezca algún motivo final . . . Un motivo final indica el aparente fin o resolución de un proceso o una situación de tensión . . . Una vez que se ha codificado un determinado conjunto de acontecimientos según estos motivos, se ha dado al lector un relato; la crónica de sucesos se ha transformado en un proceso diacrónico completo, sobre el cual podemos hacer preguntas como si nos enfrentásemos a una estructura sincrónica de relaciones (17).

²² Estas ficciones, que se sirven del elemento histórico y de su re-escritura dentro del cuerpo del relato, son calificadas como “metaficciones historiográficas” por Linda Hutcheon. En su capítulo “The Pastime of Pastime: Fiction, History, Historiographic Metafiction,” incluido en

Poetics of Postmodernism, compara los atributos característicos que Georg Lukács asignó a la novela histórica con los de la metaficción historiográfica. Las tres grandes diferencias que la crítica canadiense nota entre estos discursos narrativos radican en que, primero, mientras que la novela histórica, según Lukács, presenta un microcosmos universalizador, la metaficción historiográfica exhibe una ideología postmoderna de diversidad y descentralización; segundo, la novela histórica tradicional integra y absorbe información para dar una imagen demostrable de la realidad, mientras que la metaficción historiográfica integra pero no absorbe esta información para evidenciar la condición únicamente textual de nuestro acercamiento al pasado histórico; y la tercera característica de la novela histórica, según Lukács, era el empleo de personajes históricos reales para otorgar legitimidad al mundo ficticio creado en la novela y para ocultar los lazos de unión entre el discurso ficcional y el discurso histórico, algo que rehúye la metaficción historiográfica, más interesada en cuestionar la legitimidad y la vigencia del discurso histórico, justamente el mecanismo opuesto (294-95).

²³ Foucault en su ensayo Nietzsche, la Genealogía, la Historia, así lo va a manifestar:

La historia 'efectiva' se distingue de la de los historiadores en que no se apoya sobre ninguna constancia, nada es lo suficientemente fijo para comprender a los otros hombres y reconocerse en ellos. Todo aquello a lo que uno se apega para volverse hacia la historia y captarla en su totalidad, todo lo que permite retrazarla como un paciente movimiento continuo —todo esto se trata de destruirlo sistemáticamente—. Hay que hacer pedazos lo que permite el juego consolador de los reconocimientos. (Nietzsche 46)

CAPÍTULO 2

HÉROES Y VILLANOS

El germen de la guerrilla: la represión

El golpe de estado contra la legitimidad democrática de la Segunda República vino seguido de forma inmediata en las zonas en las que triunfó la rebelión de sistemáticas y violentas represalias hacia los grupos sociales que habían apoyado dicho gobierno republicano. En opinión del historiador y especialista en la guerrilla antifranquista Secundino Serrano, es imposible llegar a entender el fenómeno de resistencia contra el régimen franquista sin tener en cuenta este programa represivo de amplio espectro que desde el primer momento de su rebelión asumieron como suyo los sublevados. Sin esa referencia obligada a la represión, esta lucha quedaría completamente descontextualizada e imposibilitaría acercarse a su origen, su naturaleza y su evolución en el tiempo (24). El historiador Francisco Moreno Gómez coincide en situar el origen de la lucha en el monte como la respuesta directa a la represión masiva ejercida tras el intento de alzamiento militar y, además, puntualiza que “En un principio la resistencia antifranquista no fue un fenómeno políticamente organizado, sino algo improvisado, espontáneo y forzado por las circunstancias: la huida de una represión colosal desencadenada por los vencedores” (“Huidos” 197). José Antonio Vidal Sales afirma, coincidiendo con los historiadores anteriores, que la oposición armada fue una realidad que “surgió por generación espontánea como resultado . . . de la represión generalizada en los territorios sojuzgados” (18).

En 1936, tras comprobarse que el intento de pronunciamiento en toda la

geografía española había sido neutralizado por el gobierno republicano, el choque bélico entre los dos bandos se hizo inevitable. El inicio del conflicto abierto trajo de la mano, en ambas retaguardias, una sistemática eliminación del contrario y un afán revanchista y de venganza personal que provocó un sinnúmero de víctimas ajenas incluso a la evolución de las operaciones intrínsecamente militares. Es lo que Julián Casanova denomina el "terror caliente," fenómeno que se produjo en ambas zonas y fue representado por "sacas" y "paseos" ("Rebelión" 159). Debemos matizar el carácter de una y otra violencia, las cuales son sustancialmente diferentes. La represión republicana, aunque fue llevada a cabo por integrantes de las fuerzas izquierdistas, en ningún momento fue apoyada tácitamente por el gobierno republicano, el cual, aunque de forma desorganizada, desde el inicio de la sublevación había intentado parar las agresiones indiscriminadas e intentar aclarar los delitos cometidos (Beever 45, Reig Tapia 124). Esta violencia fue la contestación fulminante y totalmente irracional de quienes de facto se sentían acosados por las actuaciones de los sediciosos. Fruto de la rebelión militar y de la ruptura en dos de la esfera política, el gobierno republicano se vio desposeído de toda la estructura policial y judicial propia de un estado democrático y de derecho. Por consiguiente, se produjo un excepcional vacío de autoridad, que fue el caldo de cultivo apropiado donde los elementos incontrolados, criminales y ladrones procedentes de la apertura de las cárceles disfrutaban de una oportunidad única para delinquir o atribuirse el papel de justicieros. Incontrolados los hubo, sí, pero si sumamos que parte de los sectores de la izquierda aprovecharon estos momentos de desconcierto para aplicar las utopías revolucionarias, que hacían necesaria la eliminación de los

enemigos de la clase trabajadora, podemos entender como la violencia crecía de forma exponencial también en el bando republicano. El momento esperado de la justicia “popular” y “revolucionaria” había llegado (Casanova “Rebelión” 120-21). Por otro lado, hemos de añadir que tras la conmoción inicial y en cuanto estuvo capacitada, la República inició el restablecimiento de los dispositivos coercitivos necesarios para poner freno a los asesinatos indiscriminados dentro de sus filas (Jackson 11-12). A partir de septiembre de 1936 el nuevo gobierno de coalición de Largo Caballero “tomó severas medidas para restablecer la ley y el orden constitucional. . . . Así terminaron ‘sacas’ y ‘paseos’” (Beevor 45). Pero no hemos de olvidar, por último, que el gobierno republicano, como representante de la voluntad popular expresada en unas elecciones democráticas, poseía la legitimidad necesaria para utilizar todos los medios a su alcance para protegerse de una agresión militar ilícita: “Unos se defendían de una sangrienta sublevación contra un régimen democrático de la que había que defenderse. Unos eran, pues, agresores, y todo código penal admite eximentes en caso de legítima defensa y agravantes en caso contrario” (125).

La represión republicana no cabe ser analizada en este trabajo de forma específica y tampoco debe ser negada. Sin embargo, es la violencia ejercida desde el bando franquista la que de verdad nos interesa para dilucidar los orígenes del movimiento de resistencia antifranquista. Estas persecuciones y castigos de carácter retroactivo de signo antirrepublicano de los que hablamos se fueron produciendo tanto en los lugares de inmediata adhesión y control golpista¹ como en todos aquellos lugares declaradamente enfrentados a la rebelión que iban siendo sometidos por el avance de las tropas sublevadas. El

mando golpista necesitaba una retaguardia completamente pacificada que no pudiera levantar cabeza en décadas, y qué mejor forma de conseguirla, ante la escasez de fuerzas para lograrlo, que servirse de una brutal represión y una política de terror dirigida y planificada por dichos responsables de la insurrección (Casanova "Dictadura" 9). El fin principal de esta táctica de terror sistemático era eminentemente militar. Era necesario conseguir que el pánico se apoderase de los vencidos, que se comportasen como tal, para así evitar una posible reacción contra el golpe de estado. De esta forma lo explica Hugh Thomas: "These atrocities had a special purpose. . . . [T]he large working-class population had to be terrified into the acquiescence of the new order before the nationalist commanders could sleep peaceably in their beds" (248). Estas represalias planeadas y metódicas, propias de la ideología de los que las llevaban a cabo, eran la mejor forma de amedrentar, someter y controlar a una activa población republicana. Desde el mismo día en que se inició el levantamiento en armas, un factor común aunaba a todos aquellos que se oponían al gobierno republicano: el deseo de exterminar a los derrotados, "un expediente necesario para construir el tipo de Estado que tenían en mente" los militares y sus socios civiles: carlistas, monárquicos, tradicionalistas, católicos y fascistas (Juliá "De Guerra" 26). La Junta de Defensa Nacional, órgano político-militar rebelde, ya el 28 de julio de 1936 declaró el estado de guerra, lo que permitió a los sublevados contemporizar sus esfuerzos en la represión contra los izquierdistas, pasándose así de una justicia ordinaria a una de carácter castrense.

En las directrices e intervenciones públicas de los máximos responsables sublevados de los primeros tiempos del conflicto, ese deseo de aniquilación

puede verse reflejado de forma clara y contundente. Casanova reproduce como ejemplo de ello las órdenes dadas por el General Mola en su Instrucción Reservada número 1, quien escribía lo siguiente:

Se tendrá en cuenta que la acción debe ser en extremo violenta para reducir lo antes posible al enemigo, que es fuerte y bien organizado. . . . Desde luego serán encarcelados todos los directivos de los partidos políticos, sociedades y sindicatos no afectos al movimiento, a quienes se aplicaran castigos ejemplares para estrangular los movimientos de rebeldía o huelgas. ("Rebelión" 26)

También podemos leer un extracto citado por Serrano de las retransmisiones radiofónicas desde Sevilla del "virrey de Andalucía," el General Gonzalo Queipo de Llano, donde arengaba a sus correligionarios a seguir ciertos pasos en el trato con los republicanos: "Estamos decididos a aplicar la ley con firmeza inexorable: ¡Morón, Utrera, Puente Genil, Castro del Río, id preparando sepulturas! Yo os autorizo a matar como a un perro a cualquiera que se atreva a ejercer coacción ante vosotros; que si lo hicierais así, quedaréis exentos de toda responsabilidad" (Serrano 26). Quedaban así amparados y tutelados militarmente los encargados de asesinar en pueblos y ciudades por medio de los tristemente famosos "paseos." El propio Franco contestando a preguntas de un periodista americano no dejaba ningún resquicio de duda sobre su programa de exterminio futuro:

-¿No hay posibilidad de tregua, ni de compromiso?

-No. No, decididamente, no. Nosotros luchamos por España. Ellos [los republicanos] luchan contra España. Estamos resueltos a seguir adelante.

-Tendrá que matar a media España.

-He dicho que al precio que sea. (Serrano 27, Reig Tapia142)

A tenor de estas palabras, no puede sorprender cuál va a ser la postura del autoproclamado Caudillo, jefe de los Ejércitos y del Estado del Gobierno, quien desde el inicio del conflicto rechazó terminantemente una salida que no fuese la capitulación incondicional del Gobierno Republicano y de los demócratas que lo respaldaban. En ningún caso pasó por la cabeza del líder del bando sublevado aceptar un final dialogado de la contienda; incluso la dilatación en el tiempo de la guerra estaba dentro de los planes del general golpista. De esta forma reforzaba su poder personal omnímodo y sentaba a su vez las bases de esa "Nueva España," entelequia ideológica donde la espada y la cruz dominarían todos y cada uno de los rincones de la sociedad española. En este "nuevo imperio español" reencarnado, los vencidos, marcados con los estigmas del ateísmo, el comunismo y la masonería, no tenían cabida. Su futuro inevitable era claro: muerte, exilio o campo de concentración para muchos y sometimiento absoluto y silencioso para el resto. Se estaba llevando a cabo una auténtica limpieza política. Los individuos que asumieron la misión de limpieza del nuevo territorio reconquistado a través de las ejecuciones ilícitas eran en su mayoría requetés, falangistas o simplemente sujetos a sueldo que pretendían mejorar su posición delante del señorito de turno. Por un lado, las autoridades instigaban estas conductas irregulares y las figuras preeminentes de la burguesía y los hacendados se ocupaban de su financiación. Por el otro, la Guardia Civil y el Ejército jamás supusieron un impedimento a dichas prácticas, sino todo lo contrario. Estas bandas armadas

entraban en los pueblos, seleccionaban a sus víctimas y las trasportaban a cualquier cuneta, cementerio o descampado, para eliminarlas acto seguido. La clase social que más sufrió los desmanes de estos matones políticos y voluntarios ansiosos fue la integrada por los obreros y los jornaleros del campo y, dentro de estos dos grupos, los militantes con carnet de algún partido o sindicato. Se trataba de una suerte de venganza contra el proletariado subversivo que se atrevía a ir en contra de la mano que le daba de comer.

La violencia, como apunta Casanova, se institucionalizó y fue “legalizada” por el nuevo Estado con una sucesión de leyes promulgadas a lo largo de toda la dictadura: La Ley de Responsabilidades Políticas del 9 de febrero de 1939, la de Represión de la Masonería y el Comunismo del 1 de marzo de 1941 y la Ley de Orden Público del 30 de junio de 1959. Estas leyes, continúa Casanova, “fueron concebidas para seguir asesinando, para mantener en las cárceles a miles de presos, para torturarlos y humillarlos hasta la muerte” (“Dictadura” 8). Resulta paradójico que esta “justicia al revés,” como acertadamente la definió el cuñado de Franco y primer dirigente de FET y de las JONS, Ramón Serrano Suñer, porque enjuiciaba a los encausados por el delito de rebelión, fuera ejercida contra las personas que se habían mantenido fieles a la legalidad por parte de los que la habían quebrantado de forma brutal. Toda esta serie de leyes asimismo colocaban a los desafectos al movimiento frente la privación de todos sus derechos reconocidos hasta entonces, así como a la pérdida total de todos sus bienes: una completa muerte civil. Esta confiscación patrimonial, abrió el camino para un hostigamiento si cabe más brutal hacia los vencidos, ya que, como podemos imaginar, en

algunos casos, también estaba regido por un ansia de cobrarse viejas cuentas personales o simplemente por el mero saqueo y rapiña del patrimonio de los perseguidos como un enriquecimiento inmediato.

Los huidos

En estas circunstancias de profunda inseguridad y violencia indiscriminada contra las vidas de los simpatizantes de la República, la situación derivó hacia la natural y espontánea desobediencia de un grupo minoritario y “obligó a centenares de hombres a convertirse en ‘huidos,’ en pobladores eventuales de los montes” (Vidal 18). Estas personas no se resignaban a verse asesinadas en masa, encarceladas, hacinadas en campos de concentración o de trabajo. Muchas de ellas se negaron rotundamente a abandonar y entregarse, otras muchas escaparon de las cárceles, de las torturas o de las penas de muerte. Fueron conocidas por todo el territorio peninsular con diferentes nombres: “fugados,” “fuxidos,” “emboscados,” “escapados” o simplemente “los del monte.” Si bien el fenómeno de los huidos comenzó desde el estallido de la Guerra Civil, su periodo de mayor intensidad fue entre los años 1939 y 1942, especialmente en la zona centro y sur de España, mientras que en la zona de Levante no se produce este hecho de forma significativa hasta la Invasión del Valle de Arán en 1944. El primer acto de supervivencia de la mayoría fue esconderse en sus casas o en las de sus familiares más allegados. Este fue el caso de los ciudadanos escasamente involucrados políticamente pero delatados por haber votado al Frente Popular. Esta fue también la opción elegida por los representantes de los partidos políticos y sindicatos. Vemos, pues, que el componente político

subyacía en las trascendentales decisiones que tomaban estas personas, aunque también estaban motivadas por el hecho de que la represión se cebaba especialmente en ellos (Serrano 36). Una parte significativa de estos fugados eligió desde el principio huir al monte y se mantuvo oculta valiéndose de su mejor conocimiento del entorno natural y de la solidaridad de sus convecinos. Este apoyo hacia los huidos de parte del campesinado, pese a que los campesinos que se vieron amenazados por las reformas agrarias proyectadas por la República se pusieron de lado de los rebeldes, se debe, según Mercedes Yusta Rodrigo, al “orden moral del campesinado” (15). Este concepto de gran trascendencia explica cómo relaciones personales de parentesco, vecindad etc. establecidas en el ámbito rural hace que otras formas de vinculación y estratificación social en teoría superiores, como puedan ser las tendencias políticas, la postura frente a la guerra o la actividad clandestina, queden relegadas a un segundo plano. Se establecen pues unas redes de relación entre vecinos que se caracterizan por la ayuda mutua y la solidaridad (17-18). Dichas redes jugaron un papel de vital importancia para la suerte inmediata de “los del monte.”

En un primer momento, estos grupos de huidos carecían de planteamiento ofensivo alguno contra las fuerzas del orden o contra los representantes del nuevo estado. Por su carácter defensivo inicial, sus comportamientos se restringían a intentar esquivar a la Guardia Civil y al Ejército, más que a provocar enfrentamientos directos con estas fuerzas represivas. Los familiares de los huidos eran sistemáticamente acosados para forzar a sus parientes a que se entregasen a las autoridades. Ante esta coyuntura de represión continua, los huidos, siendo un grupo donde primaba

más la acción que las disquisiciones teóricas, se centraron en una lucha de supervivencia respondiendo a la violencia con violencia. Las acciones de castigo y autodefensa se focalizaron en los cargos de responsabilidad de la autoridad franquista: fuerzas del orden público, autoridades, curas, falangistas y delatores.

Si valoramos la anterior presencia de estas partidas de gentes que se escondieron en los montes españoles, podemos mantener que la guerrilla antifranquista fue la reorganización armada de una realidad previa: la de los huidos al término de la guerra. Esto nos llevaría a valorar que la guerrilla no fue una lucha exclusivamente voluntaria, sino que muchos de sus integrantes eran combatientes forzados que habían tenido que escapar de la persecución de los vencedores. Esto distingue, en alguna medida, la guerrilla española de la Resistencia europea contra el fascismo, además de que nuestra guerrilla tuvo un signo más defensivo que los movimientos de resistencia europeos. Aunque en ocasiones los guerrilleros realizaron ataques, la mayoría de ellos tuvieron como finalidad la propia supervivencia.

A raíz de la finalización de la contienda, una victoria sin perdón ni piedad para los vencidos, continuaron existiendo focos de resistencia en numerosas montañas de norte a sur de la geografía peninsular: Galicia, León, Zamora, Asturias, Santander, Extremadura y Andalucía. La gran diferencia que se produjo en la situación de los fugados fue que ya no contaban con el respaldo del Ejército y del gobierno republicano, por lo cual se encontraron de repente abandonados a su suerte y bajo la presión del Ejército Rebelde y de la Guardia Civil. También se originó un repunte en el número de huidos, sobre todo personas que no eran capaces de vivir en una España como la de

posguerra. Personas con el miedo perenne a las represalias, víctimas del acoso directo de la Falange o la Guardia Civil, fugados de las cárceles o los campos de concentración, fugitivos de las brigadas de trabajo de zonas devastadas o los batallones de disciplinarios prefirieron echarse al monte con todas sus consecuencias que malvivir en tan precaria situación. Los familiares de estos nuevos huidos acababan a veces marchándose al monte también, ya que la Guardia Civil los consideraba posibles enlaces con la guerrilla y eran susceptibles de ser detenidos y torturados en cualquier instante. Por otro lado, las fuentes franquistas siempre han tergiversado las razones de la huida, apoyándose mayoritariamente en hipotéticos crímenes y mostrando a los fugados como meros prófugos de la justicia. Es innegable que la mayoría huyó por responsabilidades políticas y por el acoso constante de los agentes represores. El hambre y la exclusión laboral fueron otros motivos que empujaron a muchos a la sierra.

La situación en Europa, donde se estaban dirimiendo mediante una guerra total las diferencias entre un modelo democrático y otro totalitario de derechas, iba a repercutir de forma directa en estas bolsas de oposición. Resurgirían las esperanzas entre los huidos, que pensaban que tras eliminar el fascismo en Europa el siguiente paso sería acabar con el régimen filofascista de Franco. Será a partir de la formación en Francia de la Agrupación de Guerrilleros Españoles o AGE y el intento de invasión del Valle de Arán en 1944, cuando los huidos se irán organizando en agrupaciones guerrilleras con entidad propia y empezarán a tener un claro papel de combatientes contra el régimen de Franco. Como resultado, se iba a crear la primera entidad rigurosamente guerrillera tras la Guerra Civil: la Federación de Guerrillas de

León-Galicia (Serrano 75). Jugaron también un papel importante los éxitos que la resistencia francesa, en cuyas filas luchaban un importante número de veteranos españoles curtidos en el combate durante la Guerra Civil, obtenía frente a las tropas invasoras del Tercer Reich, ya que sirvieron de acicate al Partido Comunista de España para continuar con la vía armada contra la dictadura franquista. Llegaron así un buen número de españoles procedentes de Francia enviados por el PCE; éstos, unidos a los que continuaban en los alrededores de sus lugares de origen, se sumaron a la lucha guerrillera por sus ideas políticas, con el profundo convencimiento de tener una posibilidad de victoria frente al fascismo en España, siguiendo el ejemplo europeo contra la ocupación de Hitler y Mussolini (Moreno, "Huidos" 221).

Héroes y villanos en la primera novelística de la guerrilla antifranquista

La evocación de la Guerra Civil y de todos los acontecimientos vistos páginas atrás es una marca indeleble en la memoria colectiva de todos los españoles. No existe, de hecho, un acontecimiento en la historia de España del pasado siglo XX que haya afectado tanto al conjunto de nuestro país. Este efecto de herida abierta que supone el conflicto civil de 1939 en la sociedad española alcanza esa formidable amplitud emotiva al estar estrechamente ligado al sistema político que surgió como resultado de dicho enfrentamiento: una férrea dictadura militar de casi cuarenta años, marcadamente represiva, que incluso podría verse como una continuación del enfrentamiento bélico anterior. La Guerra Civil se ha convertido también en un ejemplo de trauma colectivo para la sociedad española, ya que no se quedó en el mero choque entre ejércitos apoyando una opción política u otra sino que se transformó en

un conflicto de destrucción total del oponente, tanto de clase social como de ideas, de la España contra la anti-España sin que en modo alguno la reconciliación fuese posible (Aróstegui 76). La memoria colectiva de una sociedad está constituida, como ya hemos visto, por un conjunto heterogéneo de memorias dispares, convergentes o divergentes, excluyentes o aglutinantes pero que conviven dentro ella conformando un todo. El recuerdo que los españoles poseen de ese gran trauma colectivo que fue la Guerra Civil es una capa más de la memoria colectiva e histórica de nuestro país y, como tal, al ser ellas intrínsecamente maleables y volubles, no han mantenido el mismo valor con el discurrir del tiempo. Para explicar este fenómeno Julio Aróstegui utiliza el concepto de “memorias generacionales,” no entendidas éstas como formas determinadas y determinantes de memoria colectiva, sino como factores de posicionamiento cronológico que afectan la relación entre memorias que compiten entre sí (78). Así, va a considerar la existencia de tres tipos de memorias vinculadas al sujeto que lleva a cabo la rememoración. La primera de ellas sería la memoria de la “identificación” con los contendientes o de la “confrontación” entre ambos grupos, que constituiría la esencia del proceso de rememoración. De ella participarían los protagonistas directos de la guerra, la generación de aquellos que, o bien participaron en el levantamiento y fortalecimiento de la dictadura franquista, o lucharon contra el régimen o soportaron la represión desencadenada tras la guerra por el nuevo estado. En segundo lugar, Aróstegui habla de la memoria de la “reconciliación,” que tendría como meta la asimilación y superación del trauma que supuso la guerra. Esta memoria estaría personificada en “los hijos de la guerra,” un conjunto poblacional que en los años sesenta posee un profundo deseo de

cambio de las estructuras sociopolíticas que rigen España y que van a favorecer un proceso de transformación, culminado en la transición hacia la democracia a mediados de los años setenta. Por último, señala la llamada “memoria de restitución o reparación,” que coincide con la década de los años noventa y continúa vigente hasta nuestros días. A ella corresponde el momento histórico en el cual entran al escenario público la generación de “los nietos de la guerra,” que comparten una memoria marcadamente revisionista en torno a las causas del conflicto armado de 1936, al proceso de transición y de la gestión de la memoria de la Guerra Civil. Este amplio grupo social sigue intentado valorar cuáles fueron las pérdidas de nuestra memoria colectiva motivada por la larga dictadura franquista, quiénes sufrieron el silenciamiento de su aporte memorístico y cuáles pueden ser las posibles medidas a tomar para recuperar esa memoria hasta ahora clandestina (79-81).²

La primera de estas tres memorias es la que nos interesa particularmente al comenzar el análisis de las primeras novelas de la guerrilla tras el conflicto civil. Es una memoria que se caracteriza por el intento de glorificación, justificación y mitificación de uno u otro bando. Estas visiones ideológicamente antagónicas de los testigos van a quedar reflejadas en cada uno de los diferentes artefactos culturales que los intelectuales y artistas, seguidores de uno u otro ideario político, van a producir. Como bien señala Maryse Bertrand de Muñoz, “[f]rente a catástrofes capitales todos [los escritores] tienen su propia manera de ver las cosas y para el que ha sufrido directa o indirectamente de estos acontecimientos esta opinión es casi forzosamente apasionada, parcial y a menudo unilateral” (*Guerra* 1: 20), y esa impulsiva pasión con la que los novelistas escriben “se manifiesta en

muchísimos textos y casi siempre con ella un maniqueísmo extremado" ("Novela" 723). Las ficciones novelísticas, como la gran mayoría de las expresiones culturales surgidas en el ámbito de la sociedad española durante la Guerra Civil, estaban saturadas de doctrina política, lo que hizo que "la imparcialidad" y "el desapasionamiento" pasasen a un segundo lugar en la lista de objetivos perseguidos, en este caso, por el novelista. Como bien puntualiza Gareth Thomas, "in the Civil War a lack of commitment is in itself a political stance: there is no such thing as neutrality. If you are not with the Republic, then you must be against it . . . the magnitude of the events in human terms, and the destruction and suffering they caused, made detachment impossible" (24). De esta forma, se arrincona en cierta medida el valor estético que la obra pudiese tener para centrarse en el mensaje que se quiere transmitir con ella, ya que "the aesthetic danger inherent in all propaganda is that it destroys creativity. Instead of exploring ideas and emotions the novelist resorts to ready-made analyses and slogans which are the negation of literature" (Thomas 26). Sea cual sea el bando por el que se sientan atraídos o tomen directamente partido, los novelistas abrazarán el estilo característico de dicha facción en litigio, hipotecando hasta cierto punto la singularidad de su creación, en pos de la victoria final. El producto literario se va a convertir de esta forma en una suerte de mecanismo propagandístico al servicio de una causa, con lo que la separación entre arte e ideología tiende a hacerse cada vez más difusa. Son los escritores que Gonzalo Sobejano llama "militantes,"³ definiéndolos como aquellos que "como soldados o como portavoces de una determinada política, intervinieron en la lucha . . . refiriendo sus experiencias de vanguardia con propósito documental" (37).

Por lo que respecta a la creación literaria afín al bando vencedor, esta situación se prolongó durante prácticamente todo el período de la dictadura, ya que la férrea censura que el franquismo ejercía sobre la cultura solamente permitía la difusión de aquellas novelas que tuviesen un claro efecto laudatorio para el régimen de Franco. Las implicaciones que esta situación provoca, la veremos un poco más en profundidad a la hora de hablar de las novelas críticas con el fenómeno de resistencia antifranquista.

La oposición abierta al régimen quedó, por tanto, relegada a aquellos escritores que se vieron obligados a exiliarse por sus filiaciones ideológicas con el Gobierno de la Segunda República y a crear sus obras lejos de España. Según Juan Ignacio Ferreras, la producción de novelas de los escritores vencidos está menos influenciada por la política, ya que al intentar dar una explicación en la distancia del porqué de la guerra, deben asumir una postura más racional que valore las circunstancias que generaron el conflicto y un partidismo vehemente entorpecería un juicio potencialmente imparcial (84). Pero vemos que esto no ocurre con los novelistas que escriben obras centradas en la resistencia guerrillera, ya que no escapan a este maniqueísmo inicial a la hora de encarar la representación de la lucha armada contra la dictadura. Son quizá una excepción a la regla marcada por Ferreras. Dentro del conjunto de novelas que versan sobre la resistencia armada no muy distanciadas cronológicamente al conflicto civil, se han seleccionado seis que sirven de ejemplo de la toma de posiciones diametralmente opuestas por parte de los escritores. Así pues, dichas obras pueden ser divididas en dos bloques en función del posicionamiento que se asume en sus páginas, favorable o adverso, a propósito del fenómeno guerrillero. En el primer grupo de ellos

colocaríamos tres novelas compuestas fuera de España y que comparten una perspectiva de enaltecimiento del guerrillero: Cumbres de Extremadura, de José Herrera Petere (1938),⁴ Este tiempo amargo, de Pablo de la Fuente (1944)⁵ y Juan Caballero, de Luisa Carnés (1956). A pesar de esta perspectiva heroica a través de la cual están representados los guerrilleros y su lucha, hay matices entre visiones más románticas del héroe como Juan Caballero y Cumbres de Extremadura y otra visión mucho más realista de la vida en el monte en la obra Este tiempo amargo. En el otro bloque agruparíamos otras tres novelas que aparecen publicadas en la España del régimen de Franco: La sierra en llamas, de Ángel Ruiz Ayúcar (1953), Testamento en la montaña, de Manuel Arce (1956), ganador del Premio Concha Espina ese mismo año y El ladrido, de Oscar Muñiz Martín (1969), que ofrecen la visión opuesta del guerrillero, reducido a un simple delincuente común.

Por lo que se refiere al primer bloque, si asumimos, por un lado, que uno de los objetivos de estas novelas es dejar constancia de la situación tremendamente violenta de persecución y muerte que se desarrolla en España durante y después de la guerra, y, por otro, que su fin último es el apoyo a unas determinadas ideas políticas, la forma más conveniente de representar a los personajes guerrilleros que continuarán con la lucha de forma activa contra la sublevación y el régimen es la de su mitificación, convirtiéndolos en héroes de la causa republicana. Pero, ¿qué entendemos por héroe? La Real Academia de la Lengua define al héroe como “varón ilustre y famoso por sus hazañas o virtudes. Hombre que lleva a cabo una acción heroica. Personaje principal de un poema o relato en que se representa una acción, y especialmente del épico. Personaje de carácter elevado en la epopeya.” Debemos añadir la tercera

acepción que la Real Academia da para la palabra heroína: “Protagonista de una obra de ficción,” mucho más general en su relación con la literatura. El psiquiatra suizo Carl Gustav Jung también integra la figura del héroe en sus investigaciones como uno más de los arquetipos constitutivos del inconsciente colectivo humano.⁶ Para Jung, “el mito heroico universal . . . siempre se refiere a un hombre poderoso o dios hombre que vence al mal, encarnado en dragones, serpientes, monstruos, demonios y demás y que libera a su pueblo de la destrucción y la muerte” (Hombre 73). Eduardo Cirlot, por su parte, en su Dictionary of Symbols no hace referencia a las características que ha de poseer un héroe, sino que nos habla de una cierta necesidad psicológica que el ser humano ha tenido siempre de contar con personajes heroicos en los que buscar un modelo de actuación o a los que encomendarse: “The cult of the hero has been found necessary not only because of the exigences of war, but because of the virtues inherent in heroism –virtues which have surely been apparent to Man from prehistoric times and which he has felt the need to exalt, emphasized and record” (147). Joseph Campbell describe al héroe como “el hombre o la mujer que ha sido capaz de combatir y triunfar sobre sus limitaciones históricas personales y locales y ha alcanzado las formas humanas generales, válidas y normales” (26) y “un personaje de cualidades extraordinarias. Frecuentemente es honrado por la sociedad a que pertenece, también con frecuencia es desconocido o despreciado” (41-42), definición que se adapta muy bien a los guerrilleros republicanos que continuaron luchando en la posguerra, honrados por unos pocos, despreciados por muchos y desconocidos para la inmensa mayoría de los españoles. Por otro lado, el mito, siguiendo los postulados de Roland Barthes, posee un cimiento

inevitablemente histórico; según el crítico francés “el mito es un habla elegida por la Historia” (108), por lo que un discurso mítico de creación textual nos habilita en la aprehensión de lo que contiene otro pliegue más del devenir histórico y su representación textual. Juan Villegas, por otro lado, postula sobre la imprescindible consideración del concepto de héroe y el de su correlato —el antihéroe— como nociones activas que no pueden responder a esquemas del pasado y que deben acomodarse necesariamente a las virtualidades del hombre y la sociedad que le rodea (61). Por consiguiente, y de forma lógica, no puede poseer las mismas características definitorias la representación de un héroe en los poemas homéricos que la asumida en la novela de la resistencia. Cada una de ellas debe estar necesariamente influenciada por el contexto histórico y las estructuras axiológicas de la época en la que está enmarcada. La concepción que del bien o del mal posee un grupo dentro de una sociedad variará con el devenir del tiempo y con las coyunturas a las que ha tenido que enfrentarse. En consecuencia, la clase de héroes asumidos como propios, mutará.

Ya centrado en el texto literario, Villegas estima también que “el héroe es el personaje protagonista, generalmente, que representa el sistema de valores propuestos intrínsecamente en la novela” (66) y el antihéroe es “el portador de los valores no recomendados, negativos, en el contexto de la novela” (67). Northrop Frye, por su parte, en su obra Anatomía de la crítica, hace girar totalmente la obra literaria en función de las potencialidades del personaje o personajes que aparecen en ellas, diciendo:

En las ficciones literarias la trama básica va a consistir en que alguien hace algo. Ese alguien, si se trata de un individuo, es el héroe y ese algo que hace o deja de hacer es lo que puede hacer,

o podría haber hecho, a nivel de los postulados que acerca de él formulan el autor y la consiguiente expectativa del público. Las ficciones por lo tanto pueden clasificarse, no moralmente, sino de acuerdo con el poder de acción del héroe, que puede ser mayor que el nuestro, menor o el mismo. (53)

Según este postulado de Frye y unido al juicio de Bertrand de Muñoz acerca de la caracterización de los personajes republicanos en las novelas del exilio, donde considera que “el personaje ‘republicano’ es enaltecido, glorificado por la voz de los narradores correligionarios durante las hostilidades para ir cobrando poco a poco en la posguerra otras facetas y matices hasta hacerse “más profundamente humano” (“Figura” 193), podemos decir que los protagonistas de estas tres primeras novelas están insertos en la tercera categoría dada por Frye. Bohemundo, Juan Caballero, Natividad, Tomás y el resto de personajes guerrilleros que aparecen en estas novelas, son representados como superiores en grado a los demás personajes, al poseer muchas de las cualidades que Frye considera características del héroe, como autoridad, pasión y poder de expresión, aunque “lo que hacen está sujeto tanto a la crítica social como al orden de la naturaleza” (Frye 54). Estas afirmaciones nos colocan delante de una categoría de héroe que conjuga las características de superioridad con rasgos eminentemente humanos, produciendo un acercamiento más estrecho entre el lector y el personaje. Así se consigue que sean figuras paradigmáticas de la lucha guerrillera de resistencia, continuadora de los valores de libertad e igualdad que encarnaba la Segunda República y por los que prosiguen con la lucha.

Campbell posee una extensa bibliografía acerca de la importancia de los mitos dentro del comportamiento colectivo e individual del individuo, con una

profunda influencia de la psicología analítica fundada por Jung. En El héroe de las mil caras, Campbell afirma que el viaje que todo personaje heroico emprende, es la ampliación del esquema de los primitivos ritos de iniciación que comparten todas las culturas del mundo, al provenir todos ellos de una primigenia cultura humana común. Este viaje heroico estará dividido en tres fases diferenciadas: “separación—iniciación—retorno,” que podrían recibir el nombre de unidad nuclear del ‘monomito’” (35).⁷ Para Campbell, el periplo vital del héroe—no importa la forma en que sea representado—responde a ese ciclo tripartito comentado líneas atrás: “una separación del mundo, la penetración a alguna fuente de poder, y un regreso a la vida para vivirla con más sentido” (39-40).⁸ A grandes rasgos, en las tres primeras novelas que señalábamos anteriormente, los protagonistas principales son simpatizantes del ideario del bando republicano y por la sublevación misma, o por la fuerza de la violenta represión y persecución ejercida tras ella, se han visto obligados a escapar al monte y unirse a los grupos de resistencia ya existentes. Nos encontramos por tanto ante novelas que pretenden dejar un testimonio de las vicisitudes que estos represaliados han debido enfrentar. De esta forma, estos novelistas sustancian en sus obras la memoria de lo que ellos mismos fueron, testigos del conflicto y de la represión de la postguerra que forjó el movimiento de resistencia. Estas ficciones tan cercanas al conflicto, carecen de la perspectiva que da el paso del tiempo y en muchas ocasiones se mezclan las propias experiencias del novelista, por lo que el resultado es uno donde las obras carecen de un gran valor estilístico en la elaboración de la ficción que las conforma. Tal es el caso de Cumbres de Extremadura y Ese tiempo amargo. Por otro lado, vemos como los protagonistas principales de las novelas van a

coincidir en su condición de perseguidos, siendo esta situación la que determinará su evolución hacia la lucha armada.

El protagonista principal en torno al cual gira la novela de Herrera Petere, Bohemundo de Torviscoso, es sorprendido por el levantamiento en la zona rebelde de Extremadura y, como “su fe en la revolución era ancha, clara, natural” (22) y “adora ardientemente una causa y el corazón [le] palpita de sed de lucha” (29), tiene que huir para evitar, primero, una muerte segura que le espera si es apresado y para poder después emprender la batalla contra “los pezuños militares que se sublevaron” (15). La misma situación de persecución y acoso dada en la inmediata posguerra para los “desafectos al régimen” es la que impulsa a Tomás, protagonista principal de Este tiempo amargo, a abandonar España. Tomás siente que escapar es la única opción, ya que “Cuando se vive bajo un estado policial y terrorista como es éste, está uno dentro de una corriente que lo conduce inevitablemente hacia las redes de la represión” (51). Con un pasado “rojo” a sus espaldas que le impide integrarse en la nueva sociedad franquista y tras pasar por las dependencias de la policía y ser sometido a torturas, Tomás jura vengarse. Pero es convencido por don Eduardo, que actúa como enlace de los que desean poder escapar al extranjero, que la mejor forma en la que puede luchar es “salir de España como mensajero para aquellos que andaban por América olvidándose de estas cosas” (32), ya que “no todos los emigrados piensan en España, y muchos se han desentendido para siempre de la vida de nuestro país” (34). De esta forma, el personaje de Tomás se convierte en la personificación de la memoria de los que han quedado a merced del estado policial de Franco y su misión será impedir que el olvido se asiente entre los que han podido salir a tiempo del

país. Debemos destacar como De la Fuente utiliza su discurso novelístico para dar un toque de atención desde el exilio para el exilio, para que no se descuide el apoyo a la España que se dejó atrás. Desafortunadamente, en su intento de cruzar la frontera, el grupo guerrillero con el que marcha Tomás es traicionado. Tomás cae herido y es conducido como sospechoso de la delación junto al resto de la partida de guerrilleros, a la que finalmente une su destino en la lucha. El discurso novelístico en estas obras está caracterizado por la representación de la desmesurada injusticia ejercida con los vencidos. Los personajes que pertenecen a dicho bando son representados como víctimas de los atropellos de los vencedores. Esto hace que, junto a la decisión de estos personajes de asumir un papel activo en la lucha contra la opresión, les coloque a ojos del posible lector como héroes, extrapolando el tinte glorioso a la lucha clandestina en la que se embarcan.

Ya en el prólogo de la novela De la Fuente expresa que su libro va a estar dedicado, “a tan heroicas empresas como las que limpian al pueblo español de la sospecha . . . de tolerancia y sumisión al tirano” (7). Es decir, nos vamos a encontrar como el discurso narrativo entrelaza una serie de personajes involucrados en la resistencia contra el régimen franquista, los cuales, por dichas acciones, se nos van a presentar como héroes que resisten con entereza frente a la represión y continúan con una guerra que perdurará mientras se mantenga la dictadura. Es el personaje central de Tomás el que nos sirve de hilo conductor a través de toda la novela para mostrarnos tanto las redes de enlaces que operan en Madrid para intentar sacar de España a los perseguidos por el régimen como las características de la resistencia armada del monte. Tomás se va a integrar en la partida de “El Toro” y de Ramón “El

Tigre," su segundo, apodos que denotan su talento militar. A dicha partida pertenece también Cayetanín, un enlace que no tenía las simpatías de la mayoría pero que le era extremadamente útil a la partida y que representa en cierta manera el extremismo violento; Manuel, otro enlace al que no se le relacionaba con las acciones directas y por ello disfrutaba de libertad de movimientos en la región y de la confianza del enemigo, pudiendo así conocer los movimientos de éste; "El Bofia" antiguo policía de asalto de la República de gran valía pero enfermo de tuberculosis, lo cual le ponía en contra de otros miembros que le consideraban una carga; y, por último, Alfonso, "El Neura," joven andaluz cuya personalidad estaba regida por "el escrúpulo, la medida y la vacilación" (85) ya que poseía un "afán de examinar las cosas desde muchos lados" (85). A través de los capítulos Tomás y el resto de guerrilleros cuentan los sucesos que han visto o han padecido, convirtiendo así la novela en un catálogo de los desmanes del régimen y proponiendo como única salida la resistencia. Pero incluso asumiendo que se continúa en un estado de guerra donde todo vale para acabar con el enemigo y esto se intenta ejemplificar así con el relato de las medidas represivas del gobierno, se contrapone el discurso más matizado quizás por la distancia desde el exilio, personificado en Alfonso "El Neura," que valora que utilizar los mismos medios de lucha supondría la "ruina moral" de España (126), de la que sería muy difícil escapar. Por tanto, no son todos un grupo de héroes cegados por la causa, "un arma que dispara y mata, pero no piensa" (125), como afirma Cayetanín, sino que, por el contrario, hay voces discordantes, diferentes posiciones, por ejemplo, acerca de lo que supone la lucha armada y sus implicaciones a posteriori. Por lo tanto, no tenemos una figura heroica única representada en un personaje en exclusiva,

sino que la suma de cada aspecto necesario para la lucha guerrillera que posee cada personaje, conforma una suerte de héroe colectivo que va a ser la partida. Todas estas personalidades diferentes son imprescindibles dentro de la lucha guerrillera, pero unidas en un fin común de resistencia. Se necesitan individuos como Cayetanín, “retorcido y mordaz, tan útil en su modo cínico; brazo, tentáculo, vigía, reserva, enmadejador” (228), pero también como “El Neura,” que integra la opción de la amplitud de miras y sopesa los pros y los contras, y, desde luego, la acción directa de luchador “recio, acerado, sólido, fiel, abrupto, inconquistable” cualidades que, como señala el mismo narrador, son todas necesarias y además, se complementan (228).

En la tercera novela que analizamos, Juan Caballero, Carnés sitúa la acción principalmente en el año 1942, pero a lo largo de su desarrollo se intercalan escenas de los momentos anteriores a la guerra y simultáneos a ella, que son utilizados para contextualizar a los personajes y nos ayudan a saber el porqué de la situación narrada en la historia principal. En uno de estos saltos al pasado sabemos que el personaje masculino principal, Juan, después del terrible asesinato de su padre a manos de Justo Fuentes, futuro alcalde de la Puebla de Alcor, es embarcado con destino a Gibraltar para así poder esquivar el mismo destino que corrió su padre. De la misma forma, Natividad, hija del médico del pueblo y personaje femenino principal de la novela, sufre también las consecuencias de la represión. Este personaje femenino principal que acompaña a Juan Caballero también posee rasgos heroicos, convirtiendo la novela en toda una historia épica de amor, aventuras y valor, enmarcado todo ello en la dialéctica de la represión terrorista del estado y la resistencia guerrillera. El miedo del médico a las represalias por haber tenido relación

con Manuel Caballero le obligó a dejar el pueblo y a casarla con el hijo de Justo Fuentes, jefe de la Falange local: "Tu boda me ha tranquilizado un poco. Ya me habían tirado aquí algunas puntadas sobre el pobre Manuel Caballero. El estar emparentados con Pedro nos pone a salvo de muchas cosas desagradables" (45). Pero en su fuero interno Natividad desea escapar de esa situación, ya que no puede soportar la idea de estar vinculada a los represores y así le dice a su padre: "Mi marido es un jefe de estos asesinos. Esto es lo que me avergüenza ... Nos odian a todos papá" (31). Como vemos, son otra vez las coacciones y violencias ejercidas por los rebeldes, comentadas en las páginas iniciales de este capítulo, el motivo principal en el que reposa la construcción de los personajes principales en esta tercera novela, lo que les empuja a escapar y arrojar a la lucha directa contra el régimen. De nuevo vemos aquí como estos personajes heroicos comparten el motivo de la separación del mundo que plantea Campbell en su esquema acerca del héroe.

Ya desde la primera página del prefacio de Cumbres de Extremadura, novela llena de lirismo y energía, podemos hacernos una idea clara sobre la clase de protagonistas que van a poblar toda la narración. Se nombra todo un repertorio de héroes y pícaros clásicos de la literatura de aventuras que son comparados con la gente normal y corriente que tuvo que sufrir los envites de la Guerra Civil: "un lechero de Burgos ante un tanque italiano," "cualquier madre de familia española cuando . . . aparecía una escuadrilla italiana de gran bombardeo nocturno" (13), compitiendo en magnitud con los héroes de papel. Confirmando las tesis de Bakhtin sobre la novela, género en continua evolución que, según el crítico ruso, "convive difícilmente con otros géneros" (451) ya que por su propia naturaleza hace que se apropie de sus rasgos,

reinterpretándolos y reevaluándolos para acercarlos a su presente, Herrera Petere prescinde de los héroes de alta alcurnia de las epopeyas o de los cantares de gesta, optando en cambio por personajes de orígenes humildes pero elevados en grado, mitificados. La nueva clase de valientes está formada simplemente por los "héroes vestidos de pana" (14), héroes "de nueva estirpe y nobleza: de tierra campesina y corazón aldeano" (250). Ellos se convertirán en los nuevos "Búfalos Bills," "Gordon Pims" y "Artagnanes" (13). Los guerrilleros que Herrera Petere incluye en su novela se convertirán en los nuevos "'Palmerines,' 'Beltenebros,' 'Pentapolines,' 'Amadises' y 'Tirantes el Blanco'" (250). El héroe comenzará a ser el luchador de la clase baja, el jornalero desposeído de todo que se atreve a luchar contra la injusticia.

El origen de Bohemundo es incierto, su nombre puede provenir de Bohemundo I de Tarento, quien fue un destacado señor de la guerra durante la Primera Cruzada. Así podemos considerar a Bohemundo de Torviscoso como un cruzado contra los abusos que está sufriendo el pueblo. El narrador no sabe decirnos exactamente de qué lugar de Extremadura es y elige Torviscoso en Cáceres. El hecho de que no se nos diga el lugar de procedencia del personaje principal tiene una función significativa al inicio de este relato: se pretende continuar con la generalización efectuada en páginas atrás. Bohemundo será un "héroe de pana" más, como los habrá a lo largo de la geografía española luchando contra la sublevación militar. Pero, en palabras de José Luis Ponce de León, los personajes de estas novelas, "no dejan de ser un conjunto de seres sin nombre, acosados" (126). De esa masa heroica destacan personajes como Bohemundo "el Trimotor," "claro, rabioso y astuto como un huracán malicioso" (175). Habiendo dos opciones ante la tragedia

que se cierne sobre España, dejarse llevar o resistir, Bohemundo decide que “se metería en una guerra secreta, como un forzudo demonio vengador, heroico y risueño” (30). Se unirá a la guerrilla, al Batallón de Servicios Especiales, la fuente de poder de nuestro personaje donde “se encontró como pez en el agua” (57).

Los otros guerrilleros representados en Cumbres de Extremadura, al igual que Bohemundo, son “fuertes, valientes, duros como el roble, pícaros como el zorro y con experiencia de la vida, resistentes, dispuestos a todo...aunque analfabetos la mayoría” (113). Estos individuos responden perfectamente a la definición que Ranajit Guha propone del subalterno como “el atributo general de subordinación . . . ya sea ésta expresada en términos de clase, casta, edad, género y oficio o en cualquier otra forma” (Beverly 187). No son perfectos, pero vemos como se pone de manifiesto con estas palabras que para luchar contra la injusticia no es necesaria una preparación intelectual. Esta circunstancia profundiza en el deseo del Herrera Petere de convencer a sus posibles lectores de que todo el mundo tiene en sus manos el tomar partido por la causa. No es necesario llegar hasta la esencia de los conceptos para poder defenderlos; de hecho, como afirman Gramsci y Beverly, la subversión es consustancial a los grupos subalternos. Bohemundo “no entendía una palabra de lo que quería decir ‘democracia,’ ‘libertad,’ ‘capitalismo,’ etc. . . . En la cuestión internacional sus conocimientos eran a un mucho más vagos” (129). Como vemos, Herrera Petere no le imprime al personaje de “el Trimotor” una conciencia política que no tiene, pero un ejemplo de la literatura militante que practica este novelista se observa en la mención de la labor educadora que llevan a cabo los comisarios políticos en las

partidas de guerrilleros y el entusiasmo de los integrantes ante esa formación que se les ofrece. Debemos comentar aquí como aparece la idea gramsciana de la síntesis entre la “espontaneidad”—elemento conformante de la negatividad subalterna y motor de la historia social—y el “liderazgo consciente” o “disciplina” de la izquierda organizada, que, como comenta John Beverly, Gramsci consideraba indispensable para la nueva hegemonía de la clase obrera (190-91). Por lo tanto, se va a enseñar a leer y escribir a aquel que lo necesitaba, tarea a la que también Bohemundo se une de buen grado, y es que “[u]n héroe del pueblo como él tenía que ser culto” (187), ha de convertirse en un modelo, ha de progresar, ya que a través de la educación formal se consigue erosionar la línea divisoria entre las élites y las clases subalternas. En su aventura como héroe de procedencia subalterna, pero al fin y al cabo elevado a dicha categoría, Bohemundo es separado de su vida normal por la represión de los sublevados, como ya vimos anteriormente.

El héroe de Cumbres de Extremadura prefiere la acción y no las palabras, siendo la urdimbre principal de la novela la concatenación de sus hazañas, e intercaladas entre ellas la descripción de los abusos cometidos por el bando franquista. Es un personaje incompleto, lo que choca con su condición de héroe, pero que aspira a mejorar. Iltrado, bruto y fanfarrón, Bohemundo posee unos principios estrictos fundados en una justicia entendida de una forma primaria, innata, y en la animadversión acumulada a través de los años contra los caciques, los ricos y la Guardia Civil, el Ejército y la Iglesia que los ampara, auxilia y justifica. En su etapa de iniciación, acomete su camino de las pruebas enfrentándose a los monstruos. Esta batalla será la “Guerra contra los de siempre” (136), la batalla que “era la misma que él había

conocido siempre en su pueblo, la lucha de los pobres contra la Guardia Civil y los ricos, lo señoritos y los caciques” (129), contra “la tragedia española que se había despertado hacía un mes como un macho cabrío negro” (20), los militares sublevados. La característica que unifica a estos héroes es el sacrificio final de sus vidas por la causa que les impulsa a luchar. Entregan su vida por los ideales que se intentaron materializar con la Segunda República.

El personaje que da título a la novela de Carnés, Juan Caballero, quizás es uno de los protagonistas que más se aproxima al héroe propuesto por Campbell y a las características del “bandido noble” postuladas por Eric Hobsbawm. Como ya vimos anteriormente, la separación que estos dos personajes han de sufrir en su desarrollo como tales figuras míticas en el relato fue también motivada por la represión ejercida sobre la población; están fuera de la ley por ser víctimas de la injusticia (Hobsbawm 59). Tras este forzado alejamiento del héroe, surge una figura protectora que ha de guiarle en su camino de iniciación, hasta que esté preparado para acometer la consumación de su aventura por sí solo (Campbell 70-71). En el desarrollo de Juan Caballero la figura del consejero la representa Paco Vélez. Este estibador del puerto de la Aljama toma a Juan bajo su tutela en Gibraltar y desde el momento que se dirige a él, en Juan se produce la transformación casi mágica de un niño desolado por el recuerdo de la muerte de su padre a un hombre: “—¡Eh, mocito!... ¿Qué pasa? ¿Esto es un hombre? ¡Que no se diga!...’ ¡Un hombre! Desde aquel momento empezó a serlo. Como por encanto se acabaron sus lágrimas” (115). Y junto a él emprenderá Juan su periplo iniciático en Madrid y en el frente de Extremadura hasta llegar a cumplir la misión que Juan Caballero se ha marcado como destino: “—No dormiré

tranquilo mientras esté vivo el que se cargó a mi padre” (116). Es el deseo de regresar a su pueblo y cumplir su venganza lo que mueve a Juan Caballero, pero, a medida que avanzan por los frentes de batalla, en Juan prende un nuevo sentimiento, el amor por España. Gracias a las charlas con Paco Vélez empieza a considerar que al ir venciendo a los fascistas pueblo a pueblo, cada vez están más cerca de liberar el suyo, La Aljama, y va desarrollando esta nueva sensación hacia España, “—Estoy aprendiendo a querer a nuestra tierra” (118). El deseo de venganza perdura pero se le suma uno nuevo, el deseo de luchar para liberar a España; por inercia se encuentra de nuevo, tras la derrota en la guerra, en Andalucía para combatir otra vez. Así, se le imprime al protagonista y al resto de personajes que luchan contra el régimen franquista un calificativo nuevo de extrema importancia, el de “patriotas,” o se destaca como motivo de la lucha la búsqueda de la salvación de España para reforzar la imagen del guerrillero. El discurso que va a reflejar la narración es que los verdaderos patriotas, los que de verdad aman a su país y tienen la justicia de su parte son todos aquellos que luchan contra Franco, “el traidor gallego” (122), y el resto de los renegados que le apoyaron. Ambos bandos en litigio, se enfrentaban en pos de la creación de un nuevo tipo de estado. Los rebeldes pretendían instaurar un estado nacional católico ultraconservador y los republicanos deseaban mantener la democracia igualitaria que hacía poco tiempo, y no sin esfuerzo, habían conseguido proclamar en España. Por tanto, vemos como la retórica patriótica es asumida por ambos bandos. Las dos concepciones opuestas se consideraban como la mejor opción para salvar al país; por consiguiente, podían y debían atribuirse el discurso patriótico para sí, sin la menor de las vacilaciones. Es imposible deslindar el efecto de canto de

sirena que poseen estos tipos de construcciones discursivas patrióticas en los individuos que integran una colectividad y el importantísimo rol que juega la lengua y su utilización en la construcción de un nuevo modelo nacional (Anderson 203-09). No podemos extrañarnos al ver que en Juan Caballero los “caídos” son también los “rojos” que lucharon en la defensa de la Segunda República. Por otro lado, no debemos pasar por alto que uno de los objetivos visibles de la obra es aleccionar al posible lector en favor de los resistentes, dar a conocer la lucha y mostrar que la oposición contra el régimen dictatorial continuó durante largo tiempo. Benedict Anderson de forma muy certera afirma que “las naciones inspiran amor, y a menudo un amor profundamente abnegado” (200). De esta forma, el adjetivo “patriota” u otras expresiones enfocadas en demostrar el amor por España que sienten estos hombres han de acompañar en muchas ocasiones al personaje de Juan y al resto de los integrantes de su partida y aparecerán en multitud de ocasiones a lo largo del texto. Así, se introducen las palabras de Juan o las de otro guerrillero como “Habló el patriota” (11), “dijo otro de los patriotas” (13), “los valientes patriotas de Asturias” (123), “la noble sangre guerrillera” (142); del mismo modo, cuando Juan Caballero agradece al médico, don Rafael, la ayuda prestada al herido dirá que gracias a sus esfuerzos “se habrá salvado un buen hijo de España” (12) y cuando Juan está en su lecho de muerte Nati habla con él “apretándose al patriota” (163). Aquellos “nobles corazones españoles sacrificados, a todos los guerrilleros muertos” (166) mueren por España, lo hacen por su patria. Esta apreciación armoniza con la afirmación de Peter Waldmann al estimar que el guerrillero o partisano en toda la bibliografía que lo trata coincide en valorarlo como un combatiente que “está altamente

motivado desde un punto de vista político, esto es, no cabe ninguna duda respecto a soportar su campaña militar, llena de sacrificios y privaciones, por mor de un objetivo superior que depende en definitiva de una determinada idea de Estado" (34). Entregar la vida por la "comunidad imaginada" de la nación a la que se pertenece representa para Anderson un honor de tal magnitud, que es imposible equiparlo a morir por otra instancia colectiva a la cual pertenezcamos. Así afirma que "El hecho de morir por la patria, que de ordinario nadie escoge, supone una grandeza moral que no puede tener el hecho de morir por el Partido Laborista, la Asociación Médica Norteamericana, o quizá incluso Amnistía Internacional, porque todos éstos son organismos a los que nos podemos afiliar o renunciar a voluntad" (203). Así pues, ser capaz de inmolarsse por la libertad de la patria es, paradójicamente, el mayor servicio que un guerrillero como Juan Caballero o Natividad puede hacer a su causa. Con su ofrenda desinteresada, impregnan a su lucha de una pureza que escapa a cualquier cuestionamiento, al hacerlo por el bien del futuro de la colectividad.

Los rasgos con los que se representa a Juan desde el principio van mostrando que es un hombre poco común; "su rara intuición de la estrategia militar le sacó del montón "(119) y por estas cualidades innatas de táctica, mando y entrega al país se forma en torno a él la partida guerrillera de Juan Caballero. Waldmann continúa diciendo que el guerrillero, "convertido en combatiente no por obligación exterior sino por motivación propia, se considera a sí mismo maestro y guía de la gran masa al anticipar con su abnegación las máximas de comportamiento general propias del orden social que perseguía" (41). El personaje de Juan está cimentado también con estas

características mesiánicas, y por ello es capaz de provocar intensos efectos con su mera presencia o simplemente al escuchar su nombre. Juan Caballero se transforma en una suerte de apóstol, apareciendo la lucha de resistencia antifranquista como una religión. La novela se convierte de este modo en toda una historia épica de amor, aventuras y valor, enmarcado todo ello en la dialéctica de la represión terrorista del Estado y la resistencia guerrillera. Así ocurre con Don Rafael la primera vez que se encuentra con él al asistir a un guerrillero herido: “cruzó por primera vez la mirada con el desconocido. . . . Los ojos penetrantes, el cabello revuelto, y a medio crecer la barba, era el rostro común a todos ‘los del monte.’ Sin embargo, una escondida fibra se estremeció en el médico de Puebla del Alcor al mirarle” (11). La misma impresión causa en Natividad al contarle su padre que se reunió con Juan: “Natividad había cambiado el gesto. La sensación de angustia parecía haber dejado paso en ella a una inquietud nueva, más vital. Sus párpados se alzaban, y los ojos negros de la mujer del falangista mostraban su plena hermosura” (33). Incluso se convierte en un catalizador para que aflore el deseo de cambio y de lucha que Natividad guardaba en su interior y que posteriormente le lanza a unirse a la partida guerrillera de Juan Caballero. Caminando hacia el lugar donde se encuentra el herido un encendido pensamiento recorre su mente: “Ya soy yo. Ya llegó la hora esperada. Ya me suenan a gloria los tiros, como a las hembras del pueblo. Ya me repite la sangre también: ¡Los del monte!... Ya puedo escupir como ellas a las frentes oscuras...” (35). En el ambiente de lucha guerrillera Natividad parece transformada, mejorada tras años de sufrimientos, como muestra la siguiente descripción: “Volvía a ser la adolescente de líneas casi rectas, grácil y ligera,

leve en sus pisadas, hija de aquellos lugares solitarios. . . . Su mirada asustadiza, su paso torpe habían desaparecido. El cuello hundido entre los hombros durante años recobraba su esbeltez antigua, y los brazos la gracia perdida” (71). Las palabras de Juan Caballero son un elixir para Natividad, que, aparte de reverdecer el amor que siente por Juan, refuerzan sus deseos de liberar a España del yugo y las flechas que la someten: “la voz firme de Juan disipaba por momentos la angustia de Natividad. Su palabra parecía infundirle bríos, hacerle sentir de nuevo la pasión que le había empujado hacia los que luchaban por España” (73). La dedicación de Juan se convierte en un ejemplo a seguir para ella: “Desde hacía varios días inspiraba sus actos en los de su amigo de la infancia. La palabra de Juan era la verdadera, su pensamiento era siempre el justo. Y el hombre que junto a ella asistía impávido a su propia destrucción, la llenaba de asombro y respeto, y la mostraba el único camino a seguir” (152). El binomio erotismo–nacionalismo, que Doris Sommer propone en Ficciones Fundacionales como “figuras recíprocas dentro de las ficciones modernas” (48), como si estas construcciones discursivas dependiesen la una de la otra para poder existir, está presente también en esta novela. El amor romántico que Natividad expresa hacia Juan y el patriotismo, explicitado aquí en la lucha por volver a un estado democrático pretérito, se funden en el mismo discurso ficcional. Bajo esta perspectiva, por un lado, podríamos considerar que la reanudación de la relación amorosa entre Juan y Natividad representaría el deseo de volver al Estado democrático interrumpido por la victoria del bando franquista y, por el otro, que el fracaso de su unión por la muerte de ambos protagonistas imposibilitaría retomar dicho modelo de Estado anterior. Juan Caballero se

transforma en una suerte de apóstol, donde la lucha de resistencia antifranquista aparece como una religión. La novela se convierte de este modo en toda una historia épica de amor, aventuras y valor, enmarcado todo ello en la dialéctica de la represión terrorista del Estado y la resistencia guerrillera.

Es interesante señalar brevemente también el papel que desempeñan los protagonistas femeninos en estas obras. En Este tiempo amargo no aparece ningún personaje femenino; es como si la lucha y las partidas guerrilleras fuesen cosa exclusiva de hombres. Por lo que se refiere a Cumbres de Extremadura, la mujer es presentada como un elemento hostil al hombre que intenta luchar por causas elevadas, alejadas éstas de la realidad de la vida diaria, que es el microcosmos en el que se mueve la mujer. Esto se aprecia en este fragmento que destila notas de un marcado machismo:

‘La mujer es el enemigo del hombre’ ha dicho San Pablo, y no cabe duda de que ciertas mujeres son, a veces, el enemigo de ciertos hombres que tratan de proceder según su viril y altiva consecuencia.

Cuando la desgracia viene, las mujeres suelen limitarse a repetir: ‘ya te lo había dicho.’ Y generalmente llevan razón; aunque ellas no hayan hecho nada por evitar la tragedia y aun hayan provocado al negro demonio barbón con su fatalismo masoquista. (227)⁹

De esta forma Bohemundo va a ser víctima de su amor por una mujer “como tanto y tan héroe legendario” (227). La mujer de Bohemundo es presentada como una mujer que no entiende las motivaciones de su marido, no sabe si va hacer la guerra o una huelga. “La Gloria” solamente está preocupada por las consecuencias que la marcha de Torviscoso puede acarrear a sus pertenencias, o qué vestido y pañuelo ha de ponerse para la marcha que

le impone Bohemundo: "Su vida entera se le venía encima; nunca había salido del pueblo de Torviscoso y se le hacía duro abandonarlo" (229) sin despedirse. Ésta es la circunstancia fatal que termina con el apresamiento de Bohemundo, la indiscreción de su mujer, que no es capaz de medir las consecuencias de sus actos, contándole incluso al tendero, quien "no tenía las mismas ideas políticas que Bohemundo [pero] era un hombre de orden" (230), que su marido está disfrutando de "la paz del hogar" (228).

Por otro lado tenemos el personaje de Natividad, que se convierte en el equivalente femenino de Juan Caballero en su aventura heroica. Impulsada por unas fuertes convicciones contra la injusticia con la que el régimen franquista oprime al país, es capaz de espetarle a su marido Pedro, jefe de la Falange del pueblo, las motivaciones de su unión a la guerrilla: "Me ha hecho roja, como tú dices, el dolor de España; el ver la tierra seca por tanta sangre; el ver a tanta mujer de luto; las cárceles llenas y los campos vacíos" (89). Su intervención en la obra no se reduce simplemente a convertirse en el apéndice devoto de Juan Caballero. No niega que al principio vio reverdecer sus sentimientos de amor adolescente hacia Juan pero "el espíritu de la partida" prendió en su interior y "pronto se sintió igual a uno de de aquellos hombres" (156) que luchaban por una única causa, la libertad de España. Fue "'la causa' la [que] la llevó a ella también a sumarse a la pólvora de las batallas . . . en pos del camino de los héroes" (156-57).

Juan Caballero, Bohemundo de Torviscoso, alias "Trimotor," Natividad y Tomás nos son héroes perfectos. Son personajes que, en palabras de Bertrand de Muñoz,

se distinguen por su dignidad, su entereza, su valor en el

combate y ante la adversidad; pocos fallan a su ideal, si bien varios tienen momentos de duda, de desaliento, de desánimo. Son lo que se ha dado en llamar 'personajes redondos,' llenos de humanidad, suficientemente matizados; se hacen entrañables en su profundo amor a sus semejantes y sin embargo no están idealizados hasta el punto de ser inverosímiles. ("Figura" 199)

Quizás el momento de duda más destacable por el que pasa Juan Caballero, del que habla Bertrand de Muñoz, es la circunstancia de que el jefe guerrillero vacila a la hora de entrar en el pueblo donde se encuentra el asesino de su padre, ya que el brío vengador que le había embarcado en esa carrera de años parecía que se enfriaba en él por momentos. Teme que al llegar el momento de poder terminar con Justo Fuentes acabaría consigo mismo: "¿Acabaría Juan Caballero al acabar el objeto de su aborrecimiento?"(126). En este crucial momento surge otra figura como guía de nuestro héroe, Antonio Méndez, que, como Paco Vélez anteriormente, le hace ver que él mismo y su lucha, van mucho más allá de las cuentas personales, ya que "el dolor de España esclavizada es lo que te ha traído aquí arriba" (126). Así lo interioriza Juan y se lo muestra a su partida en el momento que teniendo como prisionero a Justo Fuentes le posee una serenidad tal, que puede decir: "Y a nosotros nos toca hacer justicia, que no es lo mismo que ejercer venganza . . . lo que nos hace grandes y perdurables frente a estos asesinos de ideas y sentimientos, es que no asesinamos como ellos, cuando los destruimos; es que hacemos justicia a los muertos, justicia a las ideas, justicia a España... Eso es lo que nos hace fuertes y es lo que, finalmente, nos hará libres" (133).

Otro aspecto importante que hace despuntar el papel de héroes y la

importancia de la empresa en la que están embarcados estos personajes es la caracterización de los “monstruos” a quienes se enfrentan. Los responsables de la sublevación y los que la apoyan—Iglesia, Falange, Guardia Civil, burguesía etc.—van a ser reiteradamente deshumanizados y degradados hasta el extremo en las tres novelas que nos ocupan. Al presentar de esta forma a los sublevados, podríamos considerar que no sólo se persigue la degradación del individuo o de la institución que representa, sino que también se censuran las motivaciones que ha llevado a actuar contra el gobierno legítimo de la República, movidos por el supuesto bien de España, para salvar el país de las garras de la “hidra roja.” Quizás en Ese tiempo amargo es donde menos se emplea este recurso, haciéndose simplemente referencia a la crueldad genérica de la represión llevada a cabo por el régimen. Pero no así en las dos restantes. Desde el inicio de Cumbres de Extremadura los militares son calificados como seres que “tienen en vez de pecho y vientre un bombo lleno de gases venenosos, y en vez de pies dos patas de burro mal disimuladas por los leguis” (15) y su preclaro caudillo, reflejado en un retrato del general Franco donde “aparecía en actitud que quería ser arrogante y resultaba la de una croqueta enharinada”(43). De la misma forma, los demás oficiales son identificados o comparados con animales, como el sargento Jarandilla, que es comparado con un alacrán (42), o el teniente que “les seguía como las hienas y los chacales siguen a los convoyes de heridos, o como los tiburones a los barcos averiados” (180). Herrera Petere pone especial énfasis en ridiculizar al general Queipo de Llano, famoso, como ya hemos visto con anterioridad, por sus violentas arengas desde la radio de Sevilla: “El general era como un gran ‘clown,’ como uno de esos moscardones tontos que trae el viento del verano.

Es fácil figurárselo por la noche, a modo de gran fantasmón trágico, con sus bigotes, sobre la geografía española.” Especial animadversión se observa al hablar de los moros que lucharon al lado del bando sublevado, quienes son descritos como “el equivalente de ‘enemigo,’ ‘negro,’ ‘cruel’” (130) que en la mayoría de las ocasiones son “como los chimpancés” (95), o dan “la sensación de monos cinocéfalos, gesticuladores, con sus dientes blancos” (96). No podemos dejar de comentar en este punto la paradoja que se produjo en el seno de la batalla por la construcción del immaculado estado nacional católico de Franco. Sobre el cuerpo extraño que el musulmán intrínsecamente suponía en esa deseada edificación social ultracatólica recayó una parte importante del esfuerzo bélico. Así, “el moro” sentaba las bases de su propia exclusión al apoyar la cruzada franquista. La aparición del sujeto extraño es una creación característica de la maquinaria de guerra al servicio de los Estados en su formación o en su búsqueda de supremacía. El sujeto “esclavo-infiel-extranjero” se transforma en soldado y creyente pero “continúa estando desterritorializado con relación al Estado” que ayuda a crear (Deleuze, Guattari 396).

Es en Juan Caballero donde el recurso de la degradación y la esperpentización de los integrantes del bando nacional son utilizados con mayor profusión. Justo Fuentes es un buen ejemplo de ello ya que se trata de un personaje construido para que produzca una profunda repulsión al lector, aspecto que vemos desde la narración que él hace del asesinato, a lo que llama “justicia,” del padre de Juan Caballero y la sangre fría con la que cuenta que podía haberle “dado dos tiros y todo habría concluido. Pero quería verlo sufrir” (29). Pensó “Patás Cortas” que era mejor idea apalearle con el cayado

que llevaba: "Recuerdo que le golpeé furiosamente la cabeza, y que me saltaron a la cara trozos de cerebro . . . Pero no me importaba todo aquel horror" (29). Esta sensación de asco ante esta escena grotescamente violenta se agudiza en el lector al saber que Justo Fuentes, con la culata de la pistola que tenía, le arrancó a golpes los dientes de oro al cadáver. E incluso se vanagloria no sólo de guardar los dientes postizos de oro del padre de Juan, sino que es capaz de usarlos y es capaz de afirmar que "gracias a ellos digiero hasta las piedras" (26). El contraste de la figura de Justo Fuentes es mayor al encontrarse con la de Juan Caballero en el momento de ser juzgado por todos los crímenes. La descripción es muy efectiva para marcar esa diferencia entre la justicia, representada por Juan, y la maldad, encarnada en Justo Fuentes:

No era un hombre, no era un ser humano aquello que encogido, aterrorizado, lo ojos saltando de las orbitas y el belfo caído y temblón, amenazaba venirse al suelo de un momento a otro. Era un monstruo peludo, de verdinegra piel, llena de menudas escamas y lacias piernas chatas. La cabeza grande giraba a un lado y a otro, y las mejillas parecían prontas a descolgarse, y a dejar al descubierto unos huesos, que no serían tampoco como los de los otros hombres. . . . Aquello no era un hombre, no, era un gusano que fácilmente sería aplastado con un pie, que no valía ni lo que la sogá que habría de emplearse en colgarlo. (131-32)

Hasta aquí hemos visto como la representación de la lucha armada antifranquista, desde el bando que perdió la guerra, es alabada de forma sobresaliente, lo que la convierte en una suerte de mito nacido de la Guerra Civil y sus consecuencias inmediatas. Así, se elaboran tres tipos de héroes, que en una lucha abrazada por motivos diferentes y en contextos distintos, nos

proporcionan diferentes perfiles del luchador por la libertad. No debemos olvidar que estas obras surgen principalmente para servir de búsqueda de apoyos a un movimiento de oposición a la dictadura franquista, tanto en el propio momento de guerra abierta como es Cumbres de Extremadura o en la etapa posterior entre los exiliados con Ese tiempo amargo o Juan Caballero. Estos dos últimos ejemplos comparten con la novela de Herrera Petere, el deseo de reforzar que unos ideales, unos valores de libertad y un deseo de mejorar el mundo, han sido quebrantados violentamente por un grupo de militares sediciosos. Por otro lado, se añade el afán de dejar constancia que la guerra no ha terminado, que todavía existen personas encuadradas en unas partidas guerrilleras numerosas y activas que continúan la lucha, y que no cejarán hasta conseguir la derrota de la dictadura.

En el lado opuesto se sitúa la novelística que surge afín al régimen franquista. La representación que de los guerrilleros se va a llevar a cabo en dicho lugar de enunciación, está comprometida con el discurso oficial del reproche y demonización de la Segunda República como origen de todos los males que aquejaban a España. El discurso sobre la guerrilla antifranquista se inserta en un plan integral de aleccionamiento de la población española que se valía de todos los recursos propagandísticos a su disposición, desde el control total de la prensa hasta la enseñanza en las escuelas.¹⁰ Contrastando las novelas que hemos seleccionado con la investigación llevada a cabo por Marie Claude Chaput de la representación de la guerrilla en la prensa franquista, coincidimos totalmente con la investigadora francesa cuando afirma que “[se] oscila entre convencer de que no pasa nada o de insistir sobre la eficacia de la represión. [La prensa] se vale de procedimientos retóricos: repeticiones,

sinónimos, para fijar en las mentes que los guerrilleros son asesinos de la peor ralea" (12). Vemos como se da así un claro proceso de escamoteo de la realidad, dentro del cual las novelas que comentaremos a continuación están insertas, bien por ser fruto ideológico del novelista o como resultado final de la selectiva pluma del censor. Los guerrilleros son separados en todas ellas de los condicionantes ideológicos que pudieran haber lanzado a estos hombres al monte, refiriéndose unívocamente a ellos como bandoleros, ladrones, forajidos etc., "basados [estos apelativos] en consideraciones de utilitarismo político e ideológico, al margen de cualquier categoría científica" (Serrano 249).¹¹ En las novelas que comentaremos a continuación los guerrilleros comparten estos atributos negativos a lo largo de toda la narración.

En la novela del militar Ángel Ruiz Ayúcar, La sierra en llamas, es donde más se exageran estas características negativas de "los de la sierra." Ya desde la advertencia de la primera página podemos hacernos una idea de cuál va a ser la dirección por la que el texto va a discurrir. Se nos previene en esta nota inicial que todo el contenido de la novela es imaginario, y que lo único que pretende ser real es "el espíritu de heroísmo y sacrificio que caracteriza a la Guardia Civil española." Este gran esfuerzo hace necesario que "la epopeya que en un siglo de existencia ha escrito este Cuerpo Benemérito, espera aún el Homero que la cante (4), papel que Ruiz Ayúcar decide asumir su texto. Tras esta primera aclaración, se nos presenta al que va a ser el personaje heroico principal de la novela, el joven e intrépido teniente de la Guardia Civil, Manolo Carmena. Carmena elige voluntariamente la vida de la lucha en la sierra ya que se da cuenta que malgasta su vida en Madrid, donde lleva una vida licenciosa, únicamente preocupado por el desenfreno de la gran ciudad

“siempre en busca de una aventura . . . que al día siguiente le dejaba la boca amarga, el estómago desecho y el corazón desilusionado” (29). Otra vez aparece aquí la estrecha conexión entre el amor y la política dentro del discurso narrativo novelístico al que aludía Sommer. En este caso, la decisión de Carmena de tomar un papel activo en la lucha política contra la guerrilla, es decir, el afianzamiento de la hegemonía del Estado en el que se inserta, es motivado por la improductividad de su esfuerzo amoroso que hace necesaria la búsqueda de un equilibrio entre ambas facetas. A Carmena, habiendo conocido de primera mano el problema del bandolerismo en la sierra y empujado por su deseo de enmendar una descarriada vida retomada de gigoló en Madrid que le produce “asco de sí mismo” (38), se le presenta la oportunidad de infiltrarse en el movimiento clandestino gracias a un viejo conocido comunista. No duda en introducirse en dicho submundo para intentar así desbaratar desde dentro las corrompidas partidas de bandidos que incomodaban la idílica tranquilidad del nuevo orden español. Son bandidos, individuos marginales que con su presencia atemorizan a los campesinos, rompiendo la tranquilidad del ámbito rural en el que actúan. Los guerrilleros se convierten en el factor desestabilizador de una sociedad campesina que finalmente está siendo guiada por el buen camino tras una guerra de liberación nacional. Así hacen acto de presencia los guerrilleros, por ejemplo, en el comienzo del capítulo primero de La sierra en llamas: “Aparecieron de repente, cuando la vida era más tranquila, y con ellos llegó la inquietud y el terror a los campos” (5). Vemos también como ciertas apreciaciones que Ruiz Ayúcar nos transmite a través de Carmena acerca de la guerrilla coinciden plenamente con los argumentos expuestos por la historiografía franquista

dedicada a la lucha guerrillera antifranquista, como la afirmación del historiador Tomás Cossías de que estos bandidos traicionan el romántico bandolerismo español del siglo XIX, aspecto que en palabras de Carmena queda expresado así: “Están lejos [los guerrilleros] no ya del luchador idealista, sino incluso del bandolero de romance del siglo pasado” (43). Asistimos al proceso por el cual textos narrativos diferentes con misiones en teoría distintas se complementan, compartiendo la misma empresa propagandística a favor del estado franquista y en contra de cualquier justificación positiva del movimiento de oposición armada.

En el capítulo VI de la novela es donde Carmena responde a las preguntas de Perico, su enlace con la organización encubierta comunista en Madrid, sobre la situación de las partidas de la sierra. Lleva a cabo una descripción exhaustiva de las agrupaciones, su composición y actividades: “están agrupadas por zonas más o menos rudimentariamente, y sostenidas por organizaciones terroristas situadas en las capitales grandes o el extranjero [el partido comunista]” (44). Pero se remarca siempre que simplemente son grupos de acentuado tinte criminal, con poca o nula motivación política:

– ¡Bandidos, bandidos! Sólo hablas de bandidos. ¿Es que no hay en el monte luchadores idealistas, románticos de un ideal que se juegan la vida como lo harías tú en su caso?

–Siento desilusionarte, pero no hay nada de eso. . . . ¿Qué es lo que hacen estos heroicos defensores de la libertad? Secuestran mujeres o niños, algunos de corta edad, y exigen un rescate por ellos. Si no lo reciben los matan. Asaltan un cortijo y roban todo lo que encuentran. (39-40)

En numerosas ocasiones en el relato asistimos a esa expresión de la

carencia total de interés por la política de los guerrilleros. Por ejemplo, en un discurso del comisario político “Juanito, “ “en el que se barajaba la consigna comunista . . . [s]us mandos subalternos le escuchaban con atención, pero era fácil darse cuenta que aquel tema les dejaba fríos” (58); del mismo modo, cuando le convoca aparte Juanito a Carmena al finalizar una reunión para conocer su impresión de la guerrilla, Carmena tras comentar que no se preocupan del lado político de la lucha, Juanito responde: “—Son unos bestias que sacados de esto no valen más que para tirar del carro . . . pero no disponemos de otra gente”(84). Simplemente se anula cualquier tipo de compromiso político en estos personajes que representan a la guerrilla. Por otro lado, aquellos personajes que desempeñan alguna misión política en la narración, en ocasiones son meros representantes de una todopoderosa organización terrorista del Partido Comunista en la capital que “llevaban en la retaguardia la vida burguesa que tanto habían censurado, o vivían espléndidamente en el extranjero con la excusa de misiones oficiales” (172). En otras ocasiones son “meros afiliados, metidos en la organización por compromiso, o con la esperanza de coger buen puesto para el día del reparto” (124). Otro ejemplo de esta desvinculación ideológica clara es la descripción que Carmena hace de otra partida, que está simplemente formada por “muchos jóvenes sin antecedentes políticos ni cuentas con la justicia que ni siquiera habían tomado parte en la guerra civil. No les movió otra cosa que el afán de aventuras, la codicia del dinero fácil y la esperanza de volver un día triunfantes al pueblo, luciendo en una guerrera las estrellas de teniente, por lo menos” (153). Ruiz Ayúcar utiliza también el personaje de “Arrás” para que sirva como ejemplo aleccionador del idealista que apoya una causa

equivocada. El “espíritu noble” del joven “Arrás,” que cree que pelea por unos altos ideales, al descubrir lo que es la lucha en el monte, no le queda más que el desengaño lo que había allí era “en vez de guerrilleros románticos del ideal, de caballeros andantes de la causa, ídolos del pueblo, encontró unas cuadrillas de forajidos sin mas ideal que el robo ni más moral que el atropello” (173). Pero en el nuevo sistema que loa Ruiz Ayúcar existe la posibilidad de enmendar los errores cometidos. “Arrás” es ejemplo de ello, ya que finalmente, tras la decepción que le provocan las guerrillas comunistas, abrazó la causa justa que encarnaba Carmena –“el orden, la paz y un ideal nuevo” (208)—y “se entregó en cuerpo y alma a acabar la obra que Manolo había empezado” (208), es decir, terminar con ellas.

En Testamento en la montaña el secuestro de Nando Porrúa, un indiano acomodado y falto de carácter, por dos antiguos guerrilleros reconvertidos a delincuentes, “Enzo” y “El Bayona,” rompe también la tranquila vida que Nando busca tras su vuelta al pueblo que le vio nacer. Nando piensa en varias ocasiones que “Estamos en un país civilizado y no lograrán salirse con la suya. Terminarán cazándoles” (27), “Hay guardias ¡Les cazarán!...” (65), cosa que evidentemente no es cierta, a tenor de lo que está viviendo. Esta pareja de secuestradores, donde la fuerza bruta está representada por “El Bayona” y la inteligencia por “Enzo,” poseen un pasado en la lucha republicana. Ambos se encontraron en el exilio francés y ambos convienen que la mejor forma de ganarse la vida es pasar a España, cometer delitos y volver a Francia, “después nos damos el bote... y ¡a vivir! (63). Se está vinculando otra vez nociones de lucha guerrillera contra el régimen de transfondo político con el negocio de los delincuentes comunes: “Lo que nos interesa es el dinero, pero cuando decimos

que matamos, ya no nos queda más remedio...: entonces tenemos que matar. De lo contrario nuestra reputación se iría al garete" (146). Por otro lado, "Enzo" lleva a cabo en un momento del relato una justificación ante Nando, de los porqués que motivan la vida que llevan. Él y "El Bayona" son víctimas de la sociedad, de las circunstancias que les ha tocado vivir: "–Ya te dije ayer que no tenemos la culpa de ser así. Es la sociedad. Antes de la guerra yo trataba de meter esto en la cabeza de los aldeanos, pero fueron muy pocos los que nos comprendían verdaderamente. La sociedad es una mierda" (147). Esta sutil afirmación es el único indicio en toda la narración de que "Enzo" tuvo un pasado vinculado con la política de izquierda antes de la guerra. Aunque "El Bayona" deja muy claro que no son más que palabras vacías que simplemente buscan la auto exculpación, "–Enzo le suelta este espiche a cada uno que cazamos" (147). No ocurre así con "El Bayona," quien le cuenta con todo lujo de detalles a Nando como fue el primer homicidio que cometió, la tortura y asesinato de un sacerdote asturiano. Claramente, Ruiz Ayúcar vincula la violencia de "El Bayona" con un origen político y se ensaña con uno de los grupos de víctimas más mitificados por el franquismo, como lo fue el clero. Ruiz Ayúcar remarca lo irracional y cobarde de la condición de "El Bayona." Primero, cuando "El Bayona" señala que no poseía ninguna razón para matar al sacerdote; simplemente "–Hacía tiempo que los curas me venían fastidiando a mí—añadió" y cuestionado acerca del motivo por Nando, él remacha "¡Qué sé yo!... Pero me han fastidiado siempre los curas" (59). En segundo lugar que no se hubiera atrevido a hacerlo con el cura de su pueblo y tampoco a asesinarle personalmente, cara a cara, sino que tuvo que estar rodeado de otros: "No fui yo sólo. Fuimos cuatro a por él" (60).

En la tercera novela que nos ocupa, El ladrido, Muñiz Martín repite este esquema de la pareja de bandoleros que se dedican a pasar la frontera con Francia para cometer delitos. Un par de delincuentes, que, como en el caso anterior, uno de ellos representa la fría inteligencia: Valentín alias “El Valiente” y el otro, Mauro, la violencia animal, la falta de escrúpulos, un individuo que “precisa del ametrallador, sin el cual se siente desnudo” (21). En este dúo de delincuentes “El Valiente” “es la cabeza, la mente rectora, en tanto él [Mauro] aporta la potencia de su brazo, la fortaleza en la acción: el Valiente planea, y Mauro ejecuta” (43). Con la representación que de “El Valiente” nos da Muñiz Martín, se recrea el imaginario popular del prototípico bandolero español del siglo XIX, “un bandolero de nuevo cuño” (35):

Historias románticas pretendían explicar la desesperación que le lanzara al monte. Se habla de una novia infiel, de la terrible venganza tomada contra los amantes sorprendidos en plena torpeza. Otros se referían a un crimen del que era inocente, de una pelea a navaja que ocasionó una desgracia. De cierta paliza injusta... Había pues donde escoger en tanta profusión de versiones. Cualquiera de ellas podría resultar verdadera o todas falsas. Tanto un drama pasional, como el resentimiento, o una sórdida codicia pudo haber desencadenado la carrera criminosa del Valiente. (30)

Pero en ninguna faceta de la creación y desarrollo de este personaje, aparece un fundamento político o una posible motivación ideológica. No ocurre lo mismo con su compañero Mauro, “que es un producto de la guerra civil, un hombre a quien en la juventud enseñaron a matar, y bien aprendida la lección, ya no sabe hacer otra cosa” (31). Mauro es representado como el sujeto paciente de la aplicación de una errónea ideología política; ha acabado

por ello como un “harapiento, pordiosero que mal vivía a salto de mata, con las ayudas mendigadas a españoles exiliados como él” (31) en las calles de cualquier ciudad francesa. Mauro es también el resultado de la mala suerte de pertenecer al bando de los vencidos y, como la mera inercia de la violencia como su único recurso hizo de él un criminal, “pasó a convertirse en lo que ahora es: en un ‘huido’, un guerrillero, un bandido, que de cualquiera de estos modos puede llamársele” (31). Así, vemos como se reitera la equiparación en otra narración surgida en la España franquista del plano de la delincuencia común con el de la lucha organizada antifranquista, al utilizarse vocablos como “guerrillero” y “huido” indistintamente con los calificativos de “bandidos,” “ladrones,” etc. Todo ello sirve muy bien a la demonización de la guerrilla, presentándola como un experimento fallido de la lucha por la libertad. Se ejemplifica este proceso de menosprecio, repitiendo de forma reiterada que el guerrillero resistente surgido de la Guerra Civil, objetivado en Mauro,

hace mucho que se ha extinguido para ceder paso al delincuente, al bandido que hoy es . . . En compañía del Valiente, concluyó Mauro su transformación en bandido despojado ya de cualquier tipo de disfraz político. . . . De las cenizas de los ideales, entusiasmos e ilusiones de ayer, pobres y frías cenizas, surgió el fugitivo de hoy, la rata de hoy, el malhechor de hoy. (109-10)

Estos supuestos guerrilleros, “El Valiente” y Mauro, ante el cerco al cual son sometidos por los siempre “implacables” (11) guardias civiles y la enfermedad del primero, se ocultan en un caserío de montaña, forzando a sus habitantes, Juan y su familia, a que les den cobijo en su huida. El miedo y la coacción iniciales van transformándose, gracias al dinero con el que compran

su silencio, en una desmesurada avaricia que llevará a la perdición a la familia de campesinos. De la misma forma que sucedía en las narraciones anteriores, la paz reinante se ve interrumpida con su llegada, en este caso a la casa: “Esta cocina, arrancada de golpe de su secular sosiego por la discordante presencia de esos dos extraños hombres armados” (11). También sus viajes de “negocios” están carentes de toda carga ideológica. Mauro y “El Valiente” no están escapando de la Guardia Civil como luchadores contra el régimen; simplemente ambos se sirven de “el atávico instinto guerrillero que poseía “Valiente”” (20) para desempeñar su ocupación de delincuentes comunes y volver a Francia: “En Francia se vive bien, buenas camas y buenas mujeres para meterlas en ellas. Aunque todo es muy caro y el dinero no es eterno; por eso tuvieron que regresar a esta parte de los Pirineos, a ganarse el jornal del único modo que saben hacerlo” (24-25). El país vecino se convierte en el paraíso en la tierra para estos malhechores: “Francia que les está esperando llena de promesas. Francia la meta deseada, el reposo, el camino real, el monte, nuevos golpes, atracos...es decir su vida, su oficio” (20).

La caracterización de las partidas guerrilleras o de los supuestos guerrilleros es totalmente exagerada, sobre todo la organización a la que se enfrenta el nuevo héroe de la Guardia Civil, Manolo Carmena. No solamente los guerrilleros son criminales sedientos de sangre, ladrones codiciosos o alimañas sin sentimientos, sino que, además, son la mayoría de ellos unos repulsivos pervertidos sexuales que no pierden la menor ocasión para violentar a la hija del campesino al que van a robar, o que ante la mera presencia de una mujer “devoraban su cuerpo con ojos ansiosos” (85). Según la experiencia de Carmena, es de sexo y mujeres de lo que más se habla en el

monte: "Se había convertido en una verdadera obsesión. Aquellos hambrientos sexuales hablaban de los atractivos femeninos con la misma delectación con que unos pordioseros podían hablar de los dulces expuestos en el escaparate de una confitería. . . . Las aventuras con prostitutas tenidas durante la guerra era la nota cosmopolita de aquellas conversaciones" (80). En Testamento en la montaña el factor de la ubicua sexualidad enfermiza de los guerrilleros no es un rasgo que aparezca en la representación de la pareja de fugitivos que forman "Enzo" y "El Bayona." Sí existen comentarios acerca del sexo en el texto, pero carecen del tinte patológico que vimos en La sierra en llamas. "El Bayona," por ejemplo, desde su violenta forma de ver la realidad, posee una concepción de las mujeres como meros objetos sexuales, transmitida por su padre, y así dice: "cuando yo me di cuenta que el gusanillo ya le tenía despierto y empecé a fijarme en las muchachas, él [su padre] me cogió por el cuello y me enteró de todas esas cosas. . . . El viejo me había dicho que todas eran iguales y que en el fondo lo estaban deseando" (172-73). Pero no cumple más que la función de añadir otro detalle a la ruda personalidad de la que le dota Manuel Arce a su personaje. De la misma forma, Muñiz Martín en El ladrido, vuelve a caracterizar a los personajes con una "adormecida lascivia" (91) dispuesta a despertar en cualquier momento, como ocurre con Mauro al encontrar a Luz, la hija de los caseros, con su novio en el henar. Con la muchacha "[c]oncretas apetencias salen de su letargo" (91) y Mauro forzará a la muchacha en diversas ocasiones en la narración, lo que le hace recordar sus experiencias con prostitutas durante la guerra. Queda así demostrada la baja catadura moral del personaje, quien sólo utiliza la fuerza o los servicios de pago en su vida sexual, un rasgo más de la brutalidad que le caracteriza, que

según sabremos después surge de “una concepción tradicional muy masculina, de las relaciones entre los sexos” (159). En el lado opuesto se sitúa “El Valiente,” para quien “las mujeres constituyen simplemente un objeto útil para satisfacer una particular necesidad fisiológica impuesta por el bajovientre. . . . Sin ser indiferente al sexo, ninguna tiranía sin embargo ejerce éste sobre él. Su erotismo no alcanza a turbar la frialdad de mente y la ausencia de sentimientos requeridas por el azaroso oficio que practica” (127-28), y se corrobora esta última afirmación al saber que mientras están “trabajando,” “El Valiente” no permite, ni se permite, ninguna relación con mujeres. Así se lo expone a Mauro diciendo: “Trabajo y mujeres son dos cosas que hay que mantener separadas . . . mientras estemos trabajando, no se abre la bragueta más que para mear” (87).

Forzosamente ligado a este tema aparece el papel de los personajes femeninos en estas narraciones. Ya vimos como en las novelas donde se ensalza el fenómeno guerrillero, la mujer es, salvo la excepción de Concha en Juan Caballero, considerada como ajena a la lucha, un simple obstáculo a ésta, o como algo siempre pernicioso que no trae más que la desgracia a los protagonistas. En las obras surgidas en la otra orilla ideológica su papel va a ser similar. Este es el caso de la mujer de Nando Porrúa en Testamento en la montaña, que planea el secuestro de su marido con “Enzo” y “El Bayona” y no acude a entregar el rescate, enviando a la Guardia Civil en su lugar. Pretende así lograr la muerte de su acaudalado marido y la de sus cómplices. En La sierra en llamas el único personaje femenino de relevancia que aparece es Maruja, una fanática comunista cuyo nombre en clave es “Amapola.” Es inevitable no mencionar que la elección de ambos nombres por Ruiz Ayúcar

rezuma una intensa ironía, y la forma en la que nos la presenta en el texto está cargada de estereotipos negativos relativos a la mujer, como, por ejemplo, debilidad, sumisión, frivolidad, etc., que evidencian un tremendo machismo en la obra. La apasionada militante comunista no participa en la lucha del monte, pero sí en la estructura del buró del Partido Comunista en Madrid, porque, como ella misma afirma, “en las guerrillas las mujeres no servimos más que de motivo de disgustos” (179). Esta cándida mujer, por otro lado, no puede evitar en cuanto conoce al valeroso teniente infiltrado de la Guardia Civil, Manolo Carmena, caer rendida a sus encantos. Carmena, “sin pretenderlo había encarnado el ideal de Maruja; unía la condición de guerrillero a los modales de una educación esmerada, había abandonado una vida cómoda y burguesa para saltar a la sierra con un fusil en la mano, sin más móvil que sus ideales comunistas. Era el príncipe azul, el luchador romántico, el héroe novelesco” (124-25). No pudiendo ser de otra manera, “Amapola” se convierte en la perdición de este héroe atormentado por la atroz vida en el monte que se ve obligado a vivir y las mentiras que ha usado para conquistar a la sicaria de los comunistas. Es Maruja la que acaba con su vida, descerrajándole dos tiros de escopeta en la cabeza, dejando para la posteridad del nuevo orden un mártir más “cuya hidalguía y nobleza estaban acordes con sus ideales de luchador romántico” (207). En El ladrido los personajes femeninos tampoco son representados de forma positiva. La mujer de Juan, Ramona, es descrita desde el primer momento como un animal estrábico: “[c]orpulenta, fuerte, era mujer a propósito para cubrir las necesidades de la casería. Al igual que las vacas, servía para trabajar y parir” (15). Posteriormente será retratada como una mujer codiciosa, que desprecia a su marido por incapaz, y se deja llevar por

delirios de grandeza al ver el dinero que puede llegar hasta sus manos: “avanzan desbocados los ensueños de la mujer por el camino fácil de la gratas ilusiones...” (103). Esta mujer es capaz, llegando al desenlace de la historia, de entregar sexualmente a su hija y de convencer a su marido para que asesine a “El Valiente” y Mauro para quedarse con todo el dinero, lo que va a provocar la muerte de los tres personajes.

Luz, es el otro personaje femenino de importancia de la obra. La hija de Juan y Ramona es caracterizada por Muñiz Martín como una mujer joven, activa sexualmente y consciente del poder de seducción que su cuerpo provoca en los hombres. Pero las ideas preconcebidas con respecto a la relación con el otro sexo, que expresa con sus palabras y acciones, pueden responder a la incultura del medio rural al que pertenece, como se manifiesta en el siguiente fragmento tras ser forzada por Mauro: “No es que Luz experimente remilgo o prejuicio alguno. Para ella, para mentalidad simple y primitiva, la cópula es la finalidad lógica, obligada de las relaciones entre los sexos opuestos, y la mujer un objeto donde el hombre sacia indefectiblemente sus apetencias carnales” (93). De la misma forma, vemos un reflejo de esas ideas después de que su novio la golpease para obligarla a mantener relaciones sexuales; Luz piensa que “No le gusta que su novio la pegue, pero esto es algo inevitable, algo a lo que toda mujer ha de someterse en sus relaciones con los hombres” (85). Luz también intenta seducir a “El Valiente,” quien no hizo caso a sus encantos desde el principio, “por lo que la excepción a esta norma sirve de acicate en ella a la avidez de hembra en celo, estimulada por la inusitada frialdad que demuestra el macho” (124).

A modo de resumen podríamos marcar una serie de características de

todas estas obras en conjunto. En primer lugar, observamos un lógico dominio de la política en el tratamiento de las tramas dentro de las novelas, que va a separar abiertamente las novelas en dos grandes grupos, desde dos lugares de enunciación distintos: los narradores de la izquierda exiliada y los que se mantienen dentro de regla franquista. De esta forma, al darse una fusión entre el juicio político y el juicio ético no puede más que desembocar en dos visiones totalmente maniqueas del fenómeno guerrillero. En segundo lugar, vemos como en las novelas vienen nítidamente expresadas las causas de claro corte existencial por las que los personajes protagonistas han tomado el camino de la lucha en el monte. En las novelas que surgen desde la dictadura franquista los personajes guerrilleros, siempre están empujados por su escasa catadura ética y moral, y no puede ser de otra forma ya que se utilizan como límites los marcados por la norma católica. Se deja así de lado cualquier motivación ideológica, siendo ésta la coartada para llevar una vida fuera de la sociedad. Como tercer aspecto, decir que las referencias al ideario de izquierda sí aparecen en las obras, pese a la censura impuesta por el régimen, pero siempre está representado dicho credo político como algo inalcanzable, una romántica utopía imposible de llevar a la práctica que arrastra hacia el abismo al que se siente atraído por ella. Por tanto, se crean dos modelos de análisis en torno al fenómeno guerrillero, desde el franquismo como simples grupos de criminales que rompen el idílico orden conseguido tras una cruenta guerra entre hermanos y desde la visión idealizada del exilio un repertorio de héroes que ahondan en la necesidad de ideales de lucha en pos de alcanzar la libertad.

Notas

¹ Sin ir mas lejos el caso de la ciudad castellana de Burgos. La capital del bando nacional durante la guerra, que se había sumado de inmediato a la sublevación, es un ejemplo paradigmático de la brutal represión que no distinguía entre las ciudades que se habían opuesto al levantamiento y las que no. Según recientes investigaciones, citadas por Antony Beevor, cifran en torno a las 2.500 personas asesinadas como resultado de las purgas acometidas en dicha ciudad (46).

² El día 1 de setiembre de este mismo año, el juez de la Audiencia Nacional Baltasar Garzón ha solicitado información del Gobierno, la Conferencia Episcopal, varios ayuntamientos y una universidad, la de Granada, con el propósito de confeccionar un detallado censo de fusilados, desaparecidos y enterrados en fosas comunes a partir del día 17 de julio de 1936. Las diligencias del juez Garzón están encaminadas a conocer el nombre de las personas enterradas en fosas comunes como resultado de la represión franquista, las circunstancias y la fecha en que se llevaron a cabo dichos enterramientos y si fueron reflejados en algún tipo de registro oficial. Estos datos le servirán para decidir al magistrado si admite a trámite las solicitudes que le presentaron cuatro asociaciones para la recuperación de la memoria histórica — Cataluña, Valencia, Aragón, Pontearreas—el sindicato CNT y varios particulares para esclarecer el paradero de cientos de fusilados y desaparecidos durante el conflicto civil y durante el periodo dictatorial de Francisco Franco.

³ Sobejano marca dos grupos más de escritores, “los observadores” y “los intérpretes,” en función de su acercamiento a la Guerra Civil. Esta clasificación hace compleja la separación entre la novela escrita durante la guerra y la de la inmediata posguerra ya que muchos escritores pertenecen a ambas, pero puede ser útil para ver la evolución del tema en la novela y como varían los puntos de vista a medida que pasa el tiempo.

Muchos críticos literarios han llevado a cabo una clasificación de la literatura influenciada por la Guerra. Juan Ignacio Ferreras en su obra de Tendencias de la novela española actual 1931-1969, divide la novelística tras la Guerra Civil en dos grandes bloques. En primer lugar el grupo de los novelistas “vencedores,” que lógicamente vivirán en España y apoyarán el régimen franquista y el de los novelistas “vencidos” que se verán obligados a dejar su país por sus posiciones políticas (80-81). Por su parte, José Luis Ponce de León lleva a cabo una clasificación de los escritores entre los “novelistas actores” de uno u otro bando que lucharon por lo que creían era una causa justa. Este grupo a su vez integrará a los exiliados y a los que permanecieron en España, incluyendo tanto a los que apoyaban a los vencedores como a los que sin secundarlos se quedaron en España. En segundo lugar señala un grupo de escritores que por su juventud durante el conflicto no pudieron tomar parte en él, pero que sufrieron sus secuelas o bien en el exilio o bien en la sociedad de la España de posguerra. Por último, existe un tercer conjunto de novelistas que vivieron su adolescencia en España pero que salen del país posteriormente por motivos ideológicos o de otra naturaleza (40).

Maryse Bertrand de Muñoz, por otro lado, en las introducciones de los volúmenes 1 y 3 de su exhaustiva obra bibliográfica sobre las novelas de la Guerra Civil española, divide el corpus novelístico seleccionado en cuatro grandes apartados, conforme a la presencia del conflicto en los textos. Así, coloca en un primer grupo denominado “Guerra vivida” las obras donde la acción de la novela discurre durante el desarrollo mismo de la Guerra. Un segundo grupo llamado “Guerra presentida” donde sitúa aquellas obras en las cuales se percibe que, dadas las

circunstancias sociopolíticas que había venido sufriendo España, la deriva hacia un conflicto bélico es inevitable. En tercer lugar, un conjunto de novelas unidas en torno al epígrafe "Guerra recordada," en las que se recuerdan los dramáticos sucesos acaecidos en los tres años de guerra o se hacen presentes las secuelas directas o indirectas tras el término de la guerra (Guerra 1: 16). Y, finalmente, dentro de "Guerra referida" agrupa las novelas en las que la Guerra Civil aparece escuetamente o como un acontecimiento ya distante en el tiempo (Guerra 3: 26).

⁴ En la mayoría de las bibliografías esta obra aparece como de 1945, pero ya existía una primera versión de 1938. La edición utilizada en este trabajo es la reedición llevada a cabo por la editorial Anthropos en 1986, con prólogo de María Zambrano, dentro de la colección Memoria Rota.

⁵ Esta obra, pese a ser publicada en 1953 fue escrita, según las propias palabras de Pablo de la Fuente, en 1944 y posteriormente fue premiada en 1949 en el Concurso de la Alianza de Intelectuales de Chile.

⁶ Carl Jung, creía en la existencia de imágenes originarias o arquetipos que conforman un inconsciente colectivo humano. Los arquetipos configurarían la manera en que la consciencia humana experimenta el mundo y se autopercibe; por otro lado, llevarían en su interior las respuestas posibles a un examen en profundidad, en un preciso momento, en la conducta particular de un individuo. Así pues, Jung postulaba que los arquetipos intervienen en la conducta de todos los seres humanos, lo que le permitió afirmar la existencia de un inconsciente colectivo, una especie de memoria biológica común (Símbolos 165-75).

⁷ Joseph Campbell toma el término de "monomito" del libro de James Joyce Finnegans Wake. Con este concepto quiere expresar precisamente ese recorrido circular que el héroe ha de emprender y que el protagonista de James Joyce lleva a cabo en la obra.

⁸ Este esquema circular de la aventura del héroe dividido en tres etapas, separación— iniciación—retorno, no es tan sencillo como pudiera parecer. Campbell lo explica en profundidad con una serie de subdivisiones dentro de cada etapa. Así la fase de la separación la dividirá en, "'La llamada de la aventura,' o las señales de la vocación del héroe; 'La negativa al llamado,' o la locura de la huida del dios; 'La ayuda sobrenatural,' la inesperada asistencia que recibe quien ha emprendido la aventura adecuada; 'El cruce del primer umbral,' y 'El vientre de la ballena,' o sea el paso al reino de la noche.'"(40) La etapa de iniciación tendrá a su vez seis divisiones: "'El camino de las pruebas,' o del aspecto peligroso de los dioses; 'El encuentro con la diosa' (Magna Mater), o la felicidad de la infancia recobrada; 'La mujer como tentación,' el pecado y la agonía de Edipo; 'La reconciliación con el padre,' 'Apoteosis,' y 'La gracia última'"(41). El retorno y posterior integración en la sociedad lo divide en otras seis partes: 'La negativa al regreso' o el mundo negado; 'La huida mágica,' o la fuga de Prometeo; 'El rescate del mundo exterior; 'El cruce del umbral del regreso,' o la vuelta al mundo normal; 'La posesión de los dos mundos;' y 'Libertad para vivir,' la naturaleza y función de la gracia última"(41). En un ciclo heroico escogido se podrán reconocer parte o la totalidad de estas divisiones, apareciendo adaptadas a las necesidades simbólicas del contexto en el cual surja la figura del héroe.

⁹ Parece vislumbrarse aquí el reproche que desde diversos ámbitos de la izquierda se lanzó contra las mujeres tras la victoria de la derecha en las elecciones de 1933, en las que participó ampliamente la población femenina. Desde la mayoría de los partidos de izquierda se

consideraba que las mujeres no estaban todavía preparadas para asumir la responsabilidad que conllevaba el derecho al voto, al no estar completamente independizado su criterio con respecto a la Iglesia y la familia. Se temía así que su voto, eminentemente conservador, supusiese un peligro para la República. El derecho al voto se tradujo en una agria polémica en las Cortes entre la diputada del Partido Radical, Clara Campoamor, y Victoria Kent, de Izquierda Republicana, a favor y en contra del sufragio universal respectivamente.

¹⁰ Paloma Aguilar Fernández dedica un apartado de su libro a la historiografía franquista y a los manuales de Historia dedicados a la educación, que, si bien no es un estudio exhaustivo, retrata perfectamente el intervencionismo del aparato propagandístico del estado en el aprendizaje de la juventud española en la época franquista.

¹¹ No podemos dejar de mencionar, desde luego, que en el fenómeno de la lucha guerrillera de posguerra coexisten otros tipos de formas de resistencia social como los "expropiadores sociales," que perfectamente caracteriza Hobsbawm, y de forma más reducida con los individuos dedicados al mero bandidaje como medio de subsistencia. Serrano afirma que los últimos guerrilleros que van quedando en los montes a partir de 1950 terminan siendo considerados como expropiadores o bandidos, al estar situados al margen de las organizaciones políticas que ya no legitiman la lucha armada. Se convierten en "un elemento aislado incapaz de manejar la situación que los ha superado" (255).

CAPÍTULO 3

LA NUEVA MEMORIA DE LA GUERRILLA ANTIFRANQUISTA

En los primeros años de este nuevo siglo XXI una rápida mirada a los estantes de librerías y carteleras cinematográficas españolas nos deja en la retina la tremenda profusión de nuevos títulos centrados en la última contienda civil española de 1936 y del posterior periodo dictatorial. Esta eclosión de nuevos acercamientos al acontecimiento más influyente de la historia de España en el pasado siglo XX, nos muestra de forma evidente que son dos circunstancias —Guerra Civil y dictadura— de nuestro devenir histórico que están de moda. Por un lado, suponen una parte importante del montante de ingresos para las editoriales y por otro, responden al interés de generaciones nuevas de lectores españoles de retirar de una vez por todas el velo que todavía cubre esa parte tan importante de nuestro pasado. La pretensión de muchos de los narradores que se embarcan en la empresa de dedicar su obra literaria a la memoria de dichos sucesos es dejar constancia de como dicho pasado nos es todavía presente y nos afecta en nuestra vida diaria. Por ello, intentan completar el intersticio que existe entre la labor historiográfica y una audiencia más heterogénea utilizando la producción narrativa como vehículo apropiado a dicha labor. Así pues, observamos como el combate que se vino produciendo entre las diferentes “Españas” a lo largo de casi cuatro décadas, y que fue silenciado durante la transición a la democracia, ha pasado a ocupar en poco más de veinte años un lugar de

privilegio en el interés de la sociedad española. No puede sorprendernos, por tanto, que esta atracción por el pasado esté estrechamente vinculada a un éxito en el campo literario y cinematográfico, ya que la ficción, con todas sus posibilidades representacionales, es quizás más asequible al común de los lectores que los acercamientos del conocimiento historiográfico y posee una capacidad poderosa de abordar los acontecimientos traumáticos.

En el capítulo anterior hicimos referencia a las “memorias generacionales,” concepto que Julio Aróstegui utiliza como mecanismo de emplazamiento cronológico de los diferentes tipos de memoria existente dentro de una colectividad, los cuales se relacionan de forma dialéctica entre sí y se ven afectados por los cambios que se producen en dicho grupo poblacional (78). La tercera de estas memorias a la que hace referencia Aróstegui es la “memoria de restitución o reparación” encarnada en los llamados “nietos de la guerra,” quienes estarían sometiendo a una profunda revisión crítica las causas, el desarrollo y desenlace de la Guerra Civil, la etapa dictatorial y la posterior transición hacia la democracia. Aróstegui a su vez se pregunta cómo, a quince años vista, la concepción de memoria se ha transformado desde una memoria de “reconciliación” a otra de “reparación.” Argumenta que este cambio se ha producido al darse un cambio sustancial en la forma en que los individuos de este nuevo grupo generacional se enfrentan con nuestro pasado traumático de la Guerra Civil y la dictadura. Estas nuevas generaciones de españoles consideran que para conseguir que España sea de una vez por todas un país totalmente democrático ha de saldar cuentas con el pasado a través de la recuperación de la memoria, es decir, “la sustanciación con las víctimas, muchas de ellas anónimas todavía, de su nombre y su

dignidad moral, que es la más incisiva forma de recuperación de su memoria” (91). Desde este lugar de enunciación, el de los hijos y los nietos de los que participaron en la guerra o la vivieron de cerca, es de donde surge una amplia narrativa que vuelve sus ojos a aquellos días. El escritor puede formar parte o no de uno de estos grupos, pero ineludiblemente, como elemento integrante de la sociedad española, hace valer su papel como “*homo agens*”¹ sobre el acontecimiento de la Guerra Civil. Pese a que corrientes en la crítica literaria, sobre todo el Nuevo Criticismo, han intentado explicar el texto literario como un ente autónomo aislado del contexto histórico social en el que surge, alejado de cualquier intención del escritor y de la posible respuesta del lector, consideramos la imposibilidad de negar que el novelista es un individuo cuya posición activa en la esfera pública de la sociedad posibilita que su capacidad de rememoración trascienda el ámbito de su individualidad para convertirse ésta en un acto público y, por tanto, compartido socialmente. Así, el generador del discurso narrativo transmitirá sus recuerdos personales sobre la guerra a las memorias de sus posibles lectores. De esta manera, la forma asumida por el novelista para re-presentar el hecho de la Guerra Civil, repercutirá en el modo en que el recuerdo se sedimentará en la parte de memoria colectiva que conforman las memorias de sus receptores. En este caso concreto de la guerrilla antifranquista, el texto literario se convierte en archivo de los datos que fueron vetados por la Historia oficial. Como afirma Gonzalo Navajas acerca de la empresa literaria, “el texto se aproxima a la [A]rqueología en cuanto que descubre y pone al descubierto lo que está oculto y enterrado y que, con el tiempo, ha quedado desconocido u olvidado por todo el mundo. Ésta es una función éticamente valiosa ya que asume para el

texto la defensa de agentes marginados y olvidados de la [H]istoria" ("Historia" 259). Es llevar a cabo, por lo tanto, la creación de un "contra-discurso"² que ponga en evidencia lo que el discurso épico franquista afirmaba acerca de la lucha guerrillera, o más bien lo que silenciaba en su propio beneficio. De esta desvinculación entre el discurso heroico de la Historia oficial y el discurso "otro," derivará "una modelación de la realidad que excluye o limita formas del recuerdo narrativo que monumentalicen o mitifiquen, sin poner en cuestión la necesidad y la importancia del recuerdo mismo" (Penzkofer 171), haciendo que pasen a formar parte de la memoria colectiva de los españoles.

Este re-surgimiento de un copioso número de novelas de corte realista, enfocadas en dar nueva luz a ese pasado histórico, no está justificado únicamente por el ejercicio de la libertad que confiere el vivir en democracia. Debemos considerar a su vez que los acontecimientos trágicos de aquellos días y la memoria de las víctimas se niega obstinadamente a desaparecer de nuestra escena cotidiana política y social. La investigadora estadounidense Jo Labanyi ha aplicado con profundidad en la novelística y la cinematografía española la noción de "fantasma" o "espectro," que Jacques Derrida utiliza en su obra Espectros de Marx. Labanyi observa que para Derrida "ghosts are the traces of those who were not allowed to leave a trace; that is, the victims of history and in particular subaltern groups, whose stories—those of the losers—are excluded from the dominant narratives of the victors" ("Constructing" 1-2). En otro artículo del 2000, Labanyi postula la existencia de diversas clases de espectros, así como diferentes formas en que el individuo puede lidiar con ellos, y así dice:

One can refuse to see them or shut them out, as the official discourses of the State have always done with the various manifestations of the popular imaginary, where for good reasons ghosts stories are endemic. One can cling to them obsessively through the pathological process of introjection that Freud called melancholia, allowing the past to take over the present and convert it into a 'living death.' Or one can offer them habitation in order to acknowledge their presence, through the healing introjection process that mourning, which, for Freud, differs from melancholia in that allows one to lay the ghost of the past to rest by, precisely, acknowledging them as past. ("History" 65)

Las dos primeras posiciones a la hora de combatir dichos fantasmas, según Labanyi, producirían una negación de la Historia. No obstante, la alternativa propuesta en último lugar, la de reconocer la presencia de ciertos espectros del pasado y aceptar el pasado como acabado, posibilitaría la aceptación de nuestra deuda histórica con nuestra Historia ("History 66). De la misma forma, estos fantasmas que nos siguen visitando hoy con insistencia, no deben ser exorcizados para expulsarlos de nosotros, sino para otorgarles el derecho de una memoria acogedora, "[an] hospitable memory . . . out of concern for justice" como afirmaba Derrida (Labanyi, "History" 66). A partir de esta última consideración surge que entre muchos de los escritores que publican sus obras tras el periodo dictatorial y llegando hasta nuestros días exista un marcado interés en llevar a cabo un ejercicio de rememoración de aquella parte de nuestra Historia que fue objeto de la represión del bando vencedor y que, como consecuencia, se intentó mantener silenciada a gran parte de los españoles. Los novelistas que han sido seleccionados para este estudio, sugieren la existencia de estos espectros de nuestro pasado y se lanzan

a una doble tarea: por un lado la de rehabilitar la memoria proscrita de las víctimas, y, por otro, la de intentar conceder una memoria colectiva española más generosa de la que han disfrutado hasta ahora. Así pues, la memoria en sí misma, o la creación de una memoria de las víctimas, así como el discurrir del tiempo, van a ser parte fundamental de muchas de estas novelas. Esto va a llevar aparejada la modificación en la representación de los personajes novelísticos, apreciándose en muchos de los casos un balance entre el discurso social y el desarrollo existencial del personaje.

En cuanto a las novelas que se centran en el fenómeno guerrillero antifranquista y en “los huidos,” podemos distinguir dos diferentes bloques de obras desde el periodo de la transición. Un primer grupo estaría compuesto por aquellas novelas en las cuales el discurso narrativo de la construcción del personaje guerrillero o “el huido” está marcado por el discurrir del tiempo y la memoria, convirtiéndose estos dos factores a su vez en los ejes articuladores de la estructura narrativa de la obra. Las obras de Manuel Villa Raso, La Pastora: el maqui hermafrodita (1978), Luna de lobos (1985), de Julio Llamazares, y Maquis (1997), de Alfons Cervera, que comentaremos brevemente en este capítulo, son ejemplos paradigmáticos de este proceso de articulación narrativa. En otro apartado podríamos encuadrar novelas muy recientes en el tiempo que son mucho más heterogéneas en su adscripción genérica. Existen ejemplos donde el fenómeno guerrillero da cuerpo a novelas de los géneros más variados, desde novelas históricas a novelas negras, pero tiene en común el reflejar las posiciones políticas en boga en los últimos años orientadas a la exigencia de activación de los procesos para la recuperación de la memoria sobre los guerrilleros antifranquistas. En este grupo incluiríamos las novela de

Ramón Acín, Siempre quedará París (2005), ¡Hasta siempre camaradas! (2006), de Raúl Tristán, y Caballeros de la Muerte (2006), de Alejandro Martínez Gallo, todas ellas novedosos ejemplos de este acercamiento de la ficción al tema de la resistencia guerrillera antifranquista y sus implicaciones con el presente.

Las obras de Villa Raso, Llamazares y Cervera, aparecidas en un momento en que la sociedad española se despertaba del idílico sueño que constituyó la transición a la democracia, pueden ser consideradas como las precursoras de la necesidad de indagar en muchos de los silencios impuestos por el franquismo, de intentar sellar muchas de las heridas cerradas en falso durante el periodo dictatorial. La tenaz lucha de aquellos que resistieron en los montes hasta su último aliento, por salvar su propia vida o devolver a España su libertad arrebatada, serán el objeto de estas novelas de recuperación de su memoria. Así pues, los novelistas van a escoger aquellas marcas y vestigios del pasado casi ocultos para transformarlos en ingredientes de sus narraciones con la intención de corregir los trastornos producidos en la memoria colectiva de los españoles, fosilizada tras casi cuarenta años de hegemonía narrativa del franquismo en la novelística de la guerrilla. La idea de utilizar la ficción como un remedio válido para subsanar errores en la memoria colectiva se opone en cierta medida a lo que Maryse Bertrand de Muñoz sostiene acerca del papel de la Guerra Civil y sus consecuencias en la novelística actual. Afirma Bertrand de Muñoz que donde aparece el tema de la Guerra Civil ésta “sigue siendo absolutamente necesaria al desarrollo de la trama pero ya no se utiliza para justificar una ideología precisa, ya no sirve más que de pre-texto para relatar conflictos eternos, para dar cuenta de una

condición humana, degradada si se quiere pero perenne" ("Presencia" 13, "Mitificación" 244). De la misma forma se pronuncia Ken Benson sosteniendo que "las novelas sobre la guerra civil española carecen de una perspectiva ideológica . . . la verdad histórica está supeditada a la verdad del destino individual independientemente de sus principios éticos" (164). Darío Villanueva coincide con estas afirmaciones, considerando la guerra como un "marco reiterado para proyectos narrativos que no tienen como propósito fundamental el conflicto bélico en sí mismo. . . . Son, pues, narraciones que se sirven de la contienda fratricida del 36 como pretexto siempre transcendido a favor de planteamientos mucho más abiertos, en lo intelectual, y sobre todo, en lo estético, que los que caracterizan aquella otras novelas de la guerra propiamente dichas" (49). Es innegable que estos temas eternos— cuestionamiento de la identidad, creación de la misma, etc.—a los que se enfrenta el ser humano que aparecen en dichas construcciones narrativas y con formas estéticas novedosas rompen con la novela monocorde del binarismo entre héroes y villanos anterior. No podemos negar, sin embargo, que este proceso de recuperación de la memoria de historias silenciadas durante tanto tiempo que se viene dando en la novela actual española es un acto tremendamente cargado de ideología, como ya vimos en el capítulo introductorio de este trabajo, y rezuma en estas nuevas novelas de la guerrilla. Por otro lado, vemos como esta nueva generación de escritores a la que pertenecen Villa Raso, Llamazares y Cervera, al convertir la memoria colectiva en materia ficcional, hacen que ésta se transforme en un tema accesible y muestre la heterogeneidad que la constituye. Este deseo de indagar en la memoria cautiva y desarmada de los vencidos se produce, como afirma

Maurice Halbwachs, cuando una sociedad atraviesa por momentos trascendentales de cambio, como fue el caso de la coyuntura extremadamente delicada en la que España se encontró durante el proceso de la transición. La memoria colectiva de dicho grupo bascula entre los recuerdos de las etapas anteriores y posteriores: "En realidad, hay dos tiempos en los que se conservan dos marcos de pensamiento, y tan pronto hay que situarse en uno como en otro para recuperar los recuerdos en cada uno de los marcos en los que se localizan" (125).

No podemos olvidar tampoco que el tema de la memoria en la novelística española contemporánea no es un objeto nuevo de estudio. David Herzberger, en su artículo "Narrating the Past: History and the Novel of Memory in Postwar Spain," avanza lo que desarrollará más en profundidad en su ya obra de referencia, Narrating the Past. Fiction and Historiography in Postwar Spain, esto es, el rol que desempeña la memoria en la novela del periodo posterior a la Guerra Civil. Para el crítico estadounidense la "novela de la memoria" lleva a cabo su operación rememorativa del pasado por medio del recuerdo personal, así como de la utilización de un discurso narrativo basado en primera persona, ya que este punto de vista refuerza la supuesta verosimilitud de los acontecimientos históricos que se narran. La novela de la memoria, continúa Herzberger, representa al sujeto al utilizar la primera persona, ya que este individuo está embarcado en su propia autodefinición ayudado por la combinación del presente y del pasado en el proceso de rememoración. Este proceso siempre se produce en un intercambio entre dos instancias: el "yo" que se intenta autodefinir y esta reafirmación del yo inscrita en el curso del ocurrir de la Historia. De esta forma, la Historia adquirirá

una trascendencia vital, ya que ubica al sujeto en un marco temporal "auténtico" y le sirve de trasfondo para situar a los diversos personajes, apoyar o echar por tierra modelos de pensamiento o simplemente manifestar un cierto tipo de ideas. En la narrativa de la memoria de la posguerra, la Historia no se ubica en pensamiento individual como una imposición sino que se va a manifestar en el pensamiento y en las reflexiones de los personajes. Así pues, este tipo de novela de la memoria reclama un punto de vista diferente acerca de las supuestas "verdades históricas," reconociendo que comprender la Historia es ponerla en boca del individuo en el presente histórico en el que se halla éste. Es decir, la novela desentraña el pasado y reelabora el eventual saber histórico en una maraña de correspondencias entre la Historia y el sujeto ("History" 35-38). Así pues, Herzberger definirá las novelas de la memoria como "those fictions in which the individual self seeks definition commingling the past and the present through the process of remembering" (Narrating 67), pero estas nuevas novelas de la memoria no se ajustan totalmente a este modelo explicativo. Están más próximas a la definición de novela de la memoria planteada por Gonzalo Sobejano, donde los acontecimientos históricos se entienden como un todo acabado, apareciendo este pasado como rememoraciones a veces aisladas desde el presente donde se sitúa como lugar de observación. Este crítico, a su vez, plantea la diferenciación entre la novela de la memoria de la década de los setenta y la novela testimonial precedente, la cual "captures a reality that the author has witnessed directly, while a book of memories represents, in writing, what the author recalls having experienced" (184). Pero si nos fijamos detenidamente, estos dos tipos de novelas de la memoria planteadas por Herzberger y Sobejano, se

corresponden con narradores que sufrieron la guerra y sus consecuencias. Los narradores que proponemos aquí no han vivido la experiencia de la guerra, pero escriben sus obras tomando como referente aquellos acontecimientos, estableciéndose así en definitiva un diálogo con el pasado desde el presente. Por tanto, quizás sería conveniente añadir una nueva variable que defina un poco más el lugar de enunciación en el que se sitúan estos novelistas. Este nuevo concepto nos lo proporciona Marianne Hirsch, quien propone el término “postmemory” como una categoría explicativa significativamente diferente a la de memoria, ya que para Hirsch, “[p]ostmemory is distinguished from memory by generational distance and from history by deep personal connection. Postmemory is a powerful and very particular form of memory precisely because its connection to its object or source is mediated not through recollection but through an imaginative investment and creation” (22). Consideramos que este concepto de “postmemoria” afianza sustancialmente la capacidad representacional de estos novelistas que no son testigos directos de aquel pasado. Como explica Hirsch, “[p]ostmemory characterizes the experience of those who grow up dominated by narratives that preceded their birth, whose belated stories are evacuated by the stories of the previous generation shaped by traumatic events that can be neither understood nor recreated” (22).

Así pues, evidenciando lo expuesto por Hirsch estos novelistas apuestan en sus obras por el lenguaje de la memoria, un lenguaje que, como señala Kathleen Vernon, posee dos horizontes discursivos: “un primer nivel metafórico que considera la memoria como vehículo de información y como instrumento de comunicación y contacto entre diferentes personas, grupos o

generaciones más o menos alejados en el tiempo y el espacio, y un segundo nivel, en cambio, más técnico y más específico en cuanto a la función literaria de la memoria" (429). Ya Walter Benjamin afirmó en "The Story Teller. Reflections on the Works of Nikolai Leskov" que "[e]xperience which is passed on from mouth to mouth is the source from which all storytellers have drawn. And among those who have written down the tales, it is the great ones whose written versions differs least from the speech of the many nameless storytellers" (84). Villar Raso, Llamazares y Cervera aúnan estos aspectos articulando un universo de ficción orquestado por las evocaciones que despertaban cuando eran niños, las charlas con sus mayores más cercanos, en este caso concreto acerca de los guerrilleros y los huidos al monte, figuras ya casi legendarias para los habitantes de aquellas zonas de España. Se consigue preservar así esa parte concreta de la memoria colectiva, relacionando las diferentes generaciones y su particular aproximación a dicha materia memorable. Sirvan de ejemplo el caso del escritor leonés Llamazares y del valenciano Cervera. Llamazares desde la columna que semanalmente escribía para el periódico El País manifiesta que parte de su novela Luna de lobos está inspirada en "los cuentos que de los hombres del monte me contaron" ("Adiós"), siendo uno de sus protagonistas Gregorio García Díaz, alias "Gorete," una de aquellas personas a las que sus convicciones les hizo echarse al monte y que "alimentó de leyendas las largas noches de invierno y los días de mi infancia" ("Adiós"). Como apunta Nicolás Miñambres, "esta referencia a lo perdido será el pretexto del que se valga el novelista para conformar una encendida evocación de la tierra y de estos hombres" (27). La combinación en la obra de Llamazares de los componentes de ficción, junto a los pormenores

geográficos e históricos que se nos proporcionan en el texto, hacen que lo narrado se convierta de forma acentuada para el lector en un “ejemplo elocuente de una experiencia colectiva vivida en el pasado” (Beisel 198). Llamazares reúne los mitos que dan forma a la memoria colectiva de la sociedad a la que pertenece y que está a punto de desaparecer, “el nombre de Gorete nos trae recuerdos de un tiempo que ya se ha ido y de un mundo en el que los cuentos servían para decir lo que la radio callaba” (Llamazares “Adiós”). En el caso de Cervera, en una entrevista publicada en la revista Quimera, el escritor valenciano, perteneciente a aquella generación de los niños de la década de los años cincuenta, asume como germen de su trilogía de la memoria el imaginario con el que crecieron todos ellos.³ Fue un periodo sombrío de nuestra Historia, según la opinión del novelista valenciano, lo que motivó que “precisamente para huir de todo lo que aquella época tenía de oscuridad, de miedo, nos refugiábamos en aquellos relatos, que o bien nos contaban o bien nosotros mismos inventábamos a partir de lo que nos contaban” (Tyras, “Voces” 35). Villar Raso, por su parte, articula su novela en torno a las diferentes memorias que de “La Pastora,” Teresa (Florencio) Pla Messeguer, se tienen en el Maestrazgo turolense de este guerrillero, elevado en la zona ya a la categoría de mito colectivo. El relato se desarrolla de la mano de un narrador-investigador, que a veces se confunde con el propio escritor, que recorre los pueblos del área donde nació y actuó el famoso guerrillero, recopilando información de los mayores con la intención de escribir un libro sobre “La Pastora.” La novela pone especial énfasis en mostrar la imposibilidad de que exista una única memoria acerca de este personaje, ya que son en muchos casos recuerdos divergentes y en otros totalmente

opuestos, dependiendo de quien lleve a cabo el acto de recordar. Es esta pluralidad de memorias el aspecto que, a mi entender, se valora de forma provechosa a lo largo de toda la novela, confiriéndole a esos recuerdos discordantes un papel de extrema importancia como materia prima ficcional y a la historia y al personaje de “La Pastora” su profundidad. Navajas considera que este intento de re-construcción de un tiempo y re-creación de un espacio cargado de nostalgia por parte de los narradores actuales mediante el uso de material memorístico, es una característica del período novelístico en el que se encuentra la novela española en la actualidad, y que él denomina “neomoderno.” En dicha etapa, según Navajas, se reconsideran los principios de la posmodernidad y se abren nuevos modos conceptuales, axiológicos y estéticos” (Más allá 23).⁴

La pastora: el maqui hermafrodita

En esta narración confluyen diversos aspectos sobre las diferentes representaciones de la guerrilla en la novela contemporánea española. Primero, la ficcionalización de la vida de un personaje guerrillero, cuya indefinición sexual consideramos es el elemento más relevante en su elección como personaje principal de la novela, en un momento histórico donde las identidades sexuales y sus aledaños eran todavía un asunto tabú en la sociedad española de finales de los años setenta, que empezaba a desembarazarse de la represión sexual del régimen franquista. Villa Raso pretende explorar con esta novela esta apertura del contexto sociológico español de represión, tanto en materia sexual como política; ambas son facetas de la sociedad española que se mantuvieron lógicamente al margen por las

propias características del régimen totalitario nacional católico franquista.⁵ Así pues, en la novela vamos a encontrar un sinfín de referencias a las técnicas represivas del régimen y también al sexo, estas últimas de mayor o menor procacidad (no olvidemos que la censura ha dejado de funcionar en España en estos años).⁶ Según Mercedes Yusta Rodrigo, esta novela solamente “hace hincapié en los aspectos más morbosos de la historia de Teresa Pla” (370), pero es innegable que el público está interesado por estos temas y desea un enfoque nuevo al respecto. Otro elemento de gran importancia, sino el más relevante, es el papel que juega la gestión de las diversas memorias recogidas por el narrador-investigador en la re-presentación del personaje de Teresa/Florencio de la estructura narrativa, que nos sirven de ejemplo para observar la heterogeneidad inherente en la composición de la memoria colectiva de un grupo. Por último, un aspecto muy interesante es observar como se establece una relación dialéctica entre el discurso histórico y el de ficción en relación con el personaje de “La Pastora,” donde se mezclan ambos discursos narrativos en el intento de esclarecer el devenir vital de Teresa/Florencio.

Esta novela aparecida en el año 1978 comienza con dos dedicatorias. La primera de ellas dice: “Homenaje a TERESA (FLORENCIO) PLA MESSEGUER y a tantos patriotas que como ella (él) lucharon desinteresadamente” (7). Con estas palabras ya se advierte al posible lector lo que se va a encontrar en las páginas siguientes: un intento de rehabilitar la figura de este guerrillero que, como tantos otros, se opusieron al franquismo. Con la siguiente dedicatoria, que nos remite a un tal Fernández Segura, quien supuestamente enseñó a escribir al novelista, se ha conseguido poner en el mismo plano de realidad al personaje principal. Notamos también la duplicidad identitaria que desea

marcar Villar Raso, al colocar los dos nombres propios por los que era conocida "La Pastora." Esta indefinición de la identidad sexual del personaje es uno de los temas desarrollados en el texto, siendo este asunto sexual el elemento que inevitablemente marcará la evolución del personaje en la ficción, así como inferimos debió suceder de forma paralela en el personaje de la vida real. De esta forma lo expresa el narrador al inicio del texto: "Su vida habría sido muy distinta si, en vez de Teresa, le hubieran puesto Florencio o Juan en la pila del bautismo" (11) y si no se hubiese decidido de forma arbitraria el sexo que le correspondía con el cura del pueblo (14). Vemos también con este ejemplo de forma elocuente como el sexo y el género, ambas construcciones culturales, se convierten en un medio de disciplinamiento social por parte del Estado franquista. Como apunta Judith Butler, los límites que acotan estos dos conceptos de sexo y género son establecidos "dentro de los términos de un discurso cultural hegemónico" (59). En este caso observamos como el discurso ultracatólico del Estado franquista fuerza a la familia Pla Messeguer a aceptar para su descendiente entre lo masculino y lo femenino como únicas opciones posibles mediante la elección del cura, una instancia de poder más del régimen.

Poco se sabe de la Teresa real; como afirma Yusta Rodrigo, "sólo sabemos de la Pastora lo que otros cuentan sobre ella. . . pero los datos fiables son muy escasos" (369). Nace en Vallibona, un pequeño pueblo del Maestrazgo turolense en una comarca montañosa poco poblada limítrofe con la provincia de Castellón, cuya economía estaba basada en las explotaciones agrícolas, ganaderas y forestales, organizada socialmente con unas fuertes estructuras patriarcales, donde perviven aun rasgos precapitalistas (Yusta

“Mito” 367).⁷ Esta región estuvo durante el último lustro de la década de los cuarenta intensamente influenciada por la actuación de la guerrilla antifranquista, sobre todo por la AGLA (Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón).⁸ Suponemos que estas reminiscencias de usos sociales arcaicos en zonas donde la cultura en la época no había prendido todavía hacían que la vida de personas como Teresa Pla fuese extremadamente difícil. Un ejemplo meridiano de esta in-cultura la demostró el ingenuo padre de la Teresa/Florencio real, al inscribir primero a su hijo como hombre; después, “un amic que havia fet la guerra a Cuba el va convèncer perquè m’apuntara [en el registro civil] com a dona, ja que a causa de la meua anomalia sería un compromís en el moment de fer el servei militar,” como él mismo declara en 1988 en una entrevista concedida a Miquel Alberola de la revista Els Temps, donde también afirma que nadie de su familia le explicó nunca quien era él en realidad (Alberola). En un instante dado, la ignorancia estructural que aquejaba a la sociedad de la época y la represión del estado franquista se funden, de la misma forma que la realidad y la ficción de La Pastora. Es el momento cuando Teresa es asaltada por una patrulla de la Guardia Civil y forzada a desnudarse por aquellos que desde hacía tiempo les intrigaba saber cómo era aquel ser que poseía ambos sexos y la consideraban sospechosa de ayudar o pertenecer a la guerrilla (Villar Raso 93-95, Alberola). Esa circunstancia se convierte en el punto de no retorno para ambos personajes, el real y el novelesco, y la obliga a echarse al monte. Teresa acoge la vida de las armas pero también la identidad sexual que dentro de sí pugnaba por salir: “– No soy mujer. . . . –Me llamaré Florencio” (96).

La novela ficcionaliza la vida de Teresa/Florencio a través de la

supuesta verdad que guardan los recuerdos de las personas que conocieron a Teresa o que vivían en los pueblos cercanos. Una de esas personas de las que recaba la información, al preguntársele cómo sabe tanto sobre “La Pastora,” responde abruptamente: “Lo importante es que lo sé y que lo que he dicho es la verdad “(79). Pero si confrontamos cada una de esas memorias, es cierto que poseen ciertos puntos en común, aunque no son exactamente iguales y están muy influenciadas por la ideología de la persona que cuenta: “Con las versiones de estos hombres sucedía lo que con los negocios, cada uno contaba de la feria según le había ido. Los había simpatizantes de la guerrilla . . . y miraban con desconfianza . . . y otros que, por complicidad con el régimen . . . combatían hasta la menor sospecha sobre los agentes del orden”(105). Para unos “La Pastora” era una mujer mientras que para otros era un hombre; unos piensan que se comportaba como una madre con los guerrilleros e incluso ejercía el mando táctico de la partida mientras que otros, al contrario, opinan que solamente se dedicaba a proporcionar servicios sexuales a los bandoleros y a limpiar el campamento. En definitiva, todos estos testimonios son el collage de evocaciones individuales, que en su conjunto nos brinda la memoria colectiva que los habitantes de esa zona del Maestrazgo poseen sobre “La Pastora” y que nuestro narrador-investigador va utilizando para la construcción de su libro. A través de estas múltiples conversaciones, y al contrastar esa información con lo que dicen los archivos históricos, es decir, la supuesta versión oficial, se mantiene la técnica del alejamiento objetivo como recurso de articulación narrativa.

El tercer aspecto que comentábamos al inicio del análisis de esta novela está estrechamente relacionado con la utilización de la memoria individual en

la construcción del relato, que nos lleva a percibir claramente la concomitancia que se establece entre los tres discursos—memorístico, histórico y ficcional— en el caso concreto de la historia de “La Pastora.” Nos sirve de ejemplo claro de como los tres modos discursivos no están tan alejados los unos de los otros como podríamos pensar, sino todo lo contrario: todos ellos utilizan esa zona porosa de contacto que comparten, que es el terreno textual, para autoafirmarse. Así, la memoria, siendo uno de los ingredientes indispensables de la Historia, se reafirma y enmascara hasta cierto punto su subjetividad inherente, al apoyarse en la imparcialidad manifiesta que se le supone al discurso histórico, aunque, como vimos en el primer capítulo de este estudio, esa neutralidad es algo más que compleja, epistemológicamente hablando. Por su parte, el discurso histórico utiliza en muchas ocasiones el discurso memorístico como prueba, hasta cierto punto palpable, de la pertenencia al mundo real de sus afirmaciones.⁹ La historiadora de la guerrilla en el Maestrazgo, Yusta Rodrigo, nos confirma que “la lucha clandestina deja pocas huellas tras de sí que puedan ser empleadas por el historiador-a . . . Por ello, el grueso de nuestra información acerca de las mujeres del AGLA proviene de fuentes orales”(369). Vemos, por tanto, que la confirmación del uso de la memoria como materia prima del discurso histórico es en este caso necesario. También afirma Yusta Rodrigo, y no sin razón, que este personaje ha pasado a la memoria colectiva de la zona por su gran carga simbólica:¹⁰ una mujer que sufre un episodio de violencia de índole sexual y que tras él, por venganza, se “echa al monte,” donde su actuación es extremadamente violenta, eclipsando al resto de mujeres guerrilleras que tuvieron un papel más importante que la famosa “Pastora” en la lucha antifranquista (370). Esta historiadora ha llegado

a la conclusión de que la novela de Villar Raso, dada la gran difusión que tuvo en el Maestrazgo, ha llegado a influenciar de forma importante la memoria colectiva del área, introduciendo detalles que sólo aparecen en la novela en los recuerdos de los habitantes, como por ejemplo el término “hermafrodita” que, según Yusta Rodrigo, “seguramente no se halla en su vocabulario de uso corriente” (370) y que es parte del título de la novela. Podemos observar pues, lo maleable que es nuestra memoria y por ende la memoria colectiva del grupo con el que nos identificamos, convirtiéndose “La Pastora” en un ejemplo por antonomasia de la absorción de un mito literario por parte del recuerdo común de un grupo.

Luna de lobos

Desde la primera página de Luna de lobos, podemos observar como Llamazares en el arranque de su faceta como novelista, muestra la voluntad de utilizar elementos históricos y de la memoria popular que le han sido transmitidos, tan importantes para él, con la trama ficcional de su novela, preservando el papel del cronista en el arte de narrar la Historia y que, según Benjamin, personifica el narrador de la novela de nuestro siglo (página). Como el propio novelista leonés afirma, “detrás de toda la memoria individual está una memoria colectiva, una memoria histórica que es la memoria de este país y de la guerra civil, entre otras muchas cosas” (Marco 24). Este aspecto es uno de los dos núcleos temáticos de la obra del autor leonés que pretende, como afirma Beisel, “la actualización y revalorización de experiencias no escritas, sino vivas en la memoria colectiva (195). Así, en el incipit de la novela, lugar donde se va a condensar la orientación que va a seguir el texto *a posteriori*, podemos leer:

En el otoño de 1937, derrumbado el frente republicano de Asturias y con el mar negando ya toda posibilidad de retroceso, cientos de huidos se refugian en las frondosas y escarpadas soledades de la Cordillera Cantábrica con el único objetivo de escapar a la represión del ejército vencedor y esperar el momento propicio para reagruparse y reemprender la lucha o para escapar a alguna de las zonas del país que aun permanecían bajo control gubernamental.

Muchos de ellos quedarían para siempre, abatidos por las balas, en cualquier lugar de aquellas en otro tiempo pacíficas montañas. Otros, los menos, conseguirían tras múltiples penalidades alcanzar la frontera y el exilio. *Pero todos, sin excepción, dejaron en el empeño los mejores años de sus vidas y una estela imborrable y legendaria en la memoria popular.*¹¹ (Luna 7)

El fragmento anterior coincide casi palabra por palabra, fijémonos en la cursiva, en sus referencias a la memoria, y con lo que después expresaría en su artículo para el periódico El País acerca de "Gorete," cuyas experiencias, como ya dijimos, nutren el discurso narrativo de Llamazares en Luna de lobos:

Cuando éste [el frente del Norte] cayó en el verano de 1937, Gorete, como tantos, se escondió en las montañas y así fue como empezó la increíble aventura que *le iba a convertir en un hombre de leyenda y en un mito popular* para todos cuantos nacimos y vivimos hacia la mitad del siglo en las perdidas aldeas de los montes leoneses y asturianos. Lo que empezara una noche como una huida desesperada se iba a acabar convirtiendo . . . en una de las páginas mas crueles de la guerra y en *uno de los destierros más solitarios de los que guarda la memoria de la última historia de España.* ("Adiós")

De la misma forma, en estos fragmentos aparece el segundo de los temas recurrentes de la obra de Llamazares: "la importancia del espacio—

sobre todo de aquel en que se vive la infancia—como medio esencial del arraigamiento cultural” (Beisel 195) y revelador de su integración en la cuarta etapa de la narrativa actual planteada por Navajas.¹² Las recónditas aldeas de las pacíficas montañas astur-leonesas se convierten en un repositorio de la memoria colectiva de esas sociedades tradicionales que se esfuman. Como afirma el propio novelista, “sólo se escribe de lo que no se tiene o de lo que se ha perdido. Desde la memoria o desde el deseo o [a través de] las dos cosas a la vez” (García 32). Así aparecen en la novela recuerdos de los personajes que remiten a su infancia, contemplándola con nostalgia y contrastando aquel tiempo de inocencia con los duros momentos de su presente. Hay varios ejemplos de esta evocación de la infancia. En el inicio de la novela podemos encontrar el primero de ellos, en el momento que los cuatro hombres, hambrientos, buscan refugio en una casa del valle. Ángel describe la situación de la siguiente forma: “Y los cuatro comemos ahora con las armas olvidadas sobre el respaldo de las piernas y la memoria atravesada por antiguos sabores familiares. Hacía cinco días que no probábamos bocado. . . . Gildo vierte la leche en el plato para ver cómo se forma una cenefa roja por los bordes. —Me gustaba hacerlo de niño” (15). Otro ejemplo podemos hallarlo cuando Ángel, estando oculto en el pajar de la casa de sus padres, piensa: “Por el angosto boquerón asciende de la cuadra un vapor hondo y caliente, un aroma profundo a estiércol y heno viejo que, ahora, no sé por qué, resucita en mi memoria recuerdos muy lejanos: los juegos con mi hermana en los rincones clandestinos del establo y el caldero de leche recién ordeñada que un niño rubio trasporta entre la niebla de los años” (25)

Bertrand de Muñoz calificó Luna de lobos como una “obra de

aventuras, de las durísimas aventuras de unos republicanos vencidos en la Guerra Civil y que continúan combatiendo aún muchos años después” (Guerra 3: 129). Tras la lectura de la novela de Llamazares descubrimos que el término “aventura” utilizado por la hispanista francesa realmente no describe en toda su amplitud las pruebas a las que los personajes de esta obra han de enfrentarse para simplemente sobrevivir. Quizás es mucho más acertada la consideración de Beisel cuando afirma que, “[Luna de lobos] es ante todo la historia de un fracaso” (196). Esta breve novela publicada en 1985 nos describe la lucha por sobrevivir de cuatro ex combatientes del bando republicano que, tras la caída del frente Norte, se ven forzados a permanecer ocultos en las montañas de la Cordillera Cantábrica. Son un ejemplo prototípico de los “huidos,” que caracterizamos en el capítulo anterior. Nos encontramos ante una novela con estructura relativamente sencilla, siendo ésta una característica que comparten la mayoría de los escritores de la llamada novela de la democracia, un regreso a las formas tradicionales de narrar, alejándose del experimentalismo precedente.¹³ La novela está dividida en cuatro partes¹⁴ que cubren los años comprendidos entre 1937 y 1946, las cuales a su vez están constituidas por cuatro capítulos. La primera parte de la novela discurre a lo largo de 1937 y nos describe como el narrador Ángel y sus compañeros forzados, Ramiro, el hermano menor de éste, y Gildo, intentan evadirse del ejército franquista atravesando las montañas entre Cantabria y Asturias. Su meta final es llegar a reunirse con sus familias y seres queridos. Pero descubrimos que la vuelta para estos hombres a la normalidad es imposible, es una parte de su destino que se cierra ante sus ojos. Estando ocultos en una vieja mina abandonada son descubiertos por azar y buscan un refugio más

seguro en una cueva. Allí, aun con el peligro que supone prestar ayuda a los fugitivos, sobreviven gracias a la única ayuda que les brindan familias que viven aisladas en los alrededores a pesar del riesgo a sufrir maltratos o torturas, e incluso a perder la vida a manos de las fuerzas represivas franquistas. En el trascurso de una operación de aprovisionamiento, el hermano menor de Ramiro, Juan, es asesinado al ser traicionada su presencia en el valle. La segunda parte de la narración se desarrolla en el año 1939. Los tres fugitivos son incapaces, por lo reducido del grupo y la dificultad que entraña para ellos, hacer notar que están resistiendo en las montañas. Empieza a cundir entre ellos la desesperanza y deciden intentar la huida a Francia. Para tal fin, llevan a cabo el secuestro del ingeniero de la mina en la que Ramiro trabaja antes de la guerra, pero su plan fracasa al ser acorralados por la Guardia Civil en el momento de la entrega del rescate. Tras un gran tiroteo inician otra vez la desesperada huida hacia las montañas, pero el enfrentamiento se ha saldado con la muerte de Gildo. La tercera parte del texto nos sitúa en el año 1943. El cerco al que son sometidos por la Guardia Civil se intensifica, llevando a cabo una exhaustiva búsqueda por todas las montañas. A los dos huidos que todavía conservan la vida, Ángel y Ramiro, se les informa en la casa de un enlace que un guerrillero, "El Francés," recién llegado de Francia, pide reunirse con ellos. Sabemos que el guerrillero trae consigo la orden de intentar reunir las diversas partidas de guerrilleros y grupos de huidos para conformar un frente común contra Franco, al considerarse que la victoria aliada contra el eje está cercana y arrastrará la dictadura de Franco tras de sí. El encuentro no llega a producirse ya que la Guardia Civil ha rodeado el caserío. Finalmente, los dos huidos consiguen

escapar de nuevo tras el choque. Esta tercera parte finaliza trágicamente, como las otras dos anteriores, cuando Ángel asiste a la muerte de Ramiro y su compañera Tina en el momento que los guardias civiles prenden fuego al invernadero donde se ocultaban ambos. La última parte del relato tiene lugar en el año 1946. En ella nos encontramos con un Ángel que vive y paulatinamente se va deshumanizando por la soledad que sufre en las montañas, hasta llegar a convertirse en casi un animal, un lobo. La incesante caza del hombre que sufre Ángel hace que la cueva donde se oculta sea descubierta y destruida. Su única salida es esconderse en un falso suelo de la cuadra de la casa de su hermana. La tortura tanto física como psicológica a la que son sometidos la hermana de Ángel y su marido es tal que ésta le pide que se marche porque no puede aguantar la situación ni un minuto más. La tragedia que cierra esta cuarta parte y la historia en general es en el momento en el que Ángel toma un tren con rumbo al exilio francés y al olvido.

Como vemos, la novela discurre en un proceso de máxima tensión entre una parte con respecto a la siguiente, sirviendo de clímax a cada una de ellas la muerte de uno de los personajes principales. Durante casi diez largos años estos hombres han de refugiarse en los montes para así poder evitar la terrible represión a que el nuevo estado franquista somete, por medio de la Guardia Civil, a todos los que lucharon y apoyaron al gobierno de la Segunda República Española, pero este contexto histórico y las circunstancias políticas no están explicitadas en el texto de forma reiterada sino que Llamazares juega con el conocimiento previo del lector acerca de la Historia. Esta novela es la historia de una derrota militar, sí, pero también una derrota personal, física y psicológica, ya que vamos a asistir a lo largo de la narración al proceso de

paulatina deshumanización al que son sometidos los cuatro hombres. Una degradación impuesta tanto por el medio hostil al que han de adaptarse, que les obliga a ir adquiriendo comportamientos cercanos a los animales, como por el continuo hostigamiento del que son objeto por las fuerzas de la Guardia Civil (Herpoel 101-02). Estos hombres, que son obligados a “echarse al monte” y vivir una vida de extrema dureza, en la mayoría de los casos no hicieron más que responder contra el ensañamiento represor del estado franquista con una actitud de simple *quid pro quo*, algo totalmente inevitable ante la espiral de violencia contra ellos y contra sus familias. La situación por la que pasan sus familias y convecinos se hace patente en el texto cuando Ángel describe La Llánava, tras el secuestro del cura, que denunció a Juan: “Son ya seis años los que llevan así, viviendo en silencio, aterrados, en la indecisión de la pena que les mueve a ayudarnos y el miedo, mayor cada vez, a las represalias” (96). Llamazares, en una entrevista para la revista Quimera, afirmó lo siguiente acerca de su novela: “Al fin y al cabo Luna de lobos trata del acorralamiento de hombre por el hombre. Es una reflexión sobre el instinto de supervivencia como origen, punto inicial de la violencia” (Marco 22). Dicha afirmación del novelista leonés está ejemplificada en el texto en el momento que Ángel, mientras ata al dueño de la mina que acaban de secuestrar y que le ha reconocido como el antiguo maestro del pueblo La Frieria, justifica su actos diciendo: “Coja usted un animal doméstico, el perro más noble y más bueno . . . Enciérrelo en una habitación y azúcelo. Verá como se revuelve y muerde. Verá como mata si puede” (82).

Ángel, el narrador en primera persona que se identifica con el yo narrativo—que también va a participar en la acción de la novela—es quien va

a plasmar subjetivamente los sucesos con los que se enfrenta. La utilización del narrador en primera persona es un rasgo definitorio de las narraciones de carácter rememorativo (Vernon 430) y su uso constante en la narración “sugiere la sinceridad del que escribe y fomenta asimismo la autenticidad de los sucesos narrados” (Beisel 197), además de inducir al posible lector a considerar las experiencias individuales relatadas por dicho narrador en sucesos de carácter colectivo. La caracterización y la selección de los personajes se va a convertir en otro pilar en el proceso de extrapolación de la experiencia personal hacia la colectiva, ya que Llamazares se sirve de personajes que abarcan todos los estratos sociales y diferentes edades para marcar de forma clara que la tragedia de la represión perjudicó a toda la sociedad española sin excepción. Ángel, personaje principal de la obra y el único de los otros cuatro personajes que sobrevivirá, es maestro de primera enseñanza afiliado en el pasado a la Confederación Nacional del Trabajo y representa al grupo social de la intelectualidad comprometida con el devenir político del país; Gildo, pasando ya la treintena, encarna al padre de una familia campesina a quien la guerra le separa de su familia; Ramiro es minero, paradigma del luchador obrero, y su joven hermano Juan, de apenas dieciocho años, es todavía “casi infantil en su inconclusa y ya violenta, adolescencia” (Luna 27-28). A medida que va avanzando la novela, las vidas de estos personajes quedan sumidas en la sombras de la noche en el monte y se va vislumbrado que la única salida posible que les queda es la muerte o la huida. Este proceso de paulatina degradación y de extrañamiento, que hasta sus últimas consecuencias vemos en el personaje de Ángel, quien al final de la novela decide tomar un tren y huir, podríamos relacionarlo con los postulados

de Halbwachs sobre la existencia de una memoria colectiva en tanto en cuanto se mantengan los lazos efectivos (Memoria 27-33) y afectivos (Memoria 33-36) con los grupos a los que pertenecemos. A medida que se van rompiendo las relaciones afectivas con los grupos a los que consideramos que pertenecemos, el olvido gana terreno y la memoria colectiva pierde su anclaje grupal. Este es el proceso de desestructuración memorística al que se ve sometido este grupo de hombres. Sus integrantes van siendo asesinados de forma paulatina en la novela, con lo que, lógicamente, se reduce el número de personas que pudieran activar el recuerdo colectivo *a posteriori* y frenar el olvido. Por otro lado, y ya enfocados en el personaje principal, Ángel, asistimos a una gradual ruptura con su entorno familiar hasta culminar con su marcha forzosa al exilio. El primer encuentro con su hermana Juana al inicio de la novela marca el comienzo de esa negación afectiva por parte de su grupo: “-Vete, Ángel, vete. Te van a matar. . . . Cuando me alejo de ella, arrastrándome como un perro sarnoso entre las urces, sus palabras retumban todavía en mis oídos” (20). Otra situación de rechazo se da en el momento que Ángel acude a visitar a su padre en el lecho de muerte, y otra vez Juana le insta a que se marche: “-Padre. Estoy aquí. He venido. ¿No me oye? Soy Ángel. -¡Vete, Ángel! ¡Por el amor de Dios, vete de aquí! ¡Déjale en paz! . . . -¡¿Qué quieres?! ¡¿Acabar de matarle?!” (135). Ya las palabras previas de su cuñado han servido de preludeo a ese nuevo rechazo familiar al apestado: -Lo siento mucho, Ángel. Sobre todo por ti. -¿Por mí? . . . -Juana me tiene a mí—dice Pedro—. A ti no te queda nadie” (132). Un apartamiento que en ese mismo momento Ángel empieza a sentir profundamente y que le hace consciente de que su “último destino es el de irse corrompiendo poco a poco en el pantano sin fondo del

olvido" (132). Ángel se resiste a desaparecer de entre los suyos como el recuerdo de un mal sueño y sigue oculto bajo el suelo de la cuadra de su hermana, pero Juana vuelve a pedirle que se vaya, ya que no puede soportar ver como su marido, Pedro, es torturado por la Guardia Civil a causa de Ángel (150). En último extremo decide marcharse: "Tengo que escapar de esta tierra maldita y poner kilómetros de silencio y olvido entre mí y mi recuerdo" (151) y por fin decide en la estación de tren emprender "este largo viaje hacia el olvido o hacia la muerte" (152). Claramente, vemos como en esta novela ya no se aprecia ese apoyo incondicional de parte de la población rural que veíamos en novelas anteriores. Esta ayuda se circunscribe a la familia de "los del monte" y no sin dificultades ni reticencias.

Maquis

Esta breve novela de Alfons Cervera constituye la segunda entrega de su "trilogía de la memoria." Está dedicada a relatar los acontecimientos de la vida en el pueblo ficticio de Los Yesares, avatar del propio pueblo del novelista valenciano, Gestalgar, tomado por la Guardia Civil franquista, quien con mano de hierro intenta acabar por todos los medios con los guerrilleros que operan en las montañas de los alrededores. Así expuesto, podríamos pensar que nos encontramos ante un texto de gestas bélicas, donde los heroicos resistentes luchan frente a las fuerzas del mal y donde la acción da vida a la trama novelística, pero no es así; nos enfrentamos a la recopilación de las memorias de los habitantes de un pueblo marcado por el recelo y la desconfianza en forma de novela. Cervera nos avisa de lo que tenemos delante nada más abrir el libro: "Esto es una novela. Otra cosa, quizá, la memoria que inspira los

hechos narrados en sus páginas” (3), lo que nos obliga a estar en guardia, asumiendo un papel de lectores activos al encarar este texto, para que no pasemos por alto los enrevesados vínculos que se establecen entre los tres discursos que conforman Maquis: el de los hechos históricos, el memorístico y el discurso narrativo.

Gente pacífica, normal y corriente es la que recorre la novela, como pudieran serlo los cuatro músicos que aparecen en la portada del libro, cuyo destino no es otro que la violencia como resultado de dicha represión. Es, por tanto, una novela sobre el miedo, como bien apuntan las palabras de Ángel en el prólogo, que nos van a encauzar hacia esa atmósfera de temor—“Yo sé mucho del miedo. Soy un maestro del miedo” (13)—y como Cervera ha expresado en varias entrevistas (Bono 9, Bea 1, Tyras “Voces” 37). A lo largo de apenas ciento setenta y cinco páginas asistimos a la aparición de un sinfín de personajes, hasta un total de ochenta y seis, que van trasmitiéndonos sus recuerdos de una época oscura marcada por la represión. Es la epopeya antiheroica de unos personajes desvalidos. Cervera lleva a la práctica la restauración de esa memoria de los que estuvieron condenados a no poder ejercerla con libertad al estar carentes de ella. En sus propias palabras, Maquis es para el novelista valenciano “la novela del compromiso no neutral que un escritor mantiene con la memoria de los suyos y sobre todo con la memoria humillada y maltrecha de los derrotados porque, aunque no pretenda ser una obra maniquea . . . si al final de la novela permanece una perspectiva moral es la de los vencidos, la de los que han llegado de derrota en derrota hasta hoy mismo” (Bea). La reconstrucción de esta memoria colectiva en la novela compartirá con ella sus características, siendo por consiguiente un discurso

narrativo marcado por la pluralidad de voces, al igual que la memoria colectiva de un grupo la conforman sus diferentes integrantes. Además, como señala Tyras, “la multiplicidad de los puntos de vista y de las voces es el instrumento más adecuado para reconstruir un pasado sumergido y oculto . . . la práctica polifónica [a su vez] se contrapone a un discurso totalitario vencedor” (“Maquis” 31). Esto es precisamente lo que busca Cervera con su novela, la ruptura del discurso criminalizador del maquis fomentado por el régimen franquista. Por otro lado, la ruptura de una lógica lineal en el desarrollo de los acontecimientos, una yuxtaposición de escenas que se observa en el conjunto de la novela se corresponde con el intento de representar la intermitencia del mecanismo memorístico, selectivo y plagado de brechas discursivas. Al final del prólogo, Ángel ya nos anuncia la estructura marcada por dicha yuxtaposición de recuerdos, propios del acto rememorativo, así como la polifonía que la narración adoptará en las páginas siguientes encerradas bajo el epígrafe “De los nombres y las voces” (17): “Y cuando quiero recordar lo que pasó entonces voy dando saltos y confundiendo las voces y los nombres, como dicen que sucede siempre que quieres contar lo que recuerdas. . . . Entre los nombres está el de Sebastián y entre las voces, la suya. Sebastián era mi padre. Pero hay otros nombres que cuentan en esta historia. Y otras voces” (16). De esta forma Cervera evita caer en el mismo juego de utilizar una única voz narrativa que nos cuente de forma totalitaria, como lo estuvo haciendo el vencedor durante más de cuarenta años, “su” versión de la Historia. Cervera asume esta multitud de voces donde “ya no hay omnisciencia u omnipotencia que valga” (Tyras “Voces”) para intentar democratizar el acceso al recuerdo del pasado y convertir la Historia en una

Historia para la vida, es decir una Historia que sea útil para todos los grupos sociales que la comparten.

El argumento de cada una de las secuencias se centra en uno o en diversos personajes, narrando un único acontecimiento o varios y caracterizándose por no asumir un discurso único, ni aportar al lector la totalidad de la información necesaria en ese momento, sino que, en la gran mayoría de las ocasiones, los mismos hechos van a completarse en escenas subsiguientes o incluso duplicarse *a posteriori* para marcar que dicho recuerdo es más vívido y presente, como sucede con nuestra propia memoria. Así pues, el lector se encuentra ante el encadenamiento de una serie de escenas no unidas por la causa y su correspondiente efecto, por la cual obtendríamos una estructura eminentemente lineal, sino que está regido por la casual disposición de los recuerdos, que es propia del acto de recordar, lo que va a dar como resultado que la representación tenga un carácter intermitente a lo largo del texto. Tenemos numerosos ejemplos a la hora de presentar a diversos personajes de la obra que reflejan esta estructura. Citemos los personajes de Nicasio Valero García y su mujer Rosario Suay, que aparecen por primera vez en la escena número cuatro en su viaje de novios a Valencia sin ninguna referencia más (27-29). Posteriormente, ambos personajes aparecen en las escenas nueve (41-44) y diez (45-47), encontrándose furtivamente ya que Nicasio está huido en el Cerro de los Curas y pertenece a la partida de "Ojos Azules." En este encuentro es donde sabemos por el recuerdo que Rosario evoca sobre el baile en la noche en que se conocieron antes de la guerra que Nicasio se refiere a sí mismo como "el de la Negra" y que tuvieron que casarse apresuradamente ante el inicio de la guerra porque él se echaba al monte. En

la escena siguiente se nos aclaran los motivos que llevan a Nicasio a huir al monte: “porque le había pegado una paliza a un guardia civil” (46). Harto de soportar el doblegamiento que le imponen los vencedores va a justificar su marcha ante Rosario diciendo: “—Se empeñan en que la guerra no ha acabado y así van a echarnos a todos al monte, Rosario, que aquí sólo hay muertos en vida porque no hay manera de que respeten la manera que tiene cada cual de vivir o de morirse” (46). Vuelve a aparecer Nicasio en el recuerdo que de él hace Sebastián, otro miembro de la partida de “Ojos Azules” en la escena diecinueve (71-73) junto a Guadalupe. Sebastián le cuenta a Guadalupe por qué a Nicasio le llamaban “el de la Negra”: el maestro Don Recalde le impuso una medalla al valor por haber salvado a una cabra negra de un incendio. Podemos observar como la identidad de Nicasio se va conformando a través del ejercicio memorístico de estos otros personajes; son pequeños fogonazos de su vida pasada juntos. Vemos ejemplificado de forma clara en el texto la íntima relación que la memoria guarda con la creación de la identidad individual dentro de la colectividad y que Cervera reitera en boca de Sebastián, al recordar lo que el viejo maestro republicano le dijo cuando era un niño: “me dijo que no somos nada, que sólo somos lo que los demás, cuando nos morimos, recuerdan de nosotros” (72). Por último, siguiendo con esta yuxtaposición de escenas, para recrear el funcionamiento de la memoria, Nicasio Valero no aparece hasta la penúltima escena. Está rodeado por un “ejército de guardias y soldados” (161) y va a ser asesinado por los guardias con dos disparos en el estómago. La acción se va ralentizando mientras Nicasio reflexiona sobre el hecho inminente de su muerte. Todavía conserva la certeza que su muerte no será en vano y que se guardará en el recuerdo de los

que vengan: “veo en la lejanía la seguridad de que la muerte no puede acabar con todo, con los años que pasamos en el Cerro, con la memoria que siempre recordará lo que hicimos para que la vida no fuese una mierda disfrazada de banderas y consignas, para que se acabara el ricino en las entrañas de la decencia y no hubiera más silencio por las calles de España y Los Yesares” (162). De la misma forma, Nicasio, ante el trance de su propia muerte, reconoce que tiene miedo, ya que pasará a formar parte de la materia dúctil, el terreno inestable en que se convierte el recuerdo de los demás, y vuelve a mencionar lo dicho por el maestro Don Recalde al respecto de la memoria: “La muerte me da miedo porque después de la muerte sólo estás en las manos del recuerdo, de eso que los otros, quienes vienen luego, guardarán de nosotros cuando ya no estemos” (162). Vemos cómo el olvido se presenta como una segunda muerte tras la extinción física del sujeto. Las palabras del maestro republicano se convierten en una suerte de estribillo en la novela con lo que podemos inferir de ellas una llamada de atención de Cervera hacia aquellos que fueron desterrados de la construcción del discurso histórico oficial, para que sean recordados como merecen y para conseguir que su sacrificio no haya sido estéril.

Otro recuerdo persistente que actúa en el relato como una especie de mantra acusador es la crueldad y la activa represión llevada a cabo por la Guardia Civil, que será presentada como el origen de todas las desgracias de los desafectos del pueblo. En su lucha ciega contra la insurgencia, los métodos del benemérito cuerpo no se detienen ni ante la inocencia de un niño. Así, mencionamos como ejemplo destacable las numerosas referencias que en el texto se brindan a las manos quemadas de Ángel, mutiladas por “un soplete

de los de soldar tuberías de plomo” (101) cuando se encontraba bajo la custodia de los guardias. Las heridas de Ángel, que son una imagen especular de las heridas de la memoria de Los Yesares, aparecerán en cuatro escenas: la escena 28 donde se menciona que “al crío Angelín le han quemado la uñas de las manos” (101), “las uñas inocentes de un niño en el cuerpo de guardia” (101); la escena 36: “—Han matado al maestro y al crío de Guadalupe le han quemado los dedos y las uñas los civiles” (129) y en la escena 38: “Las uñas de Angelín tienen el color oscuro de la noche” (134), “—No siento las manos, madre dice. Y se las muestra así, quemadas, temblorosas, más negras que la noche” (135). También se hace alusión a ellas en el prólogo: “Un día mataron al maestro y decían que lo había matado mi padre. . . . Para vengarse los guardias y el alcalde me llevaron al cuartel y me quemaron las uñas con un soplete de los de soldar metales (15) y en el epílogo: “desde hace casi cuarenta años, me miro las manos antes de dormirme y veo como las uñas no ha perdido ese color azul que le pintaron los guardias una tarde oscura en la que quise o morirme de dolor o echarme al monte para seguir los pasos de mi padre (172). Esta última referencia epilodal, en el año 1982, a aquellas cicatrices se sitúa en el mismo plano de las huellas que el hecho traumático perpetúa en la memoria de un ya anciano Ángel, afirmando que son tan parte de él como lo son los trágicos recuerdos que guarda de aquellos días.

Siempre quedará París, ¡Hasta siempre camaradas!, Caballeros de la muerte

Las últimas novelas que comentaremos a continuación son las obras de más reciente publicación entre todas las que componen este estudio. Como mencionábamos al principio de este capítulo, el nexo de unión que justifica su

inclusión en un mismo grupo es la incorporación en todas ellas de referencias explícitas a las políticas de la memoria necesarias para la restitución o la reparación de la maltrecha memoria de la guerrilla antifranquista. Con un tono decididamente denunciador y reivindicativo, los tres novelistas, de diferente forma pero con la misma eficacia, rompen una lanza en sus textos a favor, como afirma Julio Aróstegui, de un “verdadero deber de memoria ante un acontecimiento ya lejano que no sustanciado moralmente” (79), lo que acarrearía consigo un nuevo “horizonte de expectativas” para una buena parte de los lectores de nuestros días. Con las novelas de Villa Raso, Llamazares y Cervera vimos como los personajes eran cimentados y desarrollados en el texto en torno al devenir del tiempo y la memoria yuxtapuesta a él, así como con los hechos traumáticos sufridos por sus protagonistas en el pasado y que marcan su evolución en la narración. En estas obras de Ramón Acín, Raúl Tristán y Alejandro Martínez Gallo, por el contrario, se da una mayor importancia al hecho de que el presente es profundamente afectado por aquellos crueles acontecimientos del pasado y se insiste en la necesidad de no olvidarlos, colocando a víctimas y verdugos en el lugar que les correspondería por justicia. Los textos aquí comentados ponen al descubierto los excesos de la opción utópica, al plasmar como son percibidos por parte de la sociedad en el presente como una suerte de héroes que se sacrificaron por la lucha de la libertad, siendo ésta una visión a todas luces excesivamente maniquea del fenómeno guerrillero. Al mismo tiempo sostienen que ésa es la única opción genuina, otorgándoles la importancia que merecen por su entrega y sufrimiento, pero también intentando desmitificar su figura para así acercarlos a una realidad más tangible. Estos novelistas llevan a cabo por tanto, una

reedificación cargada éticamente del ayer con la clara intención de contrarrestar las deficiencias que nuestro presente evidencia desde su mirada. Así pues, por medio de una utilización del recuerdo, de la recuperación de memoria histórica, como una suerte de puntos de sutura, el pasado nos es representado de nuevo, pero no meramente percibido como un fósil que merece ser estudiado, sino que se le concede una carga simbólica de pureza ética y humana de gran utilidad para nuestra contemporaneidad, considerada como vacía de estas cualidades. Así, Enrique Gavilán afirma que “la memoria recuperada implicaría lecciones morales para el presente . . . Parafraseando a Gramsci podría decirse que ‘la memoria histórica es siempre revolucionaria’” (57). Además, la memoria recuperada, continúa diciendo Gavilán, es “comunicable,” es decir, susceptible de ser difundida por medio de alguna “forma de representación: relato, libro de [H]istoria, reportaje, memorias, incluso obras de ficción” (57). Este es el punto en el cual el discurso ficcional emerge como legítimo para completar el conocimiento sobre el pasado. Desde luego que la misión de la literatura no es ni mucho menos suplantar el papel que la política cumple en nuestras colectividades. Pero es innegable, por otro lado, que, como artefacto cultural de una sociedad concreta, participa de las cuestiones de la *res publica* en mayor o menor medida y lo lleva a cabo con suma perspicacia y efectividad, a veces incluso superando a la propia política. No es tarea de la literatura transformar el mundo a golpe de libro, sino que más bien su misión se encamina a modificar la percepción que del mundo tiene el lector, cuya consecuencia primera se relacionaría íntimamente con el cambio de nuestras sociedades.

Siempre quedará París es una conmovedora y poética novela coral de

Ramón Acín que está estructurada de forma circular en tres capítulos, con unas breves páginas iniciales que funcionan como prólogo a la obra. En ellas se nos sitúa en el año 1970 en una pequeña pardina del Pirineo aragonés junto al hijo de uno de los protagonistas principales de la novela, el enlace guerrillero Montes. Nos emplaza el comienzo de esta historia en el mundo que este hombre va a abandonar para siempre, un microcosmos que “sin él presente, acabaría muriendo lentamente” (12). El hijo de Montes o Elvira, que así es como se apela a él indistintamente durante toda la novela, se ve forzado a partir de su hogar al no poder continuar él solo con el modo de vida de sus ancestros. Su tierra se ha convertido en un cementerio. El presente del “hijo de Elvira” es un símbolo en la novela del trágico resultado de la lucha guerrillera sobre las familias de aquellos luchadores y de su memoria. Una vida, la del hijo de Montes, convertida en un féretro donde la única presencia de los suyos le es transmitida por sus dolorosos recuerdos frente a las sepulturas de sus padres, Elvira y Montes, y las de Villacampa y Luisa, viuda del guerrillero Pons. Este personaje es utilizado también para plasmar en la obra el deseo y la voluntad por conocer aquel pasado sepultado en la fosa del olvido, objetivándose esos hechos pretéritos ocultos en la historia de la huida, persecución y suicidio de su padre, que se nos narra en la segunda parte del capítulo dos, titulado “Años de furia (1948-1949)” (93). Ya desde el título del capítulo tres, “El rescoldo (1960)” (145), cuyo evidente simbolismo nos remite inequívocamente al deseo latente que sigue vivo en nuestro interior de mantener un recuerdo hacia las personas que nos faltan, se nos avanzan en cierta forma los temas que se van a desarrollar en sus páginas. Por un lado, como apuntamos, el hijo de Montes es la personificación del discurso actual en

pos de la recuperación de la memoria que Acín inserta en la obra. Es el deseo de la rehabilitación por parte de las nuevas generaciones, la de los hijos y la de los nietos de los que fueron excluidos violentamente de la Historia oficial franquista ya que “mantenían el espíritu de la República, [colgándoles] la etiqueta de bandidos, malhechores o, incluso, de asesinos” (184-85). De ahí que cobre una especial relevancia el “interrogatorio” con relación a su padre al que somete el hijo de Montes, a su amigo el jefe de la partida guerrillera desde su vuelta a la pardina desde Francia, ya que “en la persona de Villacampa habitaba una historia preñada de misterio, con sucesos y curiosidades” (173), que no es otra que la del propio pasado del hijo de Montes. De forma más explícita si cabe, en las páginas finales expresa la idea de que la memoria como concepto teórico, autónomo y desvinculado de los individuos carece de cualquier utilidad para la colectividad, al manifestar que “La memoria por sí sola no sirve—... La memoria es la selva en la que los recuerdos se extravían. Y se pierden” (195). Es por tanto reconocer por parte de Acín el valor de asumir políticas de memoria para que podamos extraer un beneficio del pasado para el presente. Así, se plantea el recordar el pasado oculto en el ahora para adquirir nuevas formas de confrontar el futuro: “Ahí está el pasado. Deberé aprender su lección, porque yo soy el futuro” (195). Acín también cristaliza en la novela el discurso que aboga por el resarcimiento de la memoria de los olvidados de la Historia en boca del mismo Villacampa, quien considera que devolver los restos de su fiel enlace en el valle es

el broche necesario para que tanto sufrimiento y tanta sangre derramada no resulte inútil del todo. El homenaje que daba a los despojos de Montes. Era el testimonio debido a otros muchos compañeros. A hombres y mujeres olvidados en tumbas

anónimas, perdidas en bosques y en sierras. O a hombres y mujeres amontonados en fosas comunes y en tierra no sagrada de cementerios. Siempre lejos, además, de su lugar de nacimiento y del recuerdo de los suyos. En países y en tierra extraña, como purgatorios de unos pecados que jamás existieron. (181-82)

O, unas pocas páginas más adelante, dirigiéndose a Montes tras darle sepultura junto a los suyos, declara:

Quiero pensar, porque así lo creo, que pronto, conforme pase el tiempo y las nuevas generaciones despierten, otros como tú saldrán a la luz desde los pozos del olvido. No lo dudes, las fosas anónimas, los enterramientos en masa cubiertos por la cala y los osarios perdidos en las cunetas acabarán por tener su hora triunfal. El olvido y la ignominia han sufrido su primera derrota... (189)

Por otro lado, aparece como tema el tremendo dolor e intranquilidad que las víctimas de aquellos días soportan no sólo por esa falta de noticias de los suyos sino también por el secuestro de su memoria. En la novela, son los personajes de Elvira y Luisa los que nos muestran esta angustia y herida sin cicatrizar que supone no conocer el destino que sufrieron sus maridos, como se expresa en numerosas ocasiones a lo largo del texto: "Elvira es consciente de que frente a cualquier pesar es mucho más doloroso el no saber qué le ha sucedido a Montes. O dónde puede estar. Y siempre vuelve al inicio. Aumentando su congoja" (151); o, posteriormente, de esta forma tan gráfica: "Un enigma que aflora cada dos por tres y estalla con intensidad parecida. Es una bomba de relojería que busca destrozarla y comerle el ánimo. La duda de si [Montes] está vivo o ya ha muerto hoza un minuto sí y otro también en sus

tripas. Las escarba y excava con inquina" (154). Para Luisa, su vida está marcada por el sufrimiento causado por "[l]a tortura, la cárcel, la marginación y otras penalidades que la acompañaron" (163) y por su condición de maestra republicana, "desafecta" como muchos, "su [única] meta se centraba encontrar a Pons. Vivo, como ella creía. O, en el caso contrario, la memoria que de él quedase. . . . Hasta convertirse la búsqueda en el guión de su vida" (167). Ya no es solamente el conocer el paradero físico de un ser querido; se introduce el concepto de la propia memoria de ésta, como último vestigio de su existencia, convirtiéndose por lo tanto el olvido en algo infame e injusto con aquellos que "[l]a adversidad les domeñó a todos. Y a algunos hasta los enterró en el olvido. En el olvido que impide a los deudos el recuerdo. En el olvido que inyecta el miedo derivado de quien ordena el estado de las cosas" (184).

Del mismo modo en ¡Hasta siempre camaradas!, el presente está profundamente mediatizado por la funesta herencia de la Guerra Civil, llena de secretos y tragedias. En esta ocasión el hilo conductor de toda la novela de Tristán es el deseo de los protagonistas de esclarecer estos interrogantes. Son una vez más los nietos de los que protagonizaron la Guerra Civil los que personifican este anhelo de buscar en el pasado las respuestas necesarias para entender su presente. La novela se abre con un primer capítulo dedicado al enfrentamiento entre tropas nacionales y republicanas por el control del Alto Pirineo Aragonés y la posterior evacuación de miles de civiles a Francia tras la derrota.¹⁵ El hecho que marcará el desarrollo de la narración es la traición que sufre un grupo de aquellos combatientes que, tras verse obligados a retirarse y ser declarado el fin de la guerra, decidieron emprender el retorno a España y continuar la lucha contra el régimen franquista. Es esta delación de las

partidas guerrilleras, sus motivaciones y como afectaron estas circunstancias a los protagonistas, sesenta y cinco años después lo que plasma Tristán en su texto.

Marcos Samper Lavallo recibe la notificación de un bufete de abogados de que es beneficiario de una herencia, concretamente la casa de su abuelo paterno en el pequeño pueblo aragonés de Lafortunada, de la cual debe hacerse cargo. El gran inconveniente para él es que en la historia familiar que le ha sido transmitida por sus padres carece de abuelos, tíos o de cualquier otro tipo de pariente o familiar cercano, lo que aviva su curiosidad y un remordimiento "por no haber sido capaz, en tantos años, de haberse interesado por la procedencia de sus genes, por no haber cuestionado nunca a sus padres por los orígenes de su familia, y por no haber sido lo suficientemente perspicaz para dudar de la versión paterna de la historia" (63). Tristán introduce aquí un juicio acerca de lo pernicioso que es para nuestra identidad personal el descuidar nuestro pasado y el no dedicar un esfuerzo a conocerlo y asumirlo con todas sus consecuencias. Ayudado por otro personaje, Francisco, descubren en el pueblo que su abuelo paterno Donoso Samper Martínez es en realidad Mariano Soler Moreno, el traidor que entregó a las autoridades a la partida guerrillera en 1940 y que a lo largo de la época de la primera dictadura, con el beneplácito de las autoridades franquistas, amasó una gran fortuna aprovechándose de la represión del gobierno de Franco sobre los vencidos.¹⁶ Marcos expresa durante toda la novela la gran responsabilidad que siente por los actos terribles llevados a cabo por su abuelo y cada vez que descubren algo nuevo sobre aquellas actividades siente rabia y asco de estar relacionado con aquel individuo. La memoria oculta ahora

revelada se convierte en un motivo de desestabilización emocional. Así lo expresa por ejemplo diciendo: “es que cuanto más buceamos en el pasado de esta historia más se me revuelven las tripas” (147). En otra ocasión en la que se encuentra rebuscando en el ático de la vieja casona de su abuelo, siente un ataque de ansiedad:

—Vamos abajo, Francisco, creo que no me encuentro muy bien

— ¿Te mareas?

—No, no es una sensación tan fisiológica, ¿sabes? Es un sentimiento más interno, psicológico, de desazón, una desgana profunda del alma, como si hubieran venido a mí pidiendo justicia todos los desgraciados que han sufrido por culpa suya... [de su abuelo]. (195)

Pero Marcos, a pesar del sufrimiento que le supone esta investigación, está decidido a llegar hasta el final. Vemos como se reivindica una vez más el llevar a cabo una búsqueda profunda en el pasado y recuperar su memoria. Este recuerdo actúa como un veneno que, pese a producir efectos tremendamente dolorosos, lleva en su seno el remedio para Marcos y para su generación, desconocedora de aquellos luctuosos acontecimientos.

Tras confrontar la verdad que le ponen sobre la mesa los documentos encontrados sobre la historia de su abuelo paterno y una confesión de él mismo explicándole los motivos de sus actos, Marcos recibe la visita de un antiguo guerrillero de aquella partida que fue traicionada por Mariano Soler. En la conversación que entabla con el anciano maquis le transmite el profundo pesar que siente por el sufrimiento que produjo su abuelo y se ofrece para intentar remediarlo en la medida de sus posibilidades. En este preciso

momento, Tristán pone en boca de Vicente "El Estalento" uno de los argumentos más repetidos desde las asociaciones y colectivos que se afanan en la recuperación de la memoria de los excluidos de la Historia oficial franquista, a saber, el considerar esta restitución como una responsabilidad de todos y cada uno de los españoles que sirva como el reconocimiento de aquella lucha por los valores de la democracia. Y así dice: "todo español tiene una deuda contraída con la memoria de aquellos que lucharon para salvar, no sólo para nuestra generación sino también para la vuestra y para las posteriores, las ideas . . . que bien conocéis los jóvenes de hoy: libertad, la democracia y otras tantas similares, ahogadas por años y años de represión y sangre" (234). E incluso sugiere a Marcos la idea de transformar la vieja Casa Soler, propiedad de su abuelo, en un "museo de los horrores de la guerra y de la posguerra . . . que sirva para mostrar a todo el mundo la vida y las historias personales de todos los que sufrieron persecución y martirio por culpa de tu abuelo... De ese modo quizás logres devolver el recuerdo de aquellas gentes al lugar que las corresponde" (234). De la misma forma que en Siempre quedará París, se reclama en esta novela un homenaje a las víctimas y el establecimiento de los vehículos necesarios para poner en valor su presencia en la Historia.

En las casi trescientas páginas que componen Caballeros de la muerte, Martínez Gallo nos sitúa en la España de 1977, un país que, con el cadáver de Franco todavía caliente, intenta fraguar una democracia que le saque de cuarenta años de oscurantismo y falta de libertad. Pero, los restos del violento régimen franquista que permanecen activos y vigilantes, camuflados como demócratas de toda la vida, no cejan en su intento de restaurar la dictadura y planean en la sombra un golpe de estado que acabe con las veleidades

democráticas de los españoles. La novela establece una relación directa de causa y efecto entre el pasado remoto del protagonista y del resto de personajes con el marco temporal en el que sitúa la narración, fines de los años setenta, y nuestro presente de principios del siglo XXI, marcado por la reinterpretación crítica del pasado político español, tanto de la etapa dictatorial como de la transición hacia la democracia. El protagonista principal de esta novela es un antiguo guerrillero, Andrés Rivera, alias "El Mayor," a quien, corroído por un cáncer,¹⁷ le quedan apenas unos pocos meses de vida. Vuelve a España para acabar con las dos obsesiones que le han acompañado durante los últimos cuarenta años: descubrir al asesino de su hermano Tuco y localizar a su mujer y al hijo que nunca conoció. Para Andrés Rivera, el pasado de la guerra civil en la que participó se ha convertido en un presente continuo ya que las heridas sufridas a lo largo del tiempo nunca le han abandonado; su "mente sigue en la escafandra del pasado" (16). Tras la derrota en la Guerra Civil, su particular lucha contra el totalitarismo prosiguió en el ejército francés contra el nazismo. Con él liberó París junto a muchos republicanos españoles luego olvidados por la Historia. Posteriormente, pasó a España para formar parte de la guerrilla hasta que, debido a la falta de apoyos y el acorralamiento a que les sometía el régimen franquista, sus miembros se vieron obligados a abandonar el país. Pero no fue un abandono, no, "[l]o importante es conservar la vida para pelear en otro momento. Porque aquello nunca fue una deserción, ni una huida, era simplemente una evasión" (39-40), piensa Andrés Rivera. Tras esta lucha otra vez perdida, su nuevo frente de batalla se instaló cazando criminales de guerra nazis, para el servicio secreto del gobierno comunista de Tito, hasta que, cercado por la enfermedad

y “harto de que la vida sea sobrevivir y degradarse en esa supervivencia” (19), emprende su camino de regreso a España. Así se lo comunica en su carta de dimisión a su superior en la Dirección General de Inteligencia de la República Socialista Yugoslava, Nicolai Chejov, personaje que hace las funciones de narrador omnisciente de la novela y que nos va relatando la evolución de la investigación de “El Mayor” en busca de respuestas a las preguntas que le han estado atormentando toda su vida.

Pero este deseo de conocer el pasado centrado en las pesquisas de “Mayor” no es el único que Martínez Gallo plasma en la novela. De nuevo se introduce el interés tan importante en la búsqueda de ese pasado que juegan los nietos de aquellas víctimas. En la novela podemos observar abiertamente la teoría generacional que postula Aróstegui en relación a la evolución de la memoria en la sociedad española acerca de la Guerra Civil y de la dictadura franquista. Así, la abogada elegida para servir de acusación particular contra uno de los presuntos militares golpistas es la nieta de un socialista asesinado en el Pozo Funeres en 1948 que “se ha introducido en una especie de guerra contra las autoridades: recuperación de la memoria, lo llama. Quiere desenterrar el cuerpo de su abuelo junto con el resto de gente que yace en fosas comunes” (209) y para tal fin ha creado una asociación, “en busca de los nuestros” (210). Haciéndose así una clara referencia a la actual Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica. A través de esta combativa abogada se nos resume al lector la relación de las generaciones españolas con la memoria mientras se lo explica a Andrés Rivera:

Hay una cierta rebeldía frente al silencio y la sepultura de la memoria, pero sólo en la tercera generación . . . En la segunda se ha dado la autorrepresión... y hasta el olvido. Es extraño que los

hijos de los desaparecidos no quieran saber nada de sus padres, cuando ellos fueron niños perdidos . . . como si no quisieran saber nada de la ideología de sus padres porque consideran que esas ideas los convirtieron en perdedores. (210-11)

Esta es la explicación que Andrés Rivera utiliza al comentarle al comisario Vargas por qué encomienda este juicio a la joven abogada Laura:

—Tiene mucha confianza en la muchacha—dice Vargas

—Sí, es una tercera generación.

—Curiosa la forma que tiene usted de clasificar a la gente.

—La primera generación sufrió la represión, la segunda enmudeció, por miedo, por miedo, por pánico, por asco, por..., la tercera se está preguntando qué ocurrió, dónde están sus abuelos.

— ¿Y la cuarta?

—La cuarta, amigo Vargas, irá a desenterrar a sus muertos con sus propias manos. Recuerde, estamos a finales del 77, dentro de veinte o treinta años, hasta es posible que exista una legislación que les apoye. (254)

Otros ejemplos de esta tercera generación en la novela los encontramos con el personaje de Paloma, una recién licenciada en Historia que está dedicando su tesis doctoral a la actuación de los Caballeros de la Muerte en las zonas mineras de Asturias y León.¹⁸ Su historia, según los militares relacionados con el complot golpista, es “la típica historia triste. En el 37, se fusiló a su abuelo, que era un anarquista de mierda. Fue el momento de la entrada y aposentamiento de los Caballeros en Villablino. A la chavala le

vendieron desde niña que a su abuelo lo asesinaron los Caballeros de la Muerte" (156-57), pero para ella es descubrir lo que le sitúa en su lugar en el mundo. También Pichi, el ratero que le acompaña y le ayuda en pequeños encargos, es nieto de un antiguo brigadista americano de la Brigada Lincoln que se incorporó a la partida del "Mayor." Asimismo, el comisario Vargas, que, como posteriormente descubrimos, es un agente secreto por libre, responde al perfil de la tercera generación que venimos comentando, pero no se limita a investigar sino que pasa a la acción. Él nació en el 39, no vivió la Guerra Civil, pero sufrió la posguerra y la represión franquista de primera mano en la figura de su abuelo, quien tuvo que ocultarse como un "topo" durante años hasta que es descubierto, ejecutado y arrojado a una fosa común.¹⁹ El policía se juró entonces que "algún día vengaría el asesinato de [su] abuelo" (196). Vemos que son los nietos los que están luchando decididamente por la rehabilitación de la memoria dentro y fuera de los textos, ya que han tenido que construir su existencia sobre ausencias, privaciones y miedos.

Otro de los puntos que han de ser destacados es la construcción de los personajes guerrilleros en estas novelas, así como su relación con la memoria. En la obra de Acín, tras la corta introducción, se nos traslada en el tiempo y en el espacio al otro lado de la frontera con Francia, al pie de los Pirineos, a la villa de Saint-Gaudens veintiséis años atrás junto a un antiguo combatiente republicano, dando comienzo así al primer capítulo titulado "Jugar sin cartas (La invasión)" (14). En su primera parte titulada "Pirineos, Pirineos" (17) se nos presenta a uno de los personajes principales de la novela, cuyo nombre, Villacampa, coincide con el apodo utilizado por uno de los

guerrilleros más notables que actuó en el sector oscense de la cordillera pirenaica, Joaquín Arasanz, alias "Villacampa," tras la fallida invasión de Valle de Arán. Precisamente en este capítulo nos encontramos al Villacampa novelístico ultimando los preparativos para la proyectada "Operación Reconquista de España," nombre con el que fue bautizada por el mando de la Agrupación de Guerrilleros Españoles o AGE en el exilio francés a la campaña guerrillera de invasión pirenaica en 1944 (Serrano 132).²⁰ Estamos frente a un ex miliciano de la República que, mientras observa con melancolía los Pirineos junto a su pareja Isabelle, evoca los acontecimientos que le han ido arrastrando desde el estallido del conflicto civil hasta su situación presente. Aparecen ante sí personajes con los que compartió la lucha por la Segunda República en la guerra, como el anarquista Lasuén, que sin casi darse cuenta marcó su vida con su discurso libertario de acción directa o los caídos inútilmente en el asedio a Huesca. En la cabeza de Villacampa se agolpan "un aluvión de recuerdos en tropel que . . . luchan a muerte para hacerse con el dominio de su mente" (18). Su memoria, a pesar de los años transcurridos tras la derrota en la guerra que han restañado en cierta manera sus cicatrices, se convierte en el detonador de la reapertura de "una herida que, sin embargo, aún supura" (18). Observamos por un lado, como el hecho de la rememoración es presentada como un principio activo positivo en el pensamiento y en el corazón de Villacampa quien, por medio de ella, renueva las promesas hechas con sus compañeros en el momento de partir al exilio y que dan sentido de nuevo a su existencia: las de derrocar a Franco. Villacampa "[s]abe que, al final, haga lo que haga, acabará sucumbiendo ante su otra querencia: la defensa y restauración de una España republicana. Lo siente así. Tal vez de igual

manera que otros sienten los votos de obediencia o de castidad" (30). Casi al final de sus días en la pardina, al recordar a sus compañeros Pons y Montes a "Villacampa, el rumor de esos viejos recuerdos que daban valor de presente a heroicidades comunes del pasado, le aliviaba del desasosiego inoculado por el peligro. Le hacía revivir la sensación de sentirse útil" (183). Por otro lado, el proceso memorístico al que se entrega Villacampa ante su vuelta a la lucha por España, también guarda en su interior un reverso negativo, ya que le ocasiona una profunda desazón vital y una desarticulación emocional: "no porque pertenezca a ese grupo de personas que sólo entienden el presente cuando ya se ha convertido en pasado . . . [sino] porque él cree que éstos le sedan, cuando en realidad, le agudizan, todavía más, su malestar"(21). Es importante notar como Villacampa le atribuye a la memoria una cualidad que le sería más propia al olvido, a saber, su efecto lenitivo y curativo de las viejas heridas. Asimismo tenemos ejemplos donde nos percatamos como el guerrillero se contradice al traer a su memoria otra vez el ataque a Huesca donde podemos leer: "Aquella olvidada imagen de las boinas rojas asomando por las trincheras le inyectan otra vez, con su rememoración, el sinsabor de antaño. Y de nuevo paladea aquel gusto acre del hastío, de la espera del momento propicio, de la impaciencia por el ataque definitivo a Huesca" (24); más adelante afirma: "la memoria le juega a uno muy malas pasadas. Lo malo, o ingrato, lo no ético siempre se echan en la sentina del olvido. Porque cuanto menos cantidad de dolor en los recuerdos, mejor. El dolor no debiera tener cabida en la memoria" (25). Villacampa asume que el recuerdo se convierte en un foco de dolor y sufrimiento.

El protagonista de Caballeros de la Muerte, Andrés Rivera, como

manifiesta Martínez Gallo en una entrevista, está basado en la vida de tres personajes reales: Ángel Fuertes, Manuel Díaz González, alias "Caxigal," y Miguel Campos.²¹ Todos ellos poseen rasgos, a la luz de sus acciones, que podríamos catalogar como heroicos y así son incorporados al personaje del "Mayor," pero no es la visión que de sí mismo ni de la lucha en el monte nos trasmite el personaje. Vemos de forma contundente como desde los comentarios del "Mayor" y de otros antiguos guerrilleros de su partida se quiere separar aquella lucha del romanticismo de la que se le ha rodeado con el paso del tiempo. Así, vemos numerosas explicaciones que nos ofrece el narrador y el propio "Mayor," quien, como muchos de los que intervinieron en aquel conflicto, simplemente se vio arrastrado por los acontecimientos: "todos flotabais amarrados a un madero en medio del océano" (57) llevados por la corriente de las circunstancias, "ningún día era igual al anterior que se vivía de minutos extras que se robaban a la muerte" (96). Carentes otros tantos como "Mayor" de una militancia ideológica partidista solamente guiados por un ideal de justicia: "Nosotros siempre luchábamos para que nunca se nos olvidara que un día habíamos sido libres. Además, en las montañas nadie peleaba por un socialismo, bastante teníamos con sobrevivir" (63). Por ese único deseo de resistir se ven hundidos en una manera de luchar que era de todo menos romántica. Lobedu, el guerrillero dice: "Fue una guerra sucia, asquerosa. . . . Fuimos los primeros de Europa en coger las armas contra el fascismo y los últimos en quedarnos. Románticos nos llamaban. ¡Mierda! . . . Años en el monte con frío, hambre y heridas. Siempre corriendo, huyendo hacia adelante, sin dormir, desconfiando de todo, desesperados, aislados y olvidados hasta por los nuestros" (65) y posteriormente en la novela

afirma con firmeza: "Algún día habrá que separar lo que fue la asquerosa realidad del romanticismo en el que se nos envolvió" (214). Igualmente, la mitificación de que fueron objeto los guerrilleros viene representada de forma explícita desde el primer capítulo en la novela de Martínez Gallo, habiendo numerosos ejemplos a lo largo de ella. Si atendemos a las palabras de Andrés Rivera podremos observar un reflejo de la sociedad de la cornisa cantábrica de posguerra, caldo de cultivo de las explicaciones míticas. Así piensa: "Vivíamos en un país semianalfabeto que aun creía en bosques habitados por brujas, xanas, trasgos y diañus" (18), lo que como consecuencia motivaba que los cadáveres de los guerrilleros fuesen expuestos por la Guardia Civil ante el pueblo, no como meros trofeos de guerra sino también, como afirma "El Mayor," para evitar que "el supersticioso habitante de los valles [incluyese] en sus fantasías al guerrillero, como un ser inmortal, y [rodease] su nombre de un halo mítico que lo [equiparase] a una especie de dios justiciero, introduciéndolo por la puerta grande de esa extraña mitología" (18), impidiendo que la nueva mitología fundacional propuesta por el franquismo prevaleciese. Otro ejemplo más es la reacción de Pichi en el momento que "El Mayor" le regala una fotografía de su abuelo junto al resto de la partida guerrillera y acto seguido Pichi lo compara con la estrella de la época dorada de Hollywood Gary Cooper, estableciendo una clara correspondencia con el personaje cinematográfico Robert Jordan, que aparece en Por quién doblan las campanas, papel que Cooper interpretó en 1943. Paloma, por su parte, sufre la misma impresión al conocer que "El Mayor" es un guerrillero y "en su mirada se refleja la incredulidad o la extrañeza de sentirse ante alguien de leyenda, alguien que no podía estar vivo o ser humano. . . . Ella pensaba que los

maquis habían muerto todos, que ya no quedaba nadie para dar testimonio” (169). Así mismo, en la explicación que el comisario Vargas nos da sobre su pasado y los motivos que le llevan a combatir al régimen también aparecen los guerrilleros mitificados en contraste con su abuelo el “topo” afirmando: “yo veía a mi abuelo como a un cobarde, al igual que a todos los topos. Y miraba las montañas, y allí estaban los héroes, los que le habían echado coraje a la vida . . . Para unos niños como nosotros, los nombres de Lobedu, el Andaluz, Kiko, Tuco y el Mayor representaban los justicieros que surgían de la noche, cuando nadie les veía, y asaltaban trenes, y volaban torres, y asesinaban a los hijos de puta que tenían sumergido en el terror al valle” (194-95). Pero quizás, el momento donde más claramente se ve la introducción de esta inevitable mitificación del maquis y de la Guerra Civil en la novela, es la utilización del personaje del violinista ciego. En el capítulo 14 dicho personaje se sitúa ante un público compuesto por una docena de niños; hemos de notar que el uso de un auditorio infantil no es fortuito, qué mejor receptor que las mentes abiertas e inocentes de unos niños. El ciego está representando un romance, género de corte popular por excelencia, en el que se narra la Revolución de Asturias de 1934, el estallido de la Guerra Civil y sus consecuencias de terror y represión en las cuencas mineras, así como el “echarse al monte” de muchos maestros y mineros, obreros para resistir a la violencia. Ante la pregunta de Pedrito acerca de quiénes eran los maquis, el ciego introduce un parlamento en el que fusiona al personaje real que fue el maquis y la mitología asturiana, algo que será fácilmente recordado por los niños, produciéndose una equiparación entre ambos mundos que perdurará en la memoria colectiva de estos pequeños:

Pedrito a los maquis no se les puede matar, parece un chiste pero son inmortales. Viven en las montañas, entre los acebos y los robles, no duermen, siempre están vigilando y lo ven todo. Son amigos de los lobos y de las liebres, compañeros de duendes y de hadas, de trasgos y xanas. Hay quien dice que los ha visto cabalgando en las nubes con el Nuberu. Ellos están ahí, esperando a que alguien venga otra vez a disparar contra el pueblo, entonces volverán...(133)

Esta lectura del guerrillero como un héroe mítico que obvia la realidad de lo que fueron aquellos días para que quede fijada en la memoria de las futuras generaciones y no se pierda su recuerdo. Pero lo cierto es que fue un periodo cruel del que los menos que se echaron al monte y continuaron con la lucha, con la suerte de su lado, pudieron escapar hacia el exilio como el Villacampa de Acín. Muchos otros fueron aniquilados física y psicológicamente en una guerra sin cuartel. De ahí que Andrés Rivera exprese su certeza de que “nadie subió, ni escapó de las montañas sin cicatrices tanto en el cuerpo como en el alma” (96). Y él es un claro ejemplo de ello, habiendo tenido que pagar un alto precio por la renuncia al amor de su vida, Adela, y al hijo de ambos. Debemos mencionar aquí como el recurso narrativo de colocar al personaje del guerrillero ante la difícil disyuntiva de elegir entre el amor y el deber es un tema recurrente en las novelas de la guerrilla antifranquista. Se somete a este dilema Bohemundo en Cumbres de Extremadura, a Juan y a Natividad en Juan Caballero y al personaje de “El Mayor”, en Caballeros de la Muerte. Pero, si bien en las dos primeras obras citadas la balanza cae de forma categórica hacia el lado del deber de luchar, sin ningún tipo de remordimiento, en las novelas de Acín y Martínez Gallo se añade a la construcción del personaje un discurso de cierta amargura por la inevitabilidad de aquella

decisión que les separaba de una vida en común. Ambos personajes perciben aquella elección como inexorable en su momento o motivada por los avatares del mismo destino que no podían controlar del que hablábamos líneas atrás. Así, Villacampa, hablando con el hijo de Montes de Isabelle, la mujer francesa que fue el gran amor del guerrillero en el exilio francés anterior a la invasión, comenta con tristeza: "Isabelle era mi novia. Estuvimos a punto de casarnos, pero el destino se encargó de alejarnos" (173). Villacampa quiere a Isabelle pero "la necesidad de acción" (19) le hace asumir que "la aventura ha sido la savia de [su] vida" (20) y sufre por tener que abandonarla, pero en su interior se ha ido fraguando una lucha:

desde que Alemania capituló, él ha sentido la inacabable presión de dos polos que se repelen. Dos polos que tiran de su corazón con fuerza y con saña. Es el dilema entre el amor y el deber. El corazón le sangra por Isabelle, pero sabe que su vida sería un sinsentido si ahora se plegase ante el reclamo del fuego amoroso. Sabe que al final, haga lo que haga, acabará sucumbiendo ante su otra querencia: la defensa y restauración de una España republicana. (30)

"El Mayor" también tuvo que ponerse en la difícil circunstancia de tener que decidir entre el deber o el amor. Una vez terminada la guerra tuvo la oportunidad de marchar a Francia o seguir con la lucha en el monte, aun a sabiendas de lo que suponía para su mujer. Eligió lo segundo. Continuó escribiendo a su mujer pero la familia de ésta, una de tantas que la guerra dividió en dos bandos irreconciliables, interceptaba sus cartas y ella se marchó. Ésta es la síntesis que el sobrino del Andrés Rivera le hace de su vida, sin saber quien es él realmente. El narrador, dirigiéndose al "Mayor," lo completa con

la amargura y la profunda tristeza que siente el viejo guerrillero diciendo: "Así se ha fugado toda tu existencia: de las vacas, la hierba y el Seminario a la guerra civil; después doce años en la guerrilla, doce meses enterrado en una mina y veinticinco años buscando nazis. Ese es el resumen de setenta y cinco años preñados por la puñetera ceguera del deber" (206). Vemos como estos antiguos guerrilleros contemplando a posteriori los aciagos resultados de tan larga, exigente y dolorosa lucha la comprenden como cargada de inutilidad. Así, en su camino hacia el exilio en Francia y visitando el lugar donde estaba enterrado su amigo y enlace Montes, se nos dibuja a un Villacampa diferente, alejado del héroe prototípico sin dudas ni fisuras:

En aquel instante, ante la improvisada tumba de Montes, algo, como un ácido corrosivo y devastador, le había borrado su pasado. Como si quisiera arrancárselo de cuajo. La muerte de Montes había colocado ante sus ojos el sinsentido de la lucha. Todo estaba perdido y todos estaban condenados. Sólo quedaba la derrota. Y posiblemente el olvido. 'Tanto esfuerzo, tanta penuria, tantas muertes... para nada.' (143)

Notas

¹ El término "*homo agens*" hace referencia, en la terminología de Winter y Sivan, al tercero de los niveles en los que clasifica la memoria de la guerra en general. La memoria es un acto individual pero también es un hecho intrínsecamente social que depende de una serie de agentes activos que fusionan la parte privada de la parte pública del acto de recordar. Con su labor, que influye en el ámbito público de la sociedad, estos "*homo agens*" favorecen la creación de una percepción colectiva de los acontecimientos (29-39). Las otras dos categorías planteadas por Walter y Sivan son el "*homo psicologicus*" que es el nivel de la memoria meramente autobiográfica del sujeto (10-19) y el "*homo sociologicus*" cuando la memoria del individuo está conformada por los recuerdos de otros individuos o en relación directa con otras memorias (19-29).

² El concepto de "contradiscurso" fue elaborado por Michel Foucault en su libro de 1966 Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas.

³ La llamada "trilogía de la memoria," por el mismo Alfons Cervera, la constituyen El color del crepúsculo, Maquis y La noche inmóvil, tres breves novelas que recogen los sucesos de un pequeño pueblo de la serranía valenciana, Los Yesares, durante la década de los cuarenta y principios de los cincuenta. La primera de ellas está protagonizada por Sunta, quien ya en su vejez lleva a cabo una labor de rememoración de los acontecimientos más importantes que de niña presencié en Los Yesares. La segunda novela, Maquis, se centra en las experiencias de la generación de los padres de Sunta, las relaciones que se establecen entre los habitantes del pueblo y las partidas de guerrilleros que operan en la zona y los intentos de la Guardia Civil de eliminar dichas partidas por todos los medios posibles. Esta novela de Cervera sirvió de inspiración al guión de la película Silencio roto dirigida por Montxo Armendáriz en el año 2001 y protagonizada por Lucía Jiménez y Juan Diego Botto. Por su parte La noche inmóvil, tercera novela de la trilogía, se concentra en la generación de los abuelos de Sunta, con lo que se traza la historia completa de tres generaciones de habitantes del pequeño pueblo escondido entre las montañas valencianas.

⁴ Para establecer su clasificación, Navajas se aleja de una división de carácter histórico, ya que, según su criterio, "las clasificaciones históricas lineales y rígidas pueden tener una utilidad expeditiva para los manuales de literatura escolar pero implican una profunda falsificación epistemológica de los procesos históricos" (22). De esta forma, Navajas va a diferenciar otras tres etapas en la narrativa española del último medio siglo, aparte de la "neomoderna": Un periodo representacional del que La familia de Pascual Duarte, de Camilo José Cela, sería un texto destacado. Un periodo de operatividad social en el que la objetividad mimética y documental del texto se pone al servicio de una función de conversión de un corpus social que se considera degradado por el novelista . . . [y] Un tercer periodo posmoderno en el que se rompe la unidimensionalidad ideológica y formal de la novela, afectada todavía por las premisas universalizantes de la modernidad y el modernismo europeo, y se sustituye de manera progresiva por la disgregación temática y formal del posmodernismo. (22-23)

⁵ Como explica Foucault en su Historia de la sexualidad 1. La voluntad de saber, el sexo "[e]s utilizado como matriz de las disciplinas y principio de las regulaciones" (176) con las que el estado con sus mecanismos de poder somete a los ciudadanos. Será el sexo "el 'pozo' del juego político" (176) donde se va a lidiar por conseguir una más profunda dominación de la sociedad. Así, la Iglesia Católica ejerce este papel de salvaguarda de la moral cristiana que será

uno de los pilares del Estado franquista. Para una lectura más completa acerca de la función asumida por la Iglesia Católica española durante la Guerra Civil y la dictadura, léase el interesante libro de Julián Casanova, La Iglesia de Franco.

⁶ La Ley de Prensa de 1966 que fue aprobada por el entonces ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, venía a reformar la antigua Ley de Prensa de 1938. Aunque esta nueva ley de 1966 suponía una mayor cota en la libertad de expresión en España, en realidad el gobierno siguió practicando una férrea censura sobre los contenidos e incluso sobre los profesionales, hasta que fue definitivamente abolida en 1977 tras la muerte del dictador.

⁷ La historiadora Yusta Rodrigo ha postulado en sus escritos sobre la guerrilla antifranquista que los intentos de dar una explicación de conjunto al fenómeno de resistencia antifranquista por parte de la historiografía han pecado de ser eminentemente descriptivos. Este esfuerzo historiográfico se ha centrado, según Yusta Rodrigo, en la mera reconstrucción de los hechos desde un punto de vista exclusivamente político, llevándose a cabo un mero "establecimiento de listas de desaparecidos y la cuantificación de la represión" ("Campesinado" 39). Se han obviado, por otro lado, explicaciones teóricas más pertinentes, como pudieran ser las que nos llegan desde la Historia Social o la Antropología Cultural. Estas disciplinas concederían al campesinado de las zonas donde actuaron las partidas guerrilleras un papel de extrema importancia para dichos grupos, ya que con su resistencia pasiva frente a la opresión se convirtieron en el puntal para el sostenimiento de los grupos guerrilleros organizados y sin ellos hubiera sido extremadamente difícil su pervivencia por un periodo tan largo de tiempo.

⁸ Para una lectura más profunda sobre la guerrilla antifranquista en esta zona remitimos a la obra de referencia de Secundino Serrano, Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista (190-97) y a Yusta Rodrigo, La guerra de los vencidos. El maquis en el Maestrazgo turolense, 1940-1950.

⁹ Un ejemplo importantísimo que podemos citar a este respecto es el libro de Ronald Fraser, Recuérdalo tú y recuérdaselo a otros. Historia oral de la guerra civil española. Fraser fue el pionero de un nuevo tipo de Historia verdaderamente social, en el sentido de Historia desde abajo, prestando una especial atención a las fuentes orales. Hoy se consideran normales en Historia Contemporánea sus métodos y la especial relación que incitó entre la Historia y la Antropología, pero en aquel momento su libro fue una ruptura en la forma de hacer Historia que sorprendió a propios y extraños.

¹⁰ La estructura de la historia de "La Pastora" también tiene reminiscencias de la tradición medieval de "las serranas," mujeres que vivían aisladas en las montañas sobreviviendo en algunas ocasiones como bandidas tras sufrir violencia por parte del hombre.

¹¹ Los subrayados son míos.

¹² Según Navajas, "la transfiguración nostálgica se extiende a categorías espaciales además de temporales. En ese proceso se evoca un pasado, reconstruyéndolo, por asociación con la reelaboración de un espacio físico que es visualizado retrospectivamente por la memoria" (52).

¹³ Críticos como Darío Sanz Villanueva afirman que desde el año 1975, coincidiendo con el declinar del periodo anterior marcado por el experimentalismo, se va a dar un reestablecimiento en las novelas de la sencillez en el lenguaje narrativo, intentando evitar los elitismos y recuperando el placer de narrar. Será "una vuelta al viejo gusto por contar, al clásico relato cervantino" (254), colocando como punto de inflexión para este regreso a la narratividad la novela de Eduardo Mendoza, La verdad sobre el caso Savolta de 1975. Santos

Alonso coincide en este punto con Sanz Villanueva añadiendo que la novela de Mendoza “propuso la recuperación del discurso narrativo . . . que arrastró consigo otra recuperación inmediata: el ya casi olvidado placer de leer novelas, . . . acogió en sus páginas una heterogeneidad de tendencias y géneros narrativos . . . Fue una respuesta contundente a las exageraciones formalistas del experimentalismo anterior y a su tono discursivo” (67). Darío Villanueva por su parte, retrotrae el comienzo del proceso de la vuelta a la narratividad a la publicación de la novela de Gonzalo Torrente Ballester, La saga/fuga de J.B. de 1972, “proceso en el que también estaban inmersas por aquel entonces otras novelísticas europeas” (285). Ya sea considerando una u otra novela como inicio de este camino hacia la recuperación de la narratividad en la novela, existe unanimidad dentro de la crítica en considerar que este tuvo lugar a principios de los años setenta del pasado siglo XX.

¹⁴ Tituladas: “Primera Parte-1937;” “Segunda Parte-1939;” “Tercera Parte-1943;” “Cuarta Parte-1946.”

¹⁵ Esta batalla tuvo lugar entre abril y junio de 1938 entre las tropas nacionales y las republicanas al mando de Antonio Beltrán “El Esquinazau.” Durante el periodo de tiempo que duraron los combates, el bando nacional con mayores efectivos y ayuda exterior fue paulatinamente acorralando a las divisiones republicanas 30 y 43 formando la denominada “Bolsa de Bielsa.” Las tropas leales a la República resistieron denodadamente pero el mayor empuje y mejor pertrecho del bando nacional hizo inevitable su retirada hacia territorio francés.

¹⁶ Francisco Moreno Gómez nos más detalles sobre la represión económica que llevó a cabo el régimen de Francisco Franco en el capítulo dedicado a la represión en la posguerra en el libro Víctimas de la Guerra Civil.

¹⁷ Susan Sontag en La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas nos describe en la primera parte del libro la utilización de la enfermedad—en particular la tuberculosis y el cáncer—en la literatura. Si bien la tuberculosis fue una enfermedad enaltecida por los escritores románticos, tal como explica Sontag, el cáncer, al contrario, es entendido como una enfermedad causada por la represión constante de un sentimiento. Carece así, de cualquier aspecto positivo siendo simplemente la enfermedad de un perdedor, “[reacción] ante la derrota política y las ambiciones truncadas”(23).

¹⁸ Fue el nombre del grupo de las fuerzas paramilitares de las llamadas Milicias Nacionales, formadas en su mayoría por falangistas gallegos.

¹⁹ De lectura casi obligatoria para aproximarse a la trágica historia de aquellas personas que se vieron obligadas a vivir escondidas durante años para eludir la represión, es el libro de Manuel Leguineche y Jesús Torbado, Los topos. Esta historia ha vuelto a reverdecer al ser tratada en el libro de relatos sobre la Guerra Civil de Alberto Méndez, Los girasoles ciegos, posteriormente llevada a la gran pantalla el pasado año 2008 bajo el mismo título por José Luis Cuerda con guión de Rafael Azcona.

²⁰ Para una lectura más detallada sobre la invasión del Valle de Arán en el año 1944 y sus consecuencias remitimos a los estudios de Alfonso Domingo, El canto del búho. La vida en el monte de los guerrilleros antifranquistas (167-99); Eduard Pons Prades, Guerrillas españolas (1936-1960); Daniel Arasa, La invasión de los Maquis. El intento armado para derribar el franquismo; Fernando Martínez Baños, Hasta su total aniquilación. El Ejército contra el Maquis en el Valle de Arán y el Altoaragón.

²¹ "Andrés Rivera, el Mayor, tiene 65 años. Sus primeros años, hasta el 38 y 39, los basé en la vida de Ángel Fuertes, teniente de la Guardia de Asalto que defendió la plaza de Santander ante el avance del ejército franquista, para replegar sus fuerzas hacia Asturias. Cuando cayó todo el frente Norte, se unió al 5º Regimiento y formó parte de la expedición que escoltó a Juan Negrín hasta ponerlo a salvo en Francia. Del año 38 hasta el final de los maquis en Asturias, es un poco la vida de Manuel Caxigal, un guerrillero muy famoso en las cuencas mineras. Él, siempre que bajaba de las montañas e iba a Oviedo u otra ciudad, se disfrazaba de cura, pues era la única forma de que las fuerzas del régimen no le pidieran la documentación. Y la última parte de su vida es un entreverado de muchos luchadores que, cuando terminó la Guerra Civil, se unieron a las fuerzas de la resistencia francesa o a los partisanos de Tito para seguir luchando contra los nazis y el fascismo. Concretamente, tenía en mi mente a Miguel Campos, que fue el primero que entró en París, liberándolo de la ocupación nazi, al mando del blindado Guadalajara, perteneciente a la Novena División, formada íntegramente por españoles e incluida en la II División Acorazada de Leclerc" (Gómez Cabezas).

CAPÍTULO 4

CONCLUSIÓN

La Guerra Civil de 1936 atraviesa desde la mitad de la década de los noventa, una etapa de resurgimiento en lo que a interés, presencia y aceptación en el mercado novelístico y cinematográfico español se refiere. Es innegable también que en los últimos años la Guerra Civil, la dictadura franquista y la transición hacia la democracia son procesos históricos que están siendo reevaluados, a la luz de nuevos datos y desde nuevos ángulos que obligan a una reinterpretación de las afirmaciones tradicionalmente asumidas como válidas acerca de su génesis y desarrollo. Las nuevas perspectivas con las que se mira nuestro pasado más conflictivo traen aparejados el surgimiento de nuevos productos culturales que, por un lado, reflejan esa renovada atracción del gran público por estos temas y, por otro, los sobrepasa, convirtiéndose en un ejemplo claro del proceso de desmitificación, y diálogo que se ha venido manifestando en el seno de la sociedad española en los últimos años, con el fin de esclarecer de forma más profunda aquellos acontecimientos históricos.

La ficción sobre la guerrilla antifranquista, como tema subsidiario al enfrentamiento civil, también comparte este florecimiento. Este estudio ha tenido como propósito analizar en algunas de las novelas más representativas centradas en el fenómeno de resistencia guerrillera la representación que de las partidas y del guerrillero han acometido los novelistas en sus textos a lo largo del tiempo. El criterio elegido para la selección de las novelas se centró en el deseo de introducir un número de escritores cuya presencia abarcase todas las generaciones receptoras de una memoria de la lucha guerrillera y que se

correspondiese con los diferentes tipos de memoria generacional que apunta Julio Aróstegui. La primera de ellas sería la memoria de la “identificación” con los contendientes, de la cual participarían los protagonistas directos de la guerra, la generación de aquellos que, o bien participaron en el levantamiento y consolidación de la dictadura franquista, o bien combatieron contra el régimen o sufrieron la represión desencadenada tras la guerra por el nuevo orden. En segundo lugar tenemos la memoria de la “reconciliación,” que tendría como fin la superación del trauma que supuso la guerra y que está personificada en “los hijos de la guerra,” un grupo poblacional que en los años sesenta desarrolla un profundo deseo de cambio en las estructuras sociopolíticas que gobiernan España y que van a favorecer un proceso de cambio, culminado en la transición hacia la democracia a mediados de la década de los años setenta. Por último, señalar la llamada “memoria de restitución o reparación,” que coincide con la década de los años noventa y continúa vigente hasta nuestros días. A ella corresponde el momento histórico en el cual acceden al escenario público la generación de “los nietos de la guerra,” que comparten una memoria marcadamente revisionista en torno a las causas del conflicto armado de 1936, al proceso de transición democrática y de la gestión de la memoria de la Guerra Civil. Esta perspectiva generacional, tratada en el capítulo primero, nos permite sopesar la relación entre aquel recuerdo transmitido y su huella en los textos producidos por dichos novelistas. Por tanto, se han incluido en este estudio novelas surgidas durante un momento de guerra abierta a finales de los años treinta, como Cumbres de Extremadura, de José Herrera Petere (1938); otras, situadas en plena época dictatorial en las décadas de los años cuarenta, cincuenta y sesenta como Este

tiempo amargo, de Pablo de la Fuente (1944); La sierra en llamas, de Ángel Ruiz Ayúcar (1953); Juan Caballero, de Luisa Carnés (1956), Testamento en la montaña, de Manuel Arce (1956) y El ladrido, de Oscar Muñiz Martín (1969), para finalmente centrarse en novelas sobre la lucha guerrillera al periodo de la transición democrática, como La Pastora: el maqui hermafrodita (1978), de Manuel Vila Raso y las novelas que surgen en nuestros días, como Luna de lobos (1985), de Julio Llamazares; Maquis (1997), de Alfons Cervera; Siempre quedará París (2005), de Ramón Acín; ¡Hasta siempre camaradas! (2006), de Raúl Tristán y Caballeros de la Muerte (2006), de Alejandro Martínez Gallo. También en la selección de los textos se refleja la necesaria inclusión de novelas de posiciones ideológicas enfrentadas en aquella guerra, por un modelo de estado-nación antagónico en sus orígenes y en sus fines. Este contraste entre discursos opuestos nos posibilitaría valorar como se ha llevado a cabo la gestión de la memoria guerrillera desde las diversas instancias ideológicas que la han tratado y que poso han dejado en las obras posteriores.

Las novelas sobre la guerrilla que surgen durante la Guerra Civil o en años posteriores se caracterizan por plasmar el intento de glorificación, justificación y mitificación de uno u otro bando por parte del escritor. La lógica del estado de excepción que supone la guerra hace que todos los aspectos de la vida social y cultural se saturen con doctrinas políticas, lo que motivó que la neutralidad y el desapasionamiento ocupasen un lugar secundario entre la lista de metas que el novelista perseguía. El texto literario se va a transformar de esta forma en un método propagandístico más al servicio de la causa que asuma el escritor, con lo que los límites entre arte e ideología tienden a hacerse cada vez más borrosos. En el caso de los novelistas

afines a la causa republicana los personajes guerrilleros adquieren en todos los casos características heroicas que podemos considerar como una sustanciación en sus obras de la memoria de lo que ellos mismos fueron: testigos de la derrota de la democracia y de la represión de la postguerra. En este grupo incluiríamos Cumbres de Extremadura, Este tiempo amargo y Juan Caballero. De forma paralela, las novelas que surgen desde posiciones vinculadas al régimen dictatorial franquista van a desarrollar un discurso de demonización de la Segunda Republica y de todos aquellos que se obstinan en defenderla. Así pues, en todas las que son escritas desde la dictadura, los resistentes antifranquistas van a ser representados disociados de cualquier condicionante ideológico o de cualquier motivación que, como fruto de la represión, les pudieran haber estimulado a estos hombres a emprender el camino del monte. En todas ellas se refieren a los guerrilleros simplemente como “forajidos,” “ladrones” o “bandoleros” con un fin meramente propagandístico y aleccionamiento de los posibles lectores, para que se fije en su memoria presente y futura que aquella lucha no era más que una forma de delincuencia que el régimen franquista pretendía erradicar. Los ejemplos analizados de esta novelística han sido La sierra en llamas, Testamento en la montaña y El ladrido.

A partir de la muerte de Franco y la consiguiente clausura del período dictatorial la sociedad española va a apostar por la instauración de un régimen democrático. Una de las bases sobre las que se sustenta la joven democracia es un pacto de silencio en torno a los medios que posibilitaron que Franco y sus generales se perpetuaran en el poder. Pasados más de treinta años de la extinción de la dictadura una gran parte de la sociedad española, encarnada en

“los nietos de la Guerra Civil,” va a volver de nuevo sus ojos al pasado para intentar responder las preguntas que casi cuarenta años de silencio impuesto habían dejado sin respuesta. Estas nuevas generaciones de españoles consideran que para lograr que España sea por fin un país enteramente democrático ha de liquidar sus cuentas con el pasado, siendo el medio más pertinente para tal fin la recuperación de la memoria de las víctimas, muchas de ellas anónimas y marginadas, carentes del reconocimiento que merecen como parte inexcusable de nuestra identidad como grupo. Así pues, la novelística de la guerrilla desde finales de los años setenta hasta nuestros días se caracteriza por la presencia ubicua en su articulación narrativa de la memoria de aquellos luchadores, que fueron apartados del discurso histórico oficial. Podemos ver como, en una primera instancia, las novelas de esta etapa se centran simplemente en plasmar la existencia de aquella memoria guerrillera de lucha contra la tiranía, para introducir posteriormente un discurso que de forma decidida vindica el papel ejemplar de aquellos hombres y mujeres en la lucha y sacrificio por la libertad y la democracia. Este estudio ha intentado, tomando como base estas novelas tan recientes, exponer los recursos textuales y retóricos empleados en ellas a fin de minar la desmemoria que se aloja en nuestra sociedad desde el momento de la transición democrática. También, se hace palpable en este estudio el interés que suscita una novelística de la reconstrucción y recuperación del pasado, procurando contribuir con una actitud ética de compromiso con el acontecimiento recobrado y otorgando vigencia a la memoria en dicha reparación tomando como base las obras que se centran el fenómeno guerrillero antifranquista.

OBRAS CITADAS

- Acín, Ramón. Siempre quedará París. Sevilla: Algaida, 2005.
- AGE. "Comunicado de los Guerrilleros Antifranquistas a la opinión pública" Federación Estatal de Foros por la Memoria. 24 de julio de 2008.
- <http://www.foroporlamemoria.info/noticia.php?id_noticia=4462>.
- Aguado Sánchez, Francisco. El maquis en España. Su historia. Madrid: San Martín, 1975.
- Aguilar Fernández, Paloma. Memoria y olvido de la Guerra Civil española. Madrid: Alianza, 1996.
- . "La evocación de la Guerra y del franquismo en la política, la cultura y la sociedad españolas." Memoria de la Guerra y del Franquismo. Ed. Santos Juliá. Madrid: Taurus, 2006. 279-317
- . "Presencia y ausencia de la Guerra Civil y del franquismo en la democracia española. Reflexiones en torno a la articulación y ruptura del 'pacto de silencio'." Guerra Civil. Mito y memoria. Ed. Julio Aróstegui y François Godicheau. Madrid: Marcial Pons, 2006. 245-293.
- Alberola, Miquel. "L'hermafrodita guerriller". Les Temps. 29 de febrero al 15 de marzo de 1988.
- <<http://avinsilona.iespana.es/documentacio/documentacio.htm>>.
- Alonso, Santos. La novela española en el fin de siglo. 1975-2001. Madrid: Marenostrom, 2003.
- Anderson, Benedict. Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. México D.F.: Fondo de Cultura

Económica, 1993.

- Arasa, Daniel. La invasión de los Maquis. El intento armado para derribar el franquismo. Barcelona: Belacqva, 2004.
- Arce, Manuel. Testamento en la montaña. Barcelona: Destino, 1956.
- Aristóteles. Obras. Madrid: Aguilar, 1967.
- Aróstegui, Julio. "Traumas colectivos y memorias generacionales." Guerra Civil. Mito y memoria. Ed. Julio Aróstegui y François Godicheau. Madrid: Marcial Pons, 2006. 57-92.
- Assmann, Jan. "Collective Memory and Cultural Identity." New German Critique 65 (1995): 125-33.
- Bajtín, Mijail. "Épica y novela." Teoría y estética de la novela: Trabajos de investigación. Madrid: Taurus, 1989. 449-85.
- Barthes, Roland. The Rustle of Language. New York: Hill and Wang, 1986.
- . Mitologías. Madrid: Siglo Veintiuno, 1999.
- Bea, Arantxa. "Maquis es la novela del miedo". Levante EMV 11 de abril 1997, sec. Postdata. Suplemento Cultural: 1.
- Beevor, Antony. La Guerra Civil Española. Barcelona: Crítica, 2005.
- Beisel, Inge. "La memoria colectiva en las obras de Julio Llamazares." La novela española actual. Autores y tendencias. Ed. Alfonso de Toro y Dieter Ingenschoy. Kassel: Reichenberger, 1995. 193-250.
- Benson, Ken. "Reflexiones sobre la narrativa española actual en el marco del discurso postmoderno." Alba de América 12. 22-23 (1994): 155-71.
- Bertrand de Muñoz, Maryse. "La figura del personaje 'republicano' en la novela de los exiliados." Guerra y novela. La guerra española de 1936-1939. Sevilla: Alfar, 2001. 193-203.

- . "La mitificación de la Guerra Civil como proceso semiótico." Guerra y novela. La guerra española de 1936-1939. Sevilla: Alfar, 2001. 243-54.
- . "Presencia y transformación del tema de la guerra en la novela española desde los años ochenta." Ínsula 589-590 (1996): 11-14.
- . "Teoría y método narratológicos para el estudio de la novela política de la Guerra Civil Española." Hispania 77. 4 (1994): 719-30.
- . La Guerra Civil Española en la novela. 3 vols. Madrid: Porrúa Turanzas, 1982.
- Beverly, John. Subalternidad y representación: debates en teoría cultural. Madrid: Iberoamericana, 2004.
- Blakeley, Georgina. "Digging Up Spain's Past: Consequences of Truth and Reconciliation." Democratization 12.1 (2005): 44-59.
- Bono, Ferrán. "La moral más próxima a la esperanza es el escepticismo." El País 15 de septiembre 1997, sec. Comunidad Valenciana: 9.
- Butler, Judith. El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad. Barcelona: Paidós, 2007.
- Campbell, Joseph. El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito. México DF: Fondo de Cultura Económica, 1972.
- Carnés, Luisa Juan Caballero. México: Novelas Atlante, 1956.
- Casanova, Julián. "Rebelión y revolución." Víctimas de la Guerra Civil. Ed. Santos Juliá. Madrid: Temas de Hoy, 2006. 55-171.
- "Una dictadura de cuarenta años." Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco. Ed. Julián Casanova, Francisco Espinosa y Conxita Mir. Barcelona: Crítica, 2002. 3-43.
- Castro, Raimundo. "Maquis con memoria." Revista Interviú. 9 al 15 de julio

de 2007.

<http://www.interviu.es/default.asp?idpublicacio_PK=39&idioma=CAS&idnoticia_PK=43462&idseccio_PK=547&h=>.

Cervera, Alfons. El color del crepúsculo. Barcelona: Montesinos, 1995.

---. Maquis. Barcelona: Montesinos, 1997.

---. La noche inmóvil. Barcelona: Montesinos, 1999.

Chaput, Marie-Claude. "La guerrilla antifranquista en la prensa española (1944-1949)." Quimera 236 (2003): 11-15.

Cirlot, Juan Eduardo. Dictionary of Symbols. London: Routledge, 1983.

Colmeiro, José F. Memoria histórica e identidad cultural. De la postguerra a la postmodernidad. Barcelona: Anthropos, 2005.

Cossías, Tomás. La lucha contra el 'maquis' en España. Madrid: Editora Nacional, 1956.

Deleuze, Gilles. "1227-Tratado de nomadología: la máquina de guerra." Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia. Ed. Gilles Deleuze y Félix Guattari. Valencia: Pre-Textos, 1997. 359-431.

Derrida, Jacques. Espectros de Marx. Madrid: Trotta, 1995.

Domingo, Alfonso. El canto del búho. La vida en el monte de los guerrilleros antifranquistas. Madrid: Oberon, 2002.

Espinosa Maestre, Francisco. "De saturaciones y olvidos. Reflexiones en torno a un pasado que no puede pasar." Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea 7. Dossier: Generaciones y memoria de la represión franquista: un balance de los movimientos por la memoria (2007).

<<http://hispanianova.rediris.es/7/dossier/>>.

---. Contra el olvido. Historia y memoria de la Guerra Civil. Barcelona:

- Crítica, 2006.
- Ferreras, Juan Ignacio. Tendencias de la novela española actual 1931-1969. París: Ediciones Hispanoamericanas, 1970.
- Fraser, Ronald. Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la Guerra Civil Española. Barcelona: Crítica, 2001.
- Frye, Northrop. Anatomía de la crítica. Caracas: Monte Ávila, 1977.
- Foucault, Michel. Las palabras y las cosas. México D.F.: Siglo Veintiuno, 1969.
- . Historia de la sexualidad. 1-La voluntad de saber. México DF: Siglo Veintiuno, 1977.
- . Nietzsche, la genealogía, la historia. Valencia: Pre-textos, 1988.
- . La arqueología del saber. México D. F.: Siglo Veintiuno, 1991.
- Fuente, Pablo de la. Ese tiempo amargo. Santiago de Chile: Renacimiento, 1953.
- Galán, Enrique. "De la imposibilidad y de la necesidad de la 'memoria histórica'". La memoria de los olvidados. Un debate sobre el silencio de la represión franquista. Eds. Emilio Silva, Asunción Esteban, Javier Castán y Pancho Salvador. Valladolid: Ámbito, 2004.
- García, Carlos Javier y Juan Pedro Aparicio. La invención del grupo leonés. Madrid: Júcar, 1995.
- Gómez Cabezas, José Ramón. "Entrevista con Alejandro M. Gallo." La gangsterera. (2006).
<http://gangsterera.free.fr/entrev_AGallo.htm>
- Halbwachs, Maurice. Los marcos sociales de la memoria. Barcelona: Anthropos, 2004.
- . La memoria colectiva. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza,

2004.

Hamilton, Paul. Historicism. New York: Routledge, 2003.

"Héroe." Diccionario de la Real Academia de la Lengua. 22ª ed. 2001.

<<http://www.rae.es>>.

"Heroína." Diccionario de la Real Academia de la Lengua. 22ª ed. 2001.

<<http://www.rae.es>>.

Herpoel, Sonja. "Entre la memoria y la Historia: la narrativa de Julio

Llamazares." La memoria histórica en las letras hispánicas contemporáneas. Ed. Patrick Collard. Ginebra: Droz, 1997. 99-110.

Herrera Pétere, José. Cumbres de Extremadura. Barcelona: Anthropos, 1986.

Herzberger, David K. "Narrating the Past: History and The Novel of Memory in Postwar Spain." PMLA 106.1 (1991): 34-45.

---. Narrating the Past. Fiction and Historiography in Postwar Spain. Durham: Duke U P, 1995.

Hirsch, Marianne. Family Frames. Cambridge: Harvard U P, 1997.

Hobsbawm, Eric. Bandidos. Barcelona: Crítica, 2001.

Horrocks, Chris y Zoran Jevtic. Foucault for Beginners. Ed. Richard Appignanesi. Cambridge: Icon Books, 1997.

Huyssen, Andreas. "En busca del tiempo futuro." Puentes 2 (2000): 12-30.

Hutcheon, Linda. "'The Pastime of Pastime': Fiction, History, Historiographic Metafiction." Genre 20 (1987): 285-305.

---. Poetics of Postmodernism: History, Theory, Fiction. New York: Routledge, 1988.

---. Politics of Postmodernism. New York: Routledge, 1989.

Jackson, Gabriel. The Spanish Civil War. Chicago: Quadrangle Books, 1972.

- Jameson, Fredric. Ensayos sobre el posmodernismo. Buenos Aires: Imago Mundi, 1991.
- Jelin, Elizabeth. Los trabajos de la memoria. Madrid: Siglo Veintiuno, 2002.
- Juliá, Santos. "De nuestras memorias y de nuestras miserias." Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea 7. Dossier: Generaciones y memoria de la represión franquista: un balance de los movimientos por la memoria. (2007).
<<http://hispanianova.rediris.es/7/dossier/>>.
- . "Bajo el Imperio de la memoria." Revista de Occidente 302-303 (julio/agosto 2006): 7-19.
- . "Memoria, historia y política de un pasado en guerra y dictadura." Memoria de la Guerra y del Franquismo. Ed. Santos Juliá. Madrid: Taurus, 2006. 27-77.
- . "De 'guerra contra el invasor' a 'guerra fratricida'." Víctimas de la Guerra Civil. Ed. Santos Juliá. Madrid: Temas de Hoy, 2006. 11-54.
- Jung, Carl. El hombre y sus símbolos. Buenos Aires: Paidós, 1995.
- . Símbolos de transformación. Buenos Aires: Paidós, 1993.
- Jünke, Claudia. "'Pasarán años y olvidaremos todo': La Guerra Civil española como lugar de memoria en la novela y el cine actuales en España." Lugares de memoria de la Guerra Civil y el Franquismo. Representaciones literarias y visuales. Ed. Ulrich Winter. Madrid: Iberoamericana, 2006. 101-29.
- Junquera, Natalia. "Las asociaciones esperan que la Ley de Memoria 'no sea definitiva.'" El País. 10 de octubre de 2007.
<<http://www.elpais.com/articulo/espana/asociaciones/esperan/Ley/Mem>

oria/sea/definitiva/elpepiesp/20071010elpepinac_13/Tes>.

Labanyi, Jo. "History and Hauntology; or, What Does One Do with the Ghost of the Past? Reflections on Spanish Film and Fiction of the Post-Franco Period." Disremembering the Dictatorship: The Politics of Memory in the Spanish Transition to Democracy. Ed. Joan Ramón Resina. Atlanta: Rodopi, 2000. 65-82.

---. Constructing Identity in Contemporary Spain: Theoretical Debates and Cultural Practice. New York: Oxford U P, 2002.

Lafuente, Javier. "Recordar es resistir." El País. 4 de noviembre de 2007.

<http://www.elpais.com/articulo/espana/Recordar/resistir/elpepiesp/20071104elpepinac_18/Tes>.

Lavabre, Marie Claire. "Sociología de la memoria y acontecimientos traumáticos." Guerra Civil. Mito y memoria. Ed. Julio Aróstegui y François Godicheau. Madrid: Marcial Pons, 2006. 31-55.

Leguineche, Manuel y Jesús Torbado. Los topos. Barcelona: Argos, 1977.

Los girasoles ciegos. Dir. Cuerda, José Luis. 2008.

Loureiro, Ángel. "Argumentos patéticos. Historia y memoria de la Guerra Civil." Claves de razón práctica 186 (2008): 18-25.

Llamazares, Julio. "Adiós a Gorete." El País. 14 de diciembre de 1990.

<http://www.elpais.com/articulo/opinion/Adios/Gorete/elpepiopi/19901214elpepiopi_1/Tes?print=1>

---. Luna de lobos. Barcelona: Seix Barral, 2006.

Marco, José María. "Julio Llamazares, sin trampas." Quimera 80 (1988): 22-29.

Martínez Baños, Fernando. Hasta su total aniquilación. El ejército contra el maquis en el Valle de Arán y el Altoaragón, 1944-1946. Madrid:

- Almena, 2002.
- Martínez Gallo, Alejandro. Caballeros de la muerte: la última batalla del maquis. Oviedo: Laria, 2006.
- "Memoria." Diccionario de la Real Academia de la Lengua. 22ª ed. 2001.
<<http://www.rae.es>>.
- Méndez, Alberto. Los girasoles ciegos. Barcelona: Anagrama, 2004.
- Miñambres, Nicolás. "La narrativa de Julio Llamazares." Ínsula 572-573 (1994):
26-28.
- Moradiellos, Enrique. Las caras de Clío. Una introducción a la Historia.
Madrid: Siglo Veintiuno, 2001.
- . 1936. Los mitos de la Guerra Civil. Barcelona: Península, 2004.
- Moreno Gómez, Francisco. "El maquis: obrerismo, republicanismo y
resistencia" El último frente. La resistencia armada antifranquista en
España, 1939-1952. Ed. Julio Aróstegui y Jorge Marco. Madrid: Los
libros de la catarata, 2008. 59-80.
- . "Lagunas en la memoria y en la historia del maquis." Hispania Nova.
Revista de Historia Contemporánea 7. Dossier: Generaciones y
memoria de la represión franquista: un balance de los movimientos por
la memoria. (2007).
<<http://hispanianova.rediris.es/7/dossier/>>.
- . "La represión en la posguerra." Víctimas de la Guerra Civil. Ed. Santos
Juliá. Madrid: Temas de Hoy, 2006. 275-405.
- . "Huidos, guerrilleros, resistentes. La oposición armada a la dictadura."
Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco. Ed.
Julián Casanova, Francisco Espinosa y Conxita Mir. Barcelona: Crítica,

2002. 197-292.

Muñiz Martín, Oscar. El ladrido. Oviedo: Gráficas Summa, 1969.

Navajas, Gonzalo. Más allá de la posmodernidad. Estética de la nueva novela y cine españoles. Barcelona: EUB, 1996.

---. "La historia y la literatura española posnacional." Studi Ispanici 1 (2005): 255-65.

Nora, Pierre. "Between Memory and History: Les Lieux de Mémoire." Representations 26. Special Issue: Memory and Counter-Memory (1989): 7-24.

---. "La notion de <<lieux de mémoire>> est-elle exportable?" Lieux de mémoires et identités nationales. Ed. Pim den Boer Willem Frijhoff. Amsterdam: Amsterdam UP, 1993. 3-10.

Orwell, George. 1984. Barcelona: Destino, 2000.

Penzkofer, Gerhard. "La memoria anti-épica en las novelas de Julio Llamazares." Espacios y discursos en la novela española del realismo a la actualidad. Ed. Wolfgang Matzat. Madrid-Frankfurt am Main: Iberoamericana-Vervuert, 2007. 163-85.

Ponce de León, José Luis. La novela española de la Guerra Civil (1936-1939). Madrid: Ínsula, 1971.

Pons Prades, Eduardo. Guerrillas españolas (1936-1960). Barcelona: Planeta, 1977.

Por quién doblan las campanas. Dir. Wood, Sam. 1943

"Rajoy cree que la ley de la Memoria Histórica sólo traerá 'lios, problemas y divisiones.'" Público. 9 de octubre del 2007.

<<http://www.publico.es/espana/005239/rajoy/ley/memoria/historica/lios>

/problemas/divisiones>.

- Ramblado Minero, Cinta. "Novelas para la Recuperación de la Memoria Histórica: Josefina Aldecoa, Ángeles Caso y Dulce Chacón." Letras Peninsulares 17. 2-3 (2004-2005): 361-80.
- Reig Tapia, Alberto. Ideología e Historia. Sobre la represión franquista y la Guerra Civil. Madrid: Akal, 1984.
- Renan, Ernest. "¿Qué es la nación?" La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha. Ed. Álvaro Fernández Bravo. Buenos Aires: Manantial, 2000. 53-66.
- Ricoeur, Paul. La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido. Madrid: Arrecife, 1999.
- Rossi, Paolo. El pasado, la memoria, el olvido. Ocho ensayos de historia de las ideas. Buenos Aires: Nueva Visión, 2003.
- Ruiz Ayúcar, Ángel. La sierra en llamas. Barcelona: Luis de Caralt, 1953.
- Ruiz Torres, Pedro. "Los discursos de la memoria histórica en España." Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea 7. Dossier: Generaciones y memoria de la represión franquista: un balance de los movimientos por la memoria. (2007).
<<http://hispanianova.rediris.es/7/dossier/>>.
- . "De perplejidades y confusiones a propósito de nuestras memorias." Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea 7. Dossier: Generaciones y memoria de la represión franquista: un balance de los movimientos por la memoria. (2007).
<<http://hispanianova.rediris.es/7/dossier/>>.

- Sanz Villanueva, Santos. "La novela." Los nuevos nombres: 1975-1990. Ed. Darío Villanueva et al., vol. 9. Historia y crítica de la literatura española. Ed. Francisco Rico. Barcelona: Crítica, 1992. 249-84.
- Serrano, Secundino. Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista. Madrid: Temas de Hoy, 2001.
- Silencio roto. Dir. Armendáriz, Montxo. 2001.
- Sobejano, Gonzalo. Novela española de nuestro tiempo: En busca del pueblo perdido. Madrid: Marenostrom, 2005.
- . "The Testimonial Novel and the Novel of Memory." The Cambridge Companion to the Spanish Novel from 1600 to the Present. Ed. Harriet Turner and Adelaida López de Martínez. Cambridge: Cambridge U P, 2003. 172-92.
- Sommer, Doris. Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Sontag, Susan. La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas. Madrid: Taurus, 1996.
- Tayne, Hipólito. Filosofía del arte. El Aleph. 2000.
<<http://www.elaleph.com>>.
- Thomas, Hugh. The Spanish Civil War. New York: Random House, 2001.
- Thomas, Gareth. The novel of the Spanish War (1936-1975). Cambridge: Cambridge U. P., 1990.
- Tristán, Raúl. ¡Hasta siempre, camaradas! Zaragoza: Mira, 2006.
- Todorov, Tzvetan. Memoria del mal tentación del bien. Indagación sobre el Siglo XX. Barcelona: Península, 2002.
- . Los abusos de la memoria. Barcelona: Paidós, 2000.

- Tyras, Georges. "Las voces del silencio, entrevista a Alfons Cervera." Quimera 236 (2003): 32-39.
- Vernon, Kathleen. "El Lenguaje de la memoria en la narrativa española contemporánea." IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas. Frankfurt: Vervuert, 1989. 429-37.
- Vidal Sales, José Antonio. Maquis. La verdad histórica de la 'otra guerra'. Madrid: Espasa Calpe, 2002.
- Villanueva, Darío. Letras españolas 1976-1986. Madrid: Castalia, 1987.
- . "La nueva narrativa española." Los nuevos nombres: 1975-1990. Ed. Darío Villanueva et al., vol. 9. Historia y crítica de la literatura española. Ed. Francisco Rico. Barcelona: Crítica, 1992. 285-92.
- Villar Raso, Manuel. La Pastora. El maquis hermafrodita. Bilbao: Albia, 1978.
- Villegas, Juan. La estructura mítica del héroe. Barcelona: Planeta, 1978.
- Waldmann, Peter. "Guerra civil: aproximación a un concepto difícil de formular." Sociedades en guerra civil. Conflictos violentos de Europa y América Latina. Ed. Peter Waldmann y Fernando Reinares. Barcelona: Paidós, 1999. 27-44.
- White, Hayden. Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism. Baltimore & London: John Hopkins U.P., 1978.
- . Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del Siglo XIX. México D.F: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Wilson, Norman. History in crisis? Recent Directions in Historiography. New Jersey: Prentice Hall, 1999.
- Wood, Nancy. Vectors of Memory. Legacies of Trauma in Postwar Europe. Oxford: Berg, 1999.

- Yusta Rodrigo, Mercedes. "Un mito de la guerrilla antifranquista en Aragón: La Pastora." Arenal 5.2 (1998): 361-77.
- . La guerra de los vencidos. El maquis en el Maestrazgo turolense, 1940-1950. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1999.
- . Guerrilla y resistencia campesina. La resistencia armada contra el franquismo en Aragón. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003.
- . "El campesinado y la vertiente social de la guerrilla." El último frente. La resistencia armada antifranquista en España, 1939-1952. Ed. Julio Aróstegui y Jorge Marco. Madrid: Los libros de la catarata, 2008. 39-58.
- Winter, Jay and Emmanuel Sivan. "Setting the Framework." War and Remembrance in the Twentieth Century. Ed. Jay Winter and Emmanuel Sivan. Cambridge: Cambridge U P, 1999.